Luna y Sombra

Por Daniel Iván

Daniel Iván

Luna y Sombra

Soy vasto; contengo multitudes.

Walt Whitman.

¿Para qué crear una obra, si podemos soñar con ella?

Pier Paolo Passolini.

Los hombres se excitan, por regla general, ante cualquier imagen que violente, en especial de manera obvia, su estado presente. Su letargo. Claro está que esta excitación no tiene nada qué ver con lo que generalmente nos evoca esa palabra: agitación hormonal y casi siempre relacionada con el sexo. La excitación es un estado en el que todo, cuerpo, mente, alma, deseo, tiende hacia un sólo objetivo; un objetivo casi siempre imprevisto. Y lo imprevisto, por regla general, afecta de manera más directa al presente. El pasado es absoluto y el futuro es mera especulación: no están expuestos a lo accidental; son inmunes en su lejanía. Por lo tanto, es menos probable que la sangre se agolpe en un corazón agitado por un pasado conmovedor o por un futuro vislumbrado. A los hombres les excita tener frío cuando están ardiendo, les excita que los sorprendan a la hora del sexo, les excita una nalga a la hora de la misa. He visto hombres salir corriendo de gozo cuando les cae una cubeta de agua helada mientras se revuelcan con una mujerzuela en el piso debajo de una ventana. Los he visto también que se paran abruptamente en mitad de algo exquisito, una ce-

na o una charla o un amor, y se van tan tranquilos. Es excitante, necesariamente, el imprevisto. Y de imprevistos, de esos accidentes, de ese fortuito empuje de la vida y sus quehaceres, se va forjando en el hombre el sentido del placer.

Placer tiende a ser lento; placer tiende a ser rápido. Placer que desconocemos viene a nosotros y nos atrapa —sin saberlo el atrapado, ese *yo* de nosotros, tan frugal y colectivo, que termina ignorando su propia existencia— en lo fortuito. Es un accidente que me exprese tan bien de los accidentes después de tantos accidentes. Placer, ese ente al que, inopinadamente, le agregamos el artículo *el* como si quisiéramos hacerlo impersonal, lejano a nosotros, o, en el mejor de los casos, únicamente una parte de nuestro entorno —ese círculo de carne, vísceras, pasión y azúcares recónditos, por aquello de la parte dulce del amor—; un producto de ciertos estímulos y ciertos esfuerzos y ciertos accidentes; cientos de ellos, cientos de *ciertos*. Pero los hombres nos hacemos hombres por placeres. Por placer. Porque todo lo demás —el dolor, el ansia, la necesidad, la tristeza—, todo eso que somos capaces de sentir y producir y reproducir, vivir y desvivir, todo eso tiene mucho de inhumano en su ordinaria humanidad. Los años de eso son incontables; pero el placer apenas puede contarse en segundos. Segundos perdidos sin remedio. Los únicos segundos en los que somos humanos, y nada más.

Cumplí años, con bombo y platillos y una úlcera por lo que considero una ofensiva falta de respeto por parte del tiempo, el mes pasado; quince. Mentira. Este afán por ser personaje de mis cuentos me obliga, a veces, a caer en el ridículo infa-

me de alterar mi edad. Pero no hoy. Tengo veinticuatro años y los cumplí hace un siglo. Pero, en fin, digamos que tengo quince años en algún rincón, digamos que en algún rincón aún no cede la sorpresa y que aún me sorprendo, incluso me espanto; digamos, sólo digamos, que soy un adolescente porque no he encontrado algo mejor qué ser. Digamos que mi edad, la de los rincones o la de los años, no tiene ninguna importancia porque me he convencido de que carezco de edad. Lo cual, huelga decirlo, es una salida muy barata pero bastante decorosa.

Tengo cicatrices; tiempo embarrado en ciertos rincones de mi inhumana osamenta. He sido, y me he regocijado en serlo, vaya que sí; he sido operario de grúas gigantescas con las que levantaba limo y rescoldos de tormentas, grandes máquinas demoledoras para derruir inframundos y edificios; he sido sexo, pene infalible para la vulva de cuanta perra me encuentro en la calle —las mujeres hace mucho que no me hablan, porque dejaron hace mucho de hablar mi idioma—, he sido el placer para mí y la desgracia para muchos; he sido víctima de mi amor, lo soy a diario desde que vivo en el encierro de eso, de eso tan vacío y tan repleto, tan carnívoro y hambriento, a lo que me he acostumbrado a llamar *amor*. He sido, vaya que sí. Aún soy, a veces. Cuando lo que soy me deja ser.

Como hombre, y que se joda la decencia, soy proclive a excitarme. Todavía.

Digamos, también, que conozco el placer.

He conocido mujeres católicas. He tenido esa vulgar suerte. Las mujeres católicas salen aquí de los palacios; cosa extraña, siendo ésta la ciudad de los palacios. Los palacios parecían reservados —en nuestra imaginación de niños— para otras cosas: orgías de los gobernantes, que llegan encuerados y con la cosa en ristre y se meten a los patios de esos palacios con todo y coche, para hacer su numerito de entrada estelar a los sexos de las afortunadas invitadas; orgías de los presbíteros y obispos y cardenales, que llegan vestidos con sus largas sotanas pero, oh sorpresa infame, sin nada debajo, con sus pitos inutilizados por años y años de celibato insípido listos para jugar a la impotencia con las desafortunadas invitadas; orgías de las invitadas de la fortuna, que, expectantes y expectorantes, juegan a la rayuela de Cortázar mientras esperan a sus violadores. Pero no; resultó y sigue resultando que de los palacios salen ejércitos enteros de malignas mujeres católicas. Y no sólo católicas: budistas, ortodoxas, hijas de la iglesia del séptimo día, hijas de María reparadora de calzado, hijas de la vela perpetua; toda clase de hijas salen expulsadas de los

palacios como un vómito con olor a pescado y desagradable del todo. De entre todas ellas, sin embargo, sobresalen las mujeres católicas. Mi madre era una mujer católica; triste, vencida, temerosa, pagando tributo de alma y cuerpo y de lo que está en medio a un Dios bastante extraño. Un Dios sin tetas. ¿Quién puede imaginarse un Dios sin tetas, por Dios? ¿Cómo rayos hace un Dios sin tetas para amamantar al universo? Quién sabe. El hecho era que el Dios de mami no tenía tetas, lo que lo hacía un Dios más bien aburrido. Otras mujeres, otras madres menos mías pero aún muy madres, se abalanzan violentas después de salir de los palacios, y destruyen. Destruyen al hombre en carnicerías que duran noches enteras. Le cuentan sus pecados a hombres, pecan con hombres, revolcándose en la infamia de las sábanas, y después lloran, mítica digestión de reptiles, y se arrodillan y le cuentan sus pecados a la hostia consagrada. Así, a la luz de las velas, las mujeres se excitan al contar pecados como si contaran billetes. Posesiones de un placer que no posee sino el cuerpo de mujer, el aroma de mujer. La mujer es un pecado en sí misma. En su sexo, pero, sobre todo, en su capacidad para excitarse ante la evocación del pecado.

¿Crees, iluso hombre, que excitas a la mujer metiendo media mano en su coño marino, dejando que sus pelos erizados te provoquen cosquillas y desconsuelo, crees que le gusta que le hables al oído y le manches los aretes con tu aliento fétido a lujuria y alcohol, crees que la mujer puede excitarse contigo? Pues créelo. No es así del todo, pero hay algo en ti y en mí que sin duda tiene mucho qué ver con su excitación, con el estímulo carnicero de su femineidad. La mujer abre la boca y se traga el

mundo y después no puede cagar. El mundo es muy indigesto. Pero los hombres no lo somos. Métete al retrete de las damas y descubre, primero, que sus pedos no huelen sino a esencia de flores y a carmín que comieron de niñas, cuando empezaban a pintarse los labios y no sabían bien a bien si pintarse los de la boca o los de su vulva repleta de insurrecciones; descubre luego que los orinales de las mujeres están muy altos, a la altura del rostro, pues ellas orinan por los ojos deshaciéndose en llanto; descubre, en último lugar, a tu padre, a tus hermanos, a tus amigos, a todos los insulsos hombres que han tenido a bien enredarse en la maraña de las relaciones humanas nadando en el cagadero, vueltos mierda, mojones largos y con pequeños ojos que miran espantados ese final infausto. Las mujeres se excitan con los hombres como una hiena se excita viendo carroña. Se excitan porque de eso se alimentan. Y su hambre es indescifrablemente eterna.

Pero eso es sólo una parte, una ínfima, de la verdadera combustión de las mujeres. Las mujeres arden porque son mujeres, arden entre ellas porque todas ellas son una, una sola carnívora madre, un sólo principio creador y destructor con vulva y bulbos, invento de un Frankenstein mucho más perverso que el mismo Frankenstein, una sola corporación de depredadores hermosísimos —si tienes suerte, sólo si tienes suerte— que se conectan psíquicamente en un monstruoso plan para convertir el mundo en una cama de hospital, en una morgue inmensa, en un cementerio de penes y largas cadenas de rosas ofrendadas. Vomitan niños para que no se acabe la diversión, para tener víctimas que sacien su vampírico designio y el hambre de quienes

las reemplacen. Las mujeres son la muerte. Las mujeres católicas, olvidaba añadir.

¿Existe otra clase de mujeres? No. Las mujeres católicas son todas las mujeres, incluso lo son aquellas que no aceptan ser católicas porque creen poder ser otra cosa. La mujer es católica porque no puede evitar ser la madre. Y la madre es católica, porque es una sola, universal madre de las cosas. Matemáticas del cosmos.

Hay mujeres más católicas que otras, por supuesto. Las hay que son católicas hasta en los zapatos, grandes y negros zapatos que apresan el pie para no dejarle ser raíz. Mujeres que caminan dándose golpes de látigo en la espalda y que lo disfrutan más que una buena mamada o una fornicada por todo lo alto. Mujeres tristes, como mami, pero que disfrutan la tristeza más que el marqués de Sade. Como mami. Hay mujeres católicas por estigma, vírgenes de retablo que le cantan himnos a vírgenes de retablo, mujeres de golpe en pecho, mujeres fatales en la fatalidad de su plana existencia de iglesia y de vigilia, ayunantes de sexo y de maldad y de esa hambre que se las come —el hambre no ayuna— de noche entre las sudadas sábanas de su cama que es el mar. Esas mujeres salen de otros palacios, pero se pierden, porque son como humo y se confunden con el humo de los autos, porque son como dolor y se duelen, diluyéndose en una ciudad que es el dolor mismo en todos sus lugares. Esas mujeres perdidas, sin embargo, le rezan al Dios sin tetas y mantienen el mundo a flote. Las muy perversas.

En ese rincón de mi cuerpo, el más apestoso y el más preciado, donde tengo guardados mis quince años, atesoro también a una mujer católica, no a una de es-

tigma, que a esas más que atesorarlas debería uno empalarlas por impertinentes; atesoro a una mujer que era, es, el universo. Como si el universo pudiera ser mujer. Como si el universo pudiera no serlo.

Las mujeres son el universo. Los hombres poblamos ese universo, lo mantenemos, alimentándolo con nuestras carnes y nuestros míseros talentos; somos una forma alimenticia de inciertos resultados —últimamente el universo anda un tanto desnutrido— que, sin embargo, es en sí misma un recurso para el placer. Pero, ¿qué alimento no lo es? Si alimentarse no fuera placentero, la creación entera hubiera ya muerto de inanición. Porque el placer mueve la maquinaria de las cosas de un lado a otro; el placer mueve las mareas. El placer es al universo lo que los palacios a esta ciudad: antonomasia, si no en substancia, sí en el inmenso sentido figurado que habita a la gente. Hombres y mujeres. Porque las mujeres, aunque católicas, no pueden evitar ser gente.

Las mujeres gente son hermosas.

Las mujeres católicas son aterradoras al ser el universo, y sin embargo son hermosas.

Una de ellas era Luna. Luna creciente, Luna menguante. Luna era gente pero a veces era católica. Algún defecto en la fabricación. Luna salía de noche y me visitaba, emergiendo del reflejo en la taza de café o del reflejo en la ventana e incluso del reflejo en mis ojos que, necios, miraban al cielo y la reflejaban. Luna se vertía en mis cosas y se burlaba de ellas, de su vejez y su exigua presencia. Reía Luna y reían

las cosas. Las cosas eran Luna y se convertían, al no poder ser ella por más de dos segundos, en multitud de mujeres católicas que me torturaban llamando pecado a cada respiro mío. Intentaba sacarlas de mi vida aventándolas por la ventana, como en un arranque de cóleras más bien femenino, pero las muy condenadas volvían a mí porque, no pudiendo ser mujeres católicas por más de dos segundos, volvían a ser mis cosas. Luna era luna en el cielo, y se asomaba cada noche para proclamarse a sí misma el universo. Brincaba Luna en mi casa y mi casa brincaba con ella.

Porque mi casa era Luna, y yo vivía dentro de ella.

Un extraño alimento yo, que me alimentaba de esa pequeña nodriza que se nutría de mí.

Como un círculo que fuera circular por accidente y por placer.

Observo los meticulosos oficios de la tarde, mientras la tarde se deposita, perezosa y sexy, sobre la ciudad perlada de sudor. El camión me obliga a viajar ignorando al mundo; su velocidad raya en lo ridículamente lento, y sin embargo es más rápido de lo que la vida está dispuesta a soportar. Una mujer, sentada a dos asientos del mío, juguetea con un pequeño collar de cuentas negras que cuelga de su cuello. Su cabello se enreda en el abalorio gracias a su jugueteo, pero a ella parece no importarle. El camión avanza, se para, vuelve a avanzar; es un paseo por la gran avenida de Dios, repleta, ahíta, confusa de hombres y mujeres. Todo es rápido, todo es un camión al que llamamos mundo y al que jamás podremos rebasar. Todo está resuelto en velocidad.

El conductor parece obstinado en provocar el vómito a alguno de sus indefensos pasajeros; el camión mece la gran masa de su cuerpo en un vaivén insoportable, como una gigantesca cuna enloquecida mecida por un borracho paternal. Al arrancar, nuestros cuellos se encuentran con el vacío al frente, como besándolo; allá van a

dar nuestras tenues cabecitas, nuestros peinados tumefactos, nuestros fríos parpadeos. Al detenerse, todo vuelve a su lugar, a la quietud pasmosa de la expectativa, del saber que te desplazas hacia un lugar sabido de antemano. Hay un poco de seguridad oculta en la quietud del autobús, como si el desplazamiento no fuera cierto ni absoluto sino hasta que se detiene. Hasta que muere. Hasta que vemos que no estamos en el mismo sitio de la parada anterior. Es muy lindo, y es estúpido a la vez.

La mujer a dos asientos de mí deja por la paz su collarín y se enfada al intentar mover el cuello; la pobre pendeja está bien enredada. Lanzando una pequeña maldición entrecortada, lleva sus manos hasta el desperfecto e intenta liberarse. Inútil afán. Volteo hacia algún otro lugar; sinceramente, las vicisitudes de la tipa con collar me aburren. Es algo imperdonablemente humano, y mi mente lo desprecia —¿cómo aspirar al infinito cuando se vive entre hombres y mujeres enredados?. Escucho un lejano y tímido ¡ay!; luego, el inconfundible sonido de la puerta del camión que se abre. Los sistemas de aire gimen de dolor; la mujer del collar se ha arrancado un buen número de cabellos innumerables, y sufre y, por supuesto, aún está lejos de salir del trance. Una parte de mi mente ríe por lo bajo, y otra me dice “deberías ayudarla”. Hace mucho que dejé de parecer un caballero, por no decir que hace mucho que dejé de serlo; sin embargo, la cabellera de la tía es inusualmente roja —cosas de la tintura cosmética—, inusualmente flamígera, así que decido ayudarla sólo para corroborar las temperaturas de semejante hoguera. Me acerco y, sin decirle ni media palabra, meto mis dedos entre sus cabellos y comienzo a hurgar. Me defrauda su

frialdad, pero ya estoy ahí. Ella lanza una boba exclamación; no sabe si darme las gracias o mandarme al carajo. Alejando sus manos, decide darme la oportunidad.

Los cabellos comienzan a hincharse bajo mis manos; palpitan como pequeños corazones alargados y sangrientos. Siento cómo comienzan a vivir bajo mis manos. Se enroscan en mis dedos y transmiten mensajes en códigos inexplicablemente claros para mí.

Azótala, dicen. Y mi mente dice azótala, subrayando el código. Observo la pequeña cabeza de la chica, su lacio y rojizo cabello, su frente hinchada de catolicismo, su olor cercano. Azótala. Separo una de mis manos y la llevo hasta la coronilla; mi tacto la desconcierta e intenta voltear, pero yo aprieto y la mantengo firme. El primer golpe llega casi de inmediato; su frente da contra el respaldo del asiento frente a ella, sonando hueco, como una cazuela de barro que se estrellara contra el piso de un museo vacío. El segundo es más definitivo y, con gracia inaudita, la sangre comienza a brotar de la frente abierta. La chica carraspea un poco.

Continúo desenredando su cabello. Ella suelta un leve gemido y yo intento preguntarle si le he lastimado, pero no me atrevo; parece obvio que lo he hecho. Intento hacerlo con más cuidado, pero el enredo es ciertamente aparatoso. Virtualmente la mitad de su cabellera roja está cautiva entre las cuentas negras. Pobre tía. Mis dedos vuelven a la carga, y logro apartar un buen puñado de aquella cascada de sangre y fuego. La satisfacción, una satisfacción infantil, me invade. Ahí voy yo, haciendo equilibrio contra el oleaje del camino, y he logrado avances temerarios.

Asfíxiala, dice la cascada; mi mente asiente. Tomo el collar entre mis dedos y comienzo a halar hacia mí, con toda la fuerza que me es permitida. Pronto los dedos me duelen; el dolor se amplifica cuando llegan a mí los estertores de la respiración de la chica, rojos como su cabello, como la sangre en su cuello, como mis dedos apretando con fervor. Las lágrimas de la chica dan contra su falda de colegiala, y se secan en un instante; mis dedos estallan en asfixia, en horror, y la chica deja de luchar. Entonces suelto el collar, tenuemente. La chica carraspea un poco.

Termino con el cabello. Tengo un poco entre los dedos, pero puedo conservarlo por si necesito encender una hoguera en el lugar al que voy. Es mi premio por ser un héroe convincente. Me alejo de la chica, de su cuerpo laxo y agradecido. Apenas unos segundos después me apeo del camión. Todos alguna vez llegamos al sitio al que vamos. Es jodidamente inevitable.

La chica alza el rostro y se despide con un leve agitar de mano. Ella cree que le he coqueteado. Seguramente le resultaría menos simpático si supiera que acabo de matarla dos veces.

Avanzo. Tengo que llegar con Doc.

— Bueno, ya no tengo drogas, viejito. Así que tendrás que pagar como todos.

Pancho el ciego vendía drogas sentado en la entrada del viejo billar al que íbamos mi multiplicidad y yo a divertirnos. Sentado ahí, expectante como mujer, ofrecía un espectáculo ridículo. Llegaban sus clientes, tantos que se organizaban verdaderas colas de cien metros y tenía que llegar la policía a organizarlas, llegaban y le daban cualquier papel que imitara la textura de los billetes, papel del baño o papel periódico o papel de las celebraciones de Diciembre e incluso papel billete que se robaban de los camiones que llegaban a la gran manufacturera de los billetes y que carecía de valor por el simple hecho de no tener el dibujito impreso; Pancho sentía aquellas baratijas en la mano y, de lo más contento, surtía la mierda. Claro, después no tenía para comer y mucho menos para abastecerse de más porquerías qué vender. Muy poco sentido del negocio, el de Pancho. Yo, simplemente, le pedía droga y no le daba nada a cambio. No tenía qué engañarlo si contaba con su buena fe. Pancho reconocía mi voz de los días de historias, tardes enteras en las que ambos

intercambiábamos anécdotas y mentiras y elucubraciones y añoranzas, y me daba gratis. “Mi viejo amigo, el escritor”. No era viejo, no lo soy desde que ahorré mis quince años en el banco-rincón de mi cuerpo, pero podríamos decir que, de tanto escucharlo y de tanto dejar que me escuchara, de tanto vagar por los caminos usados y ajados de nuestras mutuas vidas, nos habíamos hecho amigos; de tanto ser amigos nos habíamos tomado demasiado en serio. Yo sentía que aquel era un trato especial que no merecía, aquellos obsequios tan extraños en un comerciante tan poco próspero, pero de todas formas necesitaba pincharme, así que los aceptaba con gusto. No iba a hacerle el feo, menos a él, que el feo se lo hacía la mayor parte del tiempo a sí mismo.

Pero aquel día Pancho no tenía, nada en absoluto, y estaba de mal humor. Le salía humo por las puntas del pelo, y algo también por la boca, aunque esto último podía ser provocado por el frío infame y aterrador que nos atacaba a todos por ahí —porque el clima es la única arma de Natura que goza de alcances democráticos—; así que le di un par de palmadas en la espalda, como burlándome y como consolándole, le prometí un par de historias sobre la pérdida del sentido existencial, y entré al billar. Me preguntaba porqué Pancho el ciego había dedicado la vida, la poca que tenía a pesar de sus muchos años, a tirar droga. Parecía una buena persona, no como esos tipos con ojos como dagas y muy nerviosos que deambulaban a dos cuadras de ahí tirando drogas como tirando ofensas y con esos síndromes de abstinencia rebosantes en los labios y en los ojos inyectados de sangre y odio. Me preguntaba porqué

no se había casado y tenido hijos siendo tan apuesto y buen conversador, porqué no había hecho algo contra la ceguera cuando todavía tenía ojos para hacerlo, porqué no tomaba pentotal sódico para recordar los días aquellos en los que veía y así poder ver con los ojos del recuerdo; me preguntaba, y las preguntas iban llevándome hacia otras cosas, otras amistades de billar, otras guerras que no eran mías pero que disfrutaba imaginándome como mías. Me senté en una silla frente a una de las alargadas y percudidas mesas donde rodaban aquellas bolas sin dueño y sin esperanza, pedí una cerveza, y me imaginé vivo y acompañado por aquellos anónimos muñecos de carne y anonimato. Echaba de menos un par de clozapinas, mi multiplicidad se agitaba malévola en mi pecho múltiple, pero podía arreglármelas bastante bien.

Llegaron los fantasmas a jugar, como llegaban siempre, descarnados y ligeros, caminando lentamente, sin prisas y sin nadie persiguiéndolos. Había tiempo, porque aún era temprano. La noche apenas se sugería a regañadientes, perezosa en su invasión de sombras y sonidos apagados y putas que salían a marcar la calle con sus tacones pálidos como su carne. Los seres de la noche, esos otros fantasmas a los que teníamos una incierta reverencia, esos a los que presentíamos MALOS por algo que se insinuaba en sus ojos y en su piel, saldrían hasta que la oscuridad fuera sólida y tangible. Luna entre ellos. Luna prometía estar, y por lo regular no estaba, aún cuando siempre llegaba con su carga de carne blanca y su larga cabellera rubia, como de león que se cree luna. Luna estaba prometida esa noche, también. Nos encontraríamos en algún lugar y ni siquiera haría falta que nos anunciáramos el arribo del amor;

lo sentiríamos sintiéndonos, lo viviríamos viviéndonos. Ella odiaba el billar, porque no podía reflejarse en ningún lado; nada ahí podía ser espejo para su afán de Narciso con faldas, ni los tacos ni las bolas ni el fieltro percudido de las largas mesas como ataúdes, ni siquiera las botellas de cerveza, que ella prefería empinarse a que le sirvieran de reflejo imaginario. Así que se sentía desprotegida, alejada de su enamoramiento falaz de sí misma. Uno más de los círculos viciosos en aquel lugar construido de vicio y círculos concéntricos. Parecía que las corrientes de nuestras vidas, en aquel lugar de ruidos que chocaban y de palabrotas que parecían tan familiares en su continua evocación, se encontraran como las de ríos que van urgidos al mar y se encuentran con un remolino ardiente e inacabable que no les deja salir y les marea con la insistencia de la eternidad. Así nuestras almas. Así nuestros afanes. Miré a los fantasmas, aquellos tan inocuos que jugaban en la muerte de la tarde. Revoloteando como si fueran realmente malos, con sus caras marcadas por un acné reciente o por uno eterno, con sus mujeres viles llenas de pintura y pelos tiesos que se encajaban en sus sucias mentes. No había que preocuparse por ellos. Tal vez tampoco por los otros, los realmente malos. Aún era temprano. Aún no se rellenaba el recipiente de las preocupaciones.

Y tal vez por ese tiempo que nos sobraba se acercó a mí la tenue Ixtab, con su paso turbio de adolescente drogadicta, casi militar por lo tiesa que la tenían las anfetas y las tristezas, con esa su presencia tan cotidiana que la hacía parecer ausente. Tal vez vino a mí porque creyó que mi cuerpo o mi mente eran lugares a los qué ir.

El reloj amenazaba con la noche, el aire ventrudo que entraba por los huecos en los vidrios amenazaba con la noche, pero tal vez ella no los vio, no quiso verlos o inventó que no los veía. Ella tenía que ir a casa de su vieja abuela antes de la noche, porque la noche la seducía, la noche no le dejaba lugar para hogares y horarios de vieja temerosa. La noche la convertía en rata, oso o cualquier otra alimaña, tan fuera de lugar que sólo acertaba a quedarse dormida sobre las mesas o en algún rincón que asemejara el calor de una cama. Tal vez aquella vez Ixtab quería una dosis de esa metamorfosis que la hacía tan penosa para todos los que la veíamos, que no éramos pocos. Tal vez por eso acudió con sus pasos de quinceañera a mi lado y se quedó viéndome, poniéndome nervioso y provocándome prurito en el culo, que es lo que me pasa cuando se me tensa el nervio. Yo la desconocí; me dije ¿será realmente Ixtab?, pero ella no pareció darse cuenta. Tal vez fuera ella la que no me reconocía, la que se preguntaba ¿será éste el escritor malo de todos los días?, y por eso se sentó junto a mí. Tal vez quería reconocerse en mí o intentar que yo me reconociera en ella, y por eso buscó con insistencia, con sus canicas de belleza maya, mis ojos casi siempre negros y aburridos. Sí, tal vez fuera por eso.

O tal vez fuera por otra cosa.

Abro la estúpida y absurdamente gigantesca puerta del edificio-jaula con un llamativo movimiento. Por lo general paso inadvertido en el mundo, pero la entrada a ese lugar en especial siempre me sale circense y escandalosa. El vigilante panzón y sucio me mira con especial desprecio y suelta una tosecilla amenazante, como pidiéndome que no olvide que él está aún ahí. Lo olvido de inmediato; no por que no me importe, sino porque todo lo olvido con rapidez. Tengo un verdadero oficio de amnésico.

Vigilante panzón queda atrás. La recepcionista de bigotes portentosos me sonríe y baja la cabeza hacia la novela de amor infausto que sostiene entre sus piernas, imaginándose que alguno de los insípidos personajes que le sorraja el folletín, seguramente el de sentimientos más mezquinos, podría parecerse a mí. La pobre incauta no sabe que, por regla general, los seres de peores sentimientos se parecen a ella, a vigilante panzón, a la chica que asesiné en el camión, al conductor de los vaivenes, al tipo que escribió la novela que lee con tan absurdo ahínco; las personas como yo,

simplemente, estamos condenadas a no reconocer bien o mal en nuestra alma. Nunca nos parecemos a nadie; rara vez nos parecemos a nosotros mismos.

"Georgina alzó el largo bastón de su padre contra el pecho de él; sus miradas se encontraron, y ella sintió en su interior el estallido del odio, un odio puro que le hacía desearlo más que nunca. Su deseo era rabioso y contradictorio; ¿cómo podía encontrarlo tan atractivo, cuando ahora lo sabía capaz de todas las bajezas? La mano de él se apoderó del bastón con un rápido movimiento, y ella no hizo nada por retenerlo; ahora él estaba al mando, y ambos lo sabían. Georgina dejó que su cuerpo musculoso la envolviera en aquel abrazo; su rechazo se fundía con una aceptación casi total de su cercanía. Su olor a tabaco le hizo sentir asco, mas sus labios se fundieron en un beso. Su alma yacía lejos, pero su cuerpo se abandonó al de él. Georgina podía llorar ahora; tenía razones para hacerlo."

Descanso en la puerta del ascensor, mientras espero a que el ataúd baje por mí. La pinche Georgina es una puta mala en realidad, la de peores sentimientos en toda la maldita escena, pero no me interesa; la pobre bigotona tendrá que arreglárselas con el engaño. Las puertas se abren —tan automáticas, tan de ataúd—, y me doy de frente con los ojos enloquecidos de una niña de no más de catorce o quince años que avanza de la mano de su madre. La reconozco; no sé quién sea ni cómo se llame ni cuál sea su problema, pero la reconozco. Ella deja que su mente se pierda en la mía, que su mirada perdida se pierda en la mía; escucha rabiar a Georgina con el cuerpo del chico malo sobre el suyo, y sonríe a medias. Ella también me reconoce.

Subo al cajón mortuorio que me llevará hasta Doc.

Piso número siete el ascensor se detiene y quién soy yo debería bajar y correr y alcanzar a la niña loca de trece catorce o quince no me reconozco ahora en el piso siete todo está consumado y no sé qué cojones hago aquí ni quién es que se supone que tengo qué jugar a ser bajar y preguntarle por mi nombre y mi mal y si en verdad soy yo o muchos otros que se reintegran a mí Georgina baja por el cuerpo del hombre malo y se mete su gran verga a la boca porque todos los hombres malos tiene una gran verga negra con pequeños huevos cafés y peludos y la niña se ha robado a Georgina y Georgina antes se había robado lo que sea que yo soy he olvidado a qué vengo porqué razón he bajado del ascensor asciendo y asciendo y nunca dejo de ascender es como si el cielo nunca terminara hermosas secretarias que me miran y el cielo no es aquí el cielo son los ojos mudos de terror de la loca de catorce quince ahórcala asfíxiala azótala arrójala por la escaleras o el hueco del metro provoca axidentes en un mismo día muchos muertos para tu propia cosecha de muertos axidente es un accidente para la palabra accidente y los muertos incontables en tu vida ¿a cuántos has matado a cuántos matarás en tu vida mientras sigas respirando mientras sigas llegando al piso siete? saluda saluda saluda a Doc no primero a su secretaria ella no tiene bigotes ni panza y no lee novelas rosas gusta de películas porno donde los hombres malos tienen grandes vergas negras con pequeños testículos huevos cafés ella bebe café en una taza de color incierto rosa o rojo viejo o café deslavado e incluso morado atrevidamente inusual en realidad Doc no ha salido de su oficina

nunca sale y tienes que esperar a que salga el paciente en turno con sus pastillas de colores tú lo sabes los colores de las tuyas son clozapinas verdes y muchas has tomado a lo largo de catorce quince tal vez dieciséis lo que sería toda una vida en el caso de la niña loca el cielo no es aquí el cielo no está en el edificio-jaula el cielo es en otro país en otra vida en otro universo y el universo no existe dijiste hace muchos años cuando empezabas apenas a creer en el universo Doc dice que tienes que regresar a la creencia creer que estás creer que vives creer que respiras y que tienes un futuro únicamente por eso porque no puedes evitar estar vivo y no puedes evitar la presencia cogito ergo sum pero yo hace mucho que no pienso y me pregunto sólo por ociosidad para matar el tiempo imagino para matar el tiempo y mi mente me habla para matar el tiempo y el tiempo ha muerto por fin puedo entrar a ver a Doc; estas antesalas son demenciales, no me gustan para nada. Pero no puedo evitarlas; no soy yo quien las decide.

Doc me sonríe desde su escritorio, agitando un pequeño sobre de papel al que acaba de pegarle un par de timbres postales. Su oficina huele a timbres postales.

Maté a una chica mientras venía para acá.

Él me dice que qué padre, y que me siente antes de continuar.

El amor se da en cama de rosas, y luego te rozas las nalgas y ya no sientes bien lo que se supone deberías sentir. Se te pierden las sensaciones en barricadas que tú construiste pensando que serían para ti. Construiste el refugio del enemigo y hasta ese momento te percatas. Demasiado tardío y demasiado pertinaz, ese sentimiento. Pero no importa, porque no se siente. Saludo a los amigos que pasan frente a mi ventana, y ellos sienten que los saludo, pero yo no siento un carajo. Los amigos pasan y me imaginan leyendo o escribiendo notas para el breviario de muertos ilustres que vengo planeando en mi mente desde hace algunos años, como si mi mente fuera un gran precipicio adecuado para el planeador de los breviarios aún no escritos; me imaginan cosiendo botones a la chaqueta —el concepto, estrictamente, sería *chaqueteando botones*—, o cocinando para mis invitados, siempre hipotéticos y siempre tan malagradecidos y malvados que nunca acuden al convite; me imaginan estando, pero yo no estoy. Los saludo mientras pasan con mi mano siempre tan pródiga en saludos.

Ya no son los amigos de antes, los de la época de amor y cama de rosas. Esos son sujeto de relatos largos malos y cortos peores, esos se dejan recortar por las tijeras de mi recuerdo y se dejan pegar al álbum de mi nostalgia —que es muchas nostalgias hacinadas en una sola— con pegamento de colores imposibles. Los viejos amigos de blues y largas sesiones de cerveza y devoción pasan de largo ante mí y ni siquiera voltean un segundo para verme y corroborar que aún sigo aquí, después de largos chorizos como años que me han violado e incluso, los que han tenido paciencia suficiente, me han preñado. Ya no tienen segundos —ya no digamos minutos— qué otorgarme, y han dejado de atesorar mis saludos. Algunos ya ni siquiera escriben, porque nunca les respondo. Por lo general me da hueva escribir, como no sea para llamarme y hacer que me llamen escritor. Como si uno pudiera fabricarse títulos y noblezas.

Pasan miles ante mi ventana, miles de extraños que en mi extrañeza transformo en amigos. Los saludo, en especial a las mujeres, para hacer como que no sé, para que ellas crean que desconozco sus designios; las saludo con grandes movimientos de mano, cabeza y verga, pero nunca faltan las susceptibles o las agudas y entonces, pasadas algunas horas, tengo a mi puerta a un viejo policía de panza azul y nariz de protuberancias africanas que me observa parado en el marco de mi puerta diciendo

— Tres señoritas aseguran que usted quiso violarlas, señor.

y entonces me amanece en la delegación, entre borrachos que parecen humanos a pesar de sus alientos y su fetidez perpetua, entre padrotes que golpearon a la fulana

por cuestiones de finanzas, entre melenudos que no tuvieron qué darle al poli que los encontró sospechosos, entre drogadictos que parecen bastante decentes y entre tíos bastante decentes que resultaron ser drogadictos; me amanece y les amanece a ellos, y ellos me preguntan si los incluiré en alguna historia —en algún momento de la noche se me ha salido seguramente el elogio de la profesión— y me preguntan qué tan bien pagado es el oficio. Yo les digo que da, pero no les digo cuánto. Ellos se quedan con la idea de que da, porque me sacan de la celda entre las miradas envidiosas de mis condiscípulos y me dicen que una señorita pagó mi fianza muy temprano, antes de que saliera el sol. Eso es lo que da el oficio; señoritas que lo saquen a uno de la cárcel. Pero yo sé que la señorita pagó con su dinero, ese dinero de oscura e indeterminable procedencia que saca, no sé cómo —tal vez porque antes lo ha metido—, de mis bolsillos de literato. Porque el oficio no da, de plano.

— ¿Y porqué me sacan hasta ahora? —le pregunto a mis captores, sintiendo el reproche de mi espalda que grita ante los rastros de una noche acostado en el piso de la delegación; ese piso que es cama para los que perdieron el derecho a una cama por el fervor insomne a sus excesos.

— La señorita nos pidió de favor que no lo sacáramos hasta la mañana —me responde el policía en turno, mirándome fijamente y creyendo que la señorita, esa señorita que hizo que se les parara a todos a las cuatro y media de la mañana, es mi hermana o mi tía la cachonda que ha querido darme una lección por descocado y malandrín. Mira mis veinticuatro que parecen treinta y dos por mis arrugas prematu-

ras y que sin embargo son quince por mis reservas, los mira y mueve la cabeza y piensa ya está huevón para andar metido en estos líos. Seguramente ya habrá olvidado, o tal vez ni siquiera se enteró, que el día anterior quise violar a tres mujeres desde mi ventana con mi verga de goma que crece para violar a distancia.

Regreso a mi ventana y miro a la gente; pero ya no saludo, porque no quiero pasar otra noche en el piso de los desterrados. Espero lentamente a que llegue la noche, porque de noche no puedo ver mi sombra y así puedo imaginármela como a un amigo ausente que regresará por la mañana a ser yo mismo, un amigo que está condenado a compartir mis tropiezos y mis momentos sublimes de herejía, mi éxito siempre ausente y mi fracaso que ya no es noticia; un amigo que está encadenado a mí... condenado a ser mi sombra.

De noche ya no voy a ningún lado, porque en ningún lado me esperan. Ya no hay billar, Pancho el ciego está en el cementerio, cuidando los huesos de Josefa, la de las memelas, que fue a la única a la que demostró cierta devoción, esa devoción que en él sólo podía ser ciega, así que no me queda mucho por hacer. De noche converso con mi sombra ausente, le escribo cartas de relación como las de Cortés en la conquista, espero a que llegue la señorita a darme miedo o a jugar con mis muchos espejos, a chuparme el sexo con su boca de largos colmillos o a mirar cómo me quedo dormido. A veces sueño que ella se acerca a mí mientras la sueño y me roba un poco de sangre abriéndome en dos con sus manos finas como dagas.

Pero eso es sólo un sueño.

Miro la ventana y me pregunto porqué los tiras pensarán que ella es señorita. Su virginidad fue una flor podada de su jardín a la hora del nacimiento. No iba con su linaje. En su raza no hay vírgenes. Me pregunto porqué pensarán que el dejarme dormir en prisión es para ella una medida terapéutica. Sé que ella, la señorita, sólo quiso respetar mi sueño, usando ese respeto como el eterno pretexto para ese ocultamiento sistemático del lugar en el que ella, la señorita, duerme. Eso es todo. Siempre es así.

Porque ella, Luna, y todos los otros seres con rostros como bruma que han sobrevivido, gracias a la noche, a mis amigos de amor y cama de rosas, duermen de día.

El día es un campo propicio para sembrar los sueños.

Sólo para ellos, claro.

Debería recordar el día en que los hijos de la noche en cueros llegaron a mi vida.

Debería recordarlo como el día más importante de mi vida, porque ese día opté por quedarme solo para siempre. Opté por ser un hombre y su sombra; decisión que de niño, cuando me encerraba en mi cuarto a elucubrar miedos y traumas que más tarde se transformarían en historias, se me antojaba casi deseable. Aprendí, como todos deberían aprenderlo, que la soledad es el bien intrínseco de la vida entre humanos. Lo aprendí de mis padres y mis abuelos y mis hermanos y todos aquellos que, de verse mutuamente, se fueron muriendo en la más absoluta soledad. Me lo dijeron en secreto mis juegos de niño, que siempre gozaron de ese ambiente de aislamiento, de ostracismo. Me sentaba de lejos a ver los equipos, las multitudes, las travesuras inofensivas que presumían de hacerse en banda y ejército, y me reía con mi risa de niño; me sentaba a ver pasar las manifestaciones, a contemplar los plantones protestosos con mis ojos en plantón eterno, a ser testigo de las luchas y las revo-

luciones tumultuosas, y me amargaba con mi amargura de adolescente. Y luego, cuando llegó la hora de alterar por cuentero mi edad y mi linaje, me senté a ver pasar a la humanidad toda frente a mi ventana, y ya no me quedaba ni risa ni amargura para sazonar lo que veía. Fui quedándome ciego, como Pancho, ciego de inmovilidad, ciego de haberlo visto todo y ciego de no entender nada.

Siva abrió los brazos, sus múltiples brazos, y sirvió una ronda de ciento cuarenta y nueve cubas libres. Cuba seguía cautiva, pero a nosotros en el billar no nos importaba tres cojones. Siva tomó luego las charolas y comenzó a repartir los tragos, uno a uno, con sendas reverencias. Parecía que todo iba muy bien por ahí. El negocio prosperaba, que es lo que se espera de todos los negocios. Bebimos y jugamos con nuestros largos brazos entumecidos por el pool y la carambola de nuestras vidas que tan bien se juntaban en aquel tugurio hecho tan a nuestra temeraria y poco corpulenta medida. En espera de esa noche que nos daría un buen pretexto para regresar a nuestras casas o a nuestras celdas o a nuestros sepulcros, jugamos y bebimos y reímos y todo se hacía una sola cosa en la colectividad de nuestro impulso. Parecía haber un compromiso, un acuerdo tácito de disfrute: Siva sirviendo al ritmo de la cítara, inventando el mundo para nosotros con su sexo hermafrodita, Pancho el ciego riendo ante errores en el juego que jamás veía, apendejado por el calor y la falta de actividad y mercadeo y sin embargo feliz de estar en algún sitio, Ixtab tirada o arrancando grandes pedazos de yeso a las paredes y devorándolos para cerrar aquellas viejas heridas en sus huesos, los niños de flacura aguerrida y tatuajes de prisión

jugueteando entre ellos y lanzando albures que apuntalaban su hombría y sus ocultos deseos homosexuales, sus mujeres compitiendo por el más aguerrido de la semana —aquel que hubiera logrado el asalto más pintoresco y con el botín más cuantioso—, compitiendo por el preciado alimento de un hombre fuerte al cual a la semana siguiente ya habían dejado seco como a un trigo solitario viviendo entre cizaña, los viejos jugadores ensimismados en el dominó y la apuesta furtiva, mirando a los jóvenes con una mirada que los azuzaba al hábito y se los reprochaba al mismo tiempo, y yo, mirándolos y participando ocasionalmente en sus estrategias y divergencias, imaginándomelos como personajes de cuento épico, de fábula con animales que hablan y humanos que ladran y bufan y mugen, creyéndolos únicos en mi afán de escritor que busca hombres únicos para decir algo sobre ellos. La noche cayó, como habitualmente cae, sin remedio. Pero esa noche fue la primera de muchas que tuvieron lo siniestro como cantinela y como sello, esa noche fue la primera de muchas que luego todos nos vimos obligados a olvidar, unos a través de la tumba, otros a través de la distancia, y yo a través de esa condición que de niño llamaba soledad y hoy llamo mi hogar. Porque esa noche llegaron; aquellos cuatro varones y aquella quinta mujer, ellos tan feroces y pálidos, con esa aura nefanda en los ojos, ella con el añadido de su belleza inabarcable, e hicieron que la palabra malditos se borrara del diccionario de nuestras mentes, aún de las mentes de los que se creían por ahí los peores, y resurgiera transformada malamente de adjetivo escarnecedor a sustantivo palpable en la carne de aquellos cinco; aquella carne que debimos adivinar muerta

en su perfección y en su frialdad visible; aquellos dientes de alabastro que debimos imaginar mortíferos en su alargada amenaza, en su alargada presencia de armas terribles; aquellos ojos que debimos imaginar de asesinos porque sólo sabían estar hambrientos, mirar hambrientos, escudriñar hambrientos. No recuerdo si lo imaginé al menos por un segundo, si mi perspicacia en aquellos días moribunda me sugirió esa imagen esperada mucho tiempo atrás. No recuerdo si aquella noche me senté a mi mesa de palabras y la primera que me vino fue *vampiros*. No recuerdo si aquella noche comencé a creer en Bram Stoker.

Debería recordarlo, pero todo esto lo he olvidado.

Por eso lo escribo hoy aquí, para recordar que lo he olvidado.

Porque recuerdo es un olvido postergado.

Ixtab rompe el sello de mi aislamiento, ese sello que construí a partir de la creencia popular de que los escritores somos una especie de raza aparte, leprosos entre los humanos, sádicos que disfrutamos la desgracia o la gracia ajenas para inventar nuestros fraseos descarnados y construir nuestra mitología, ladrones que robamos —qué otra cosa podría hacer un ladrón— en beneficio de esa prostituta a la que llamamos Literatura y que nos paga tan, pero tan mal. Divinos tontos nos miran y creen que somos divinos tontos. Ellos, en el billar de azulejos azules y rosas color de rosa que colgaban de macetas como de barro que en realidad eran del vulgar plástico de la modernidad, ellos no podían dejar de actuar para mí, y abrigaban la secreta y comunal esperanza de que yo los incluyera en algo, en una línea fugaz los menos ambiciosos, en una novela grande y complicada los que creían que tenían vidas buenas y tan interesantes como para intentar semejante empresa. No sabían que yo ni siquiera era un escritor, en el sentido más estricto de la palabra. No sabían que yo no llevo el "ista" en la frente, que es lo que le da decencia a los indecentes literatos y,

en general, a los indecentes hombres. No sabían que acerca de lo único que sé escribir es acerca de mí mismo, de la relación inmediata de mis temores con mis esperanzas cada vez más pobres y estúpidas, del cotidiano paso del aire por mi cuerpo y de las ideas lentas como tortugas que a veces corren contra la liebre de mi intuición o mi intelecto y por lo general le ganan. No sabían que mis libros se hacinan en grandes pilotes de páginas y páginas revueltas en un rincón de mi armario, entre calzones manchados de mierda iridiscente y pantaletas de Luna manchadas de la sangre de otras vírgenes. No sabían que un día los haría personajes de una novela cuyo único y egoísta objetivo es rescatarme de una soledad que me abrasa y me abraza como los brazos ardientes y en llamas de la muerte, que de un tiempo a esta parte lo es todo.

Ixtab finge que me ve sin verme, y en ocasiones sus ojos se pierden contemplando, azorados y siniestros, el vaivén marino de las bolas en la mesa que tenemos enfrente. Pero sé que me mira a hurtadillas, hurtadillas cada vez más descaradas a cada segundo que pasa. Me conmueve su presencia, sus dos tetas como lunas llenas que recuerdan noches sin otras lunas y sin Luna, su boca reseca de adicción y anorexia, sus largas piernas de afrodita bailarina y esos ojos coloreados de hurtadillas negras y abismales. No hemos cruzado más de dos palabras en aquellos largos atardeceres como siglos que hemos vivido y muerto juntos en este lugar, pero nos conocemos, nos suponemos. Adivinamos pensamientos y pensamos mutuamente, inventándonos vidas de lo que otros nos han dicho de ese otro al que inventamos. La sé frágil, la sé bucanera en su propio mar, la sé terrorista de un destino que ella no ha

querido o no ha sabido ver. Puta de todos cuando está perdida en su droga y en sus momentos de noche y perdición, puta de todos cuando no lo está. Sé que vive en un mundo gris de vejez y orfandad, alimentándose de las generosas sobras de una abuela usurera y de cabeza perlada que la acogió como esperanza y hoy la lamenta por lo que es. Sé que no sé nada de ella, y sin embargo la escucho, porque ella abre la boca y habla, para mí y para nadie. Sólo por eso.

— ¿Miras el juego? —me dice, como si no pudiera ver mis ojos extraviados en el juego por puro temor a extraviarse en el fluido negro de los suyos.

No contesto. No hay nada qué decir.

— Yo lo miro —afirma, como si fuera cierto, como si yo no supiera que el juego no le importa tres cojones, como si no supiera que aquel lugar es su pretexto para no estar en algún otro lado—; a veces, sólo a veces. Lo miro y me imagino —baja la voz y la oscurece, pero sé que esa variación no es producto de sentimiento o motivación alguna, sino de la droga que le baila en el hablar que baila— que así, como el juego, es la… realidad. Tienes, como únicos instrumentos, un palo y una… bola para eliminar otras bolas, bolas de colores y con distintos valores. Bolas disímiles, por muy bolas que sean todas; disímiles como las cuestiones… de la vida adulta. Comienzas el juego, y vas desapareciendo bolas, la ocho, la seis, la tres, y todas. Al final te quedas con una bola blanca, que eres tú mismo, tu conocimiento… tu conciencia. Y te das cuenta, por supuesto, de que esa bola final también ha de desaparecer, como las otras, porque ese es su destino, esa es su… función. Ese, y no otro, es

el significado de la vida —me mira entusiasmada de pronto, y sus ojos brincan a los míos, que la ven sorprendidos y aburridos por su razonamiento tan poco poético y tan falaz y por su voz salpicada de pausas maníacas—. Así que tomas el palo, y la golpeas. La bola desaparece en la buchaca hambrienta y vieja, y el juego ha… concluido.

Me llevo la cerveza a la boca, y la observo largamente. Es interesante, después de todo. Quién iba a decir que la drogadicta más decrépita podría tener las neuronas suficientes para elucubrar una entramada intelectual medianamente complicada como esa.

— ¿Tienes problemas? —le digo, e intento dejar de mirarla. No puedo.

Ella me busca con sus ojos desmembrados, después de unos segundos en que se aleja como un barco dejando puerto.

— No —contesta.

— ¿Entonces qué es lo que sabes de las cuestiones de la vida adulta?

Se da por vencida y entorna los párpados con pereza. Vuelve su mirada al juego y deja que las bolas le subrayen aquella idea suya en la que su vida, por un momento, ha tenido sentido y resolución. Como si el sentido y la resolución de esa vida que perdemos a cada segundo pudiera realmente estar en un razonamiento. Como si la vida no fuera lo más alejado de la razón.

— ¿Porqué crees que la gente reacomode el juego, una y otra vez, después de terminarlo? —estalla mi voz después de unos momentos de silencio incómodo, en

los que ella parece haber perdido el interés en mí y busca con afán hendiduras en el yeso de la pared para devorarlas. Creo que no quiero perder su aún suave contacto, por fútil que me parezca. Aún no—. ¿Porqué crees que lo intenten de nuevo?

— No lo sé —me contesta, y vuelve a mirarme y vuelve a interesarse en mí, en ese el viejo toma y daca de los humanos sumidos en el desespero de la incomunicación—. Supongo que no quieren saber que están… muertos —asiento casi automáticamente en una cortesía dubitativamente salpicada de comunión— y que el juego se acabó en definitiva. Creo que no quieren saber que, después del juego, sólo les queda ese… palo largo entre las manos, y que ese palo eterno se lo pueden… meter por el culo. Ahora, préstame diez pesos.

Saco el billete de mi bolsillo, ese bolsillo alimentado por los misterios que años después descubriré que no son misterios sino la mano de mi amada y temida señorita, que vela por mí; saco el billete y lo extiendo con mi mano, librándolo de las arrugas de su azarosa vida de billete, y se lo doy con una sonrisa a medias. Así que ahora me cobra por el favor de su pensamiento anfetamínico e insípido. Qué demonios, me digo; después de todo es una mujer. Yo mismo debería hacerlo alguna vez. No siempre puede ser uno un estúpido de a gratis.

— Eres tú uno de ellos —afirma, rozando mi mano dadivosa con la suya pringosa, y alejándola rápido, como temiendo ese parentesco que insinúa.

— ¿Uno de cuáles? —le pregunto, pero sé que habla por la boca de ese temor que todos en nuestra ignorante intuición compartimos.

— Uno de los de la noche.

Ah, esos.

— No, creo que no —contesto, dejando escapar un poco de mi duda, porque siempre me he preguntado si los besos de ella y las caricias arrebatadoras de ella y los silencios de ella y ese eterno reflejo de ella en mi triste espíritu no me estarán haciendo un poco como ella.

— Pero ella te ama. El amor siempre hace a la gente parecida.

Ella me ama en la liviandad de su cuerpo mitad cristal y mitad astro colgando del cielo. Ahora me ama en un instante porque eso es lo único que acierta a darme, instantes de una presencia que me destruye y que necesito. Tan adicto como la delgada y muerta Ixtab, la filósofo de billar. Ella me ama porque ama mi sangre que en mis sueños le habla entre los dientes. Me ama porque he aprendido a amarla de noche, y porque no hago preguntas que puedan poner en entredicho esa vida y esa noche que son las únicas que tiene. Me ama porque soy capaz de creer que me ama. No, no me le parezco. Pero sí, supongo que me ama.

— ¿Quién puede saberlo? —le digo desconcertado, y sin embargo con el firme conocimiento de que sé quién puede.

— Aleluya —dice ella teatralmente, en ausencia de un "yo lo sé" que sé que está ahí, colgando de sus labios tumefactos y de su complicidad de mujer sabelotodo—. ¿Qué crees que puedan comprar estos diez varos?

— Una vida, supongo. La mía vale mucho menos que eso.

Sonriente y descubierta en su intención, Ixtab se calla, llevando su silencio a los ojos y llevando sus ojos al marchito pedazo de papel, consumiéndose con él unos segundos, y luego lo desliza en mi chaqueta gris de escritor y enarca una de sus cejas, sexi y putañera. El frío se escurre como una cascada de sudor por entre mis vellos, pero eso no importa. La miro y pregunto con el silencio de mi extrañeza —mi viril perplejidad creyó en cierto momento que Ixtab usaría mi dinero para comprar una cerveza o una píldora para dormir (como todos los hombres, tiendo a creer que mi dinero sólo sirve como sustento cuando cae en manos de mujer), y ahora me está comprando mi vida— pregunto, decía, si lo que supongo es cierto. Ella me tranquiliza. Paseando su mano distraídamente por mi panza de escritor y por mi entrepierna —que, aunque mucho lo desee, no es siempre de escritor—, me mira con enojo y se ríe con enojo y abre la boca con enojo y me dice que mi vida no le sirve.

— Tu vida es de ella —diagnostica—. Pero hazme una para mí… y ya veremos.

Mi cabeza de escritor, abultada como mi panza e inservible como mi entrepierna, debió suponerlo. Y sin embargo, me sorprende.

Vaya, vaya.

Ellos no preguntaban usualmente por nadie. Ellos no parecían interesarse en nadie que no fuera parte de su círculo eptocéntrico —¡neologismo esquizofrénico!—, de no ser por mí, que tenía el incierto honor de meterle la verga a una de ellos, lo que me daba, a ojos vista, una posición privilegiada. Ellos no preguntaron por ti la última noche, la pasada de hace mil años, la pasada que, en tu pasado, es un cosmos diminuto e inventado, la pasada que fue la terminación, la extremidad de tus noches. Nadie preguntó por ti cuando ya no estabas, cuando desapareciste con la gracia de quien ha nacido y vivido para un buen día desaparecer. Nadie te buscó, al menos nadie lo hizo en serio, tal vez porque fuiste la primera y tal vez porque nadie quería saber. Creo que incluso nos dimos el lujo de ser mierdas y fingir que no te conocíamos, cuando nos preguntaron. Incluso yo, que ahora te escribo esto como exorcismo y, mundanamente, como disculpa.

Ellos no preguntaron por ti. Preguntó ella, supongo que en su nombre. En su carnívoro nombre.

El recuerdo perla mi frente de sudor y pena; pena porque fuiste entrañable en tu misterio de mujerzuela, de talonera de fin de semana, de estudiante dramatizada en tu tragedia de prostituta aferrada y esperanzada en lo que la escuela podría darte, en lo que podría cambiar del deplorable mosaico de tu vida, de esa banqueta frente al billar que te apresaba como una oficina apresaba a Kafka y lo convertía en cucaracha, una criatura viscosa y desagradable no menos ramera de lo que tú eras. Te recuerdo hablándome a las puertas de esa catedral que nos resguardaba a ambos, como santos de una iglesia medio decadente. Te recuerdo; primero, invitándome sonriente a abordarte, incitándome al colchonazo y a perder el poco varo que había en mis arcas en un revolcón contigo; después, sonriéndome ante mi vista cotidiana, ante ese andar mío tan apagado que a las mujeres siempre les causa alguna clase de desasosiego, para bien o para mal; y, finalmente, aquella vez en que te atreviste a entrar, con tus pasos de mujer sedienta, apagando con tus tacones y su alarido el ruido vulgar y omnipresente de bolas y palos y conversaciones que chocan. Pediste una cerveza, tan amarilla como querías que algún día fuera tu pelo, y te sentaste a beber y observar y fumar y sonreír queda y tímidamente, como si fueras un payaso en su día libre. Le sonreíste a los casi malos, le sonreíste a sus piropos majaderos y a las ofensas murmuradas de sus mujeres; recorriste con tu mirada cansada los también cansados rincones de aquel infierno. Me viste, y decidiste que aquel no era tu día libre. Avanzaste lentamente hacia mí, después de unos minutos de cerveza y reposo, y me pediste algunas monedas —las mujeres en ese tiempo, exceptuando a Luna,

sólo me pedían dinero, y en ocasiones mi alma o mi tiempo— para meterlas a la vieja rockola que se deshacía de tedio e indiferencia en uno de los rincones del lugar, y que aún estaba ahí por una especie de desvarío religioso de Siva, que parecía incapaz de deshacerse de ella como si creyera que un viejo dios hermano suyo podría estar atrapado en aquel esqueleto inservible de rock y tuercas mohosas.

— No me estés chingando —te dije, más por miedo que por otra cosa—; no tengo dinero, la pendejada esa no sirve, y si me ve tu proxeneta me va a madrear, o lo hará contigo.

— ¿Si te ve mi qué? —me dijiste, divertida, con el brillo de la ignorancia danzando en tus ojos, como la inocencia afiebrada de una niña.

— Tu alcahuete, vamos; tu padrote, tu chulo, el pendejo que te cuida.

Te sentaste junto a mí, empinándote la cerveza y dejando que tu cuello largo y musculoso asomara a cada movimiento, como el cuello de un demonio espiando nuestros espíritus y seduciéndolos con su encanto y su perfección.

— No te apures, hace ya un chingo que nadie me cuida… el último era un negrote de Veracruz, gordo y viejo, con una cosota como de burro que siempre estaba lista para lastimarme, para torturar mi pobre culo viejo.

Sonreí; vaya vieja puta tan mal hablada. Te miré detenidamente; no parecías la usual prostituta gorda drogadicta y anciana, con mal aliento y cardenales en el rostro medio ocultos por el maquillaje. No; más bien parecías linda y delgada y tu culo no tenía un centímetro de vejez. Eso sí, drogadicta podías muy bien ser, porque casi

todas lo eran y tú no tenías cara de puta excepcional. Pero podía uno verte en la calle y dudar: puede que sea putona, puede que no. Hacía mucho que las putas no entraban al billar, porque a Siva no le gustaba que le mancharan el piso con sus sucias vidas llevadas a cuestas y con la tristeza absorbente de la vieja amiga banqueta que les escurría de la vulva adormecida. Además, parecía que las putas tuvieran una especie de intuición más sombría que la nuestra respecto a la gente de la bruma, los de la noche. Así que los evitaban lo más que podían. Hasta esa noche, oh pequeña, habían podido muy bien.

Tú lo echaste a perder.

— Realmente me lastimaba, el muy hijo de su puta madre. No bromeaba para nada.

— ¿Respecto a qué? —respondí, con una sonrisa que recibiste como ofrenda.

— Pues… sexo anal, violencia… cosas así. Se ponía como pendejo, así —e hiciste un gesto con la mano que se suponía significaría "de volada".

— Así que —continué, mirando mi propia cerveza y luchando contra mi aislamiento y contra aquella mirada escondida a gritos en algún rincón, que me lastimaba y me amenazaba—, por lo que dices, él no era siempre un pendejo.

Te quedaste mirando mi trago y sopesando el vacío que se sentía inminente en el tuyo, como en una silenciosa sugerencia de una invitación que era imposible, inimaginable; estaba jodido, sin un quinto, y además estaban aquellos ojos felinos…

— Bueno —seguiste, derrotada—; él decía que actuaba así sólo cuando era ne-

cesario. Algunas veces sabía ser muy… chido, o algo así.

Necesario. Necesario. Una mala palabra que debería significar mierda. Necesario, el eterno pretexto de los que no tienen uno bueno. Vaya cosa. Me cago en lo necesario. Cuando necesito algo prefiero morirme de carencia a cometer alguna porquería y luego ir por el condenado mundo de los decentes diciendo: era necesario. Las porquerías prefiero cometerlas por cosas que no necesito, por motivos ausentes o definitivamente pueriles, para así no tener pretexto e inventarme uno bueno, uno realmente estúpido que desconcierte por completo a quien me increpe y le haga volver a casa y reflexionar siete días con sus noches y finalmente le haga regresar a mí y preguntarme qué rayos quise decir, para así poder poner ese final magnífico que me ha dado fama en los más altos círculos de la estulticia, esa frase que siempre uso por su brillo innegable y su brevedad rayana en la genialidad: “En realidad, no quise decir nada”. Lo Necesario. Lo único que la humanidad ignora que no necesita.

— Así que tu último chulo, ¿de dónde era?

Reíste. Qué hermosa y qué loca en su brote de dientes, tu risa.

— Ya te lo dije, viejo; de Veracruz.

Claro, ya lo habías hecho. Así que me sentí un poco mal, un poco fuera de lugar en el mundo de los continuos lugares; tomé mi cerveza con el grácil movimiento del que huye, y te dejé. Caminé hasta la barra de Siva, lo suficientemente lejos de ti en ese lugar que no tenía lejanías, billar infinito de caras pequeñas y alientos que se podían casi tocar y casi sentir y casi robar de lo hacinados que nos encontrábamos,

de lo cercanos que eran nuestros encuentros. Era como un pequeño establo para todo un ejército de cerdos y brujas; y tú, una gata hermosa metida a la fuerza en un lugar que no era tu lugar. Ese era el recuento exacto, porque en el numérico afán de cualquiera que se sentara a hacer cuentas de nosotros, sólo tú contabas aquella noche; como cuentan sólo los gatos en las exactas ciencias de la hermosura.

Miré afuera, buscando autos y gente y a tus colegas que miraban distraídas los autos que pataleaban y se ahogaban en el arroyo. Miré buscando al poli en la esquina, ese que les cobraba a ustedes por dejarlas ponerse a putear en aquella banqueta de oro y desconsuelo que tan preciada debía ser para él. No estaba, el muy hijo de puta. Debía estar sobándose la entrepierna puerca con alguna de ustedes, pobre infortunada. Alguna que tenía para pagarle sólo su sexo triste y sus movimientos fingidamente complacientes. Tú deberías haber estado ahí fuera, congelando tus largos y casi eternos huesos en espera de mejores días, días en que la escuela parecería un sueño de putaísmo y vergüenzas lejanas en tu nueva condición de profesionista bien pagada y mejor comida. Así que ahí estaba la cosa. Tú no eras tan puta; creías que no lo eras porque querías ser otra cosa. O tal vez eras tan puta que te dabas el lujo extraño de ser rebelde en una situación de rebeldía extrema, esa clase de chica mala que conoce las reglas y los territorios pero a la que le importan un carajo, una chica que renuncia a tener padrote dejándolo abandonado y bofo en un viejo puerto sólo porque éste le mete su odio doloroso por el culo cuando tiene ganas. Pero aún tú, chica mala y de rebeliones inútiles, debiste mantenerte alejada del billar en la noche.

Debiste creer en el miedo de tus azules compañeras oficiantes de la misa orgiástica, debiste creer en lo que nuestros temores de gente con mente mágica te decían. Creíste estar lejos de nosotros porque no eras lo suficientemente triste; creíste que tus ojos claros en su oscuridad clarividente te salvarían, creíste que su brillantez era tu amuleto con su hermética belleza. Aquellos no eran los ojos de una enferma; y, sin embargo, estabas enferma de confianza.

Y tal vez de otra cosa. Te miré detenidamente desde mi alejado emplazamiento protector, mientras escuchaba a mi lado el tintineo continuo de los vasos en las manos ornamentadas de Siva. Parecías sucia, un poco cansada por tus afanes de esperanza, demasiado delgada para ser considerada una chica saludable, demasiado habladora para ser considerada una puta con oficio. Pero, después de todo, ¿cómo se supone que deba ser una puta con oficio? Bueno, te diré: un poco amenazante, un poco maternal y un poco despreocupada. Un poco como una mujer, con todo ese complicado entramado de maldad y canibalismo, pero sobre todo un poco como una mujer que camina todas las noches bajo las estrellas platicando asuntos de salvación con el diablo. Y un poco silenciosa, un poco como alguien que no tiene una vida y que siempre responde con monosílabos y negaciones universales ante el ataque de la curiosidad ajena.

Tenías una vida, y debiste cuidarla.

Pero no podías cuidarte de ellos, con sus presencias silenciosas y eternas, no con aquellos diez ojos que devoraban y maldecían con palabras pronunciadas en el

léxico de la mirada. No podías ocultarte de ellos en la noche, porque ellos eran una sombra continua, porque ellos eran la noche misma que vigilaba hambrienta. No podías ocultarte, porque ser de ellos era el único refugio.

Luna vino a mí, con su andar tan superior al mío, con su explosión irracional en las piernas y el trasero fríos, con los dedos marcados de tiza y dejadez, y me sonrió, al mismo tiempo que tú me regalabas aquellos dientes que reían, despidiéndote y empujando las puertas de aquel local de terror y legendario a fuerza de leyendas que se cumplían, leyendas que flotaban y que se hacían carne en la carne de lo imposible.

— ¿Porqué dejas a tu nueva amiga? —me dijo sonriendo, y volteó a buscarte. Sabía que ya no estabas, pero fingía ignorancia al saberte terminada de antemano. Tocó mi cuello y mi pecho, besó mis labios, sangrándolos con mordiscos leves, de amante que muerde, me miró a los ojos con los suyos sedientos y llenos de odio, suspicaces y cazadores, y se alejó de mí sin darme la espalda, dándome estocadas asesinas con los ojos, hasta que se unió a sus amigos, a las cuatro extremidades de aquel cuerpo único que eran los cinco.

Minutos, pocos y apenas sentidos, marcaron su salida inusualmente temprana, inusualmente precipitada; aquella salida que dejaba un juego inconcluso y que concluía otro, aquel juego de mis sospechas diarias ante el despertar solitario del amante, abandonado al amanecer por un amor que es sólo amor entre las sombras.

A partir de ese día lo supe, con la convicción triste de los hechos. Porque mi

amor me besó algunas horas después, cuando entró a mi lecho de despojo y rosas marchitas, y sus labios sabían a ti. A tu triste sangre. Pero es sólo un sueño, me dije, porque es lo que me digo siempre.

Tu cadáver era apenas el despojo de un ave en un festín de lobos, según nos contaron los dos viejos perros que siguieron el poco interesante rastro de tus huesos.

Y envuelto en las miradas de mis cómplices de miedo y sospechas compartidas, dije que no te conocía.

Me pregunté, alguna vez, si habrá profesionistas en el infierno. Ojalá los haya. Si no, seguirás siendo una puta desempleada; y mi alma llorará en la lejanía de un puerto y un reposo inalcanzables.

He aprendido, últimamente, a sentirme culpable.

Deben ser cosas de mi amor adolescente.

Tengo necesidad de explicarme. De vez en cuando. En esos días en que amanezco dispuesto casi a cualquier cosa, casi dispuesto a ser un buen tío con ojos de hombre y saberes de hombre. Entonces me siento y me explico con sobriedad, con inteligencia, si es que eso es todavía posible en mi discurso. Aquellos que tienen la fortuna de encontrarme en esos días por lo general no entienden un pepino, pero de todos modos lo intento. Las prostitutas en grandes salones me sonríen, los ciegos vendedores de droga me aplauden; así, la elocuencia va encontrando pretextos para alejarse de mí. Explicarse es un arte, considerablemente difícil e inútil.

Así, pensando esto, me siento frente a Doc, y él deja su sobre apestoso a timbres sobre su escritorio nacarado. Luego, saca el pequeño artefacto, la trampa, y enciende su botón de encendido. La cinta se desenrolla con gracia y comienza a capturar mi insípida voz.

Estoy pensando el infinito. La noche es en mí, y yo soy en una noche eterna. Soy ciudad de desvalidos, un borracho tirado a la salida de un bar de ricos, un borra-

cho pobre bebiendo efluvios de rico. No lo merezco. Siempre creí que merecía un destino luminoso, el respeto de mis contemporáneos, que aplaudirían rabiosamente cualquier intento mío, cualquier tentativa de humanidad que estuviera dispuesto a llevar a cabo. No merezco estas muertes simuladas, viejo, no merezco tener miedo a lo que mi mente es capaz de ser o imaginar.

¿Ha vuelto a ocurrir? ¿Lo de los Pequeños Mensajes En Clave?

No, no mensajes. Códigos, acciones resumidas en un estímulo mental, como de cristal, como el código en una botella ámbar que se rompe; no sé si me comprendas. Un mensaje o una orden serían demasiado vulgares para considerarlos siquiera anómalos. Un mensaje sería cotidiano y finalmente normal —porque no todo lo cotidiano es normal; no necesariamente—; un mensaje no encerraría terror alguno. Pero el código, esta comunicación codificada, es aterradora porque carece de significado concreto y sin embargo evoca imágenes tangibles, imágenes con significados atroces. Como los dos asesinatos de hoy. Es niebla y es mar agitado. La sensación de matar a alguien es como el saber que estás sazonando un exquisito platillo con orines de sifilítico embadurnados en un pepino usado para exploraciones anales superfluas; una sensación de maldad extrema pero inevitable. Pero eso no es lo peor; lo peor es saber que has matado a ese alguien, pero él sigue incólume y con vida.

Doc enciende una luz indirecta que da en la ventana, una luz desperdiciada, y murmura oraciones. ¿Te parece molesto matar a alguien sin matarlo?

No, no es matarlo. Es sentir impulsos, acciones y sentimientos que no te co-

rresponden a ti, sino al código o a quién sea que esté enviándote ese código. Y saber que el código y ese que te lo manda en realidad no existen; que eres tú, tú mismo, y que tú has dejado de ser tú para siempre. Es una negación global de tu propio ser, de tu limitante hacia-dentro. Un desdoblamiento de la voluntad.

Es como llevar el infierno dentro, como comer el infierno y alimentarlo, como cagar y ayudar al infierno a desechar sus lastres infinitos. Es como desperdiciar la luz en esa jodida ventana que acabas de iluminar. Desperdiciar la voluntad en actos que no vienen de voluntad alguna, que no son órdenes ni esperanzas ni deseos. Es desperdiciar tu miedo en miedos incumplidos.

La luz continúa desperdiciándose. Afuera hay noche incumplida, y miedos; gente matándose.

Doc es un absurdo iluminador de ventanas.

¿Cómo escapar de la ausencia del amor? Inténtalo, amigo, y verás como se te escurren los años entre los dedos como orgasmos mal habidos, viscosos y sedientos de más años y más orgasmos. El amor se ausenta en infinitos segundos, unos tras otro, sin suma posible, sin poder decir al cabo de cierto tiempo "ha pasado un minuto, ha pasado una hora un mes un año". Es siempre un segundo y es siempre *el* segundo por excelencia, el primer segundo de una ausencia que puede durar para siempre y que es siempre, por un sin embargo trágico, una ausencia nueva, renovada eternamente en un tiempo que no pasa. En la ausencia el amor demuestra, grandilocuente, todo lo que tiene de doloroso y eversivo. Ausentes nos destruimos cuando más nos amamos. Cuando decimos amarnos.

Luna me deja en espasmos de minutos, de horas, y siento en mi piel la llamarada altiva de su piel ausente, el aprisionamiento de su sexo en mi sexo que la extraña. Las entrañas se me ahogan en el mar contradictorio del sentir y del no sentir, se me anegan de ausencia, elocuencia de lo que no está, de lo que no argumenta con el

argumento de la presencia sino con el mortífero palabreo de la nostalgia. Luna se va cuando la noche deja de llamarse noche para imponerse con sus movimientos circulares el nombre bicéfalo del alba, de ese día que es noche y de esa noche que no sabe ser día. Al alba se desangra su cuerpo por las paredes, se diluye su palidez lunar en las paredes, se desintegra su integridad carnal en el aire descarnado, el que se estrella en las paredes por supuesto, y se va, prometiendo regresar a mi lecho y regresar a mi descascarado anhelo por su regreso… siempre a la noche siguiente. Promesa nocturna, esta mujer que me mantiene en todos los sentidos.

Y entonces, cuando está ausente en su presencia omnímoda, su cuerpo es como esa nube que pasa frente a la ventana de los saludos, esa nube de agua errabunda y sin dueño que se mira y no se toca, como se mira y no se toca el misterio, cuando el misterio se atreve a pasar frente a nosotros y nuestra conciencia aletargada se atreve a verlo. Es como el mar preso en una postal de farmacia, anhelado en su candor de arenas y olores vaginales y sin embargo inalcanzable en su mentira de papel de segunda. Cuando ella no está es más ella que cien mujeres católicas esperando el espíritu santo que vendrá a desflorarlas.

Pasan años que son minutos apenas, y ella lo es todo. Miro la calle que reprime mis manoteos con su amenaza de cárcel e incursiones policíacas en violaciones que no son mías, miro a la gente de cerca cuando insomne me paseo entre ellos, cuando mi casa es demasiado grande o demasiado asfixiante, miro a los polis y a los ladrones que hacen su ronda matutina tomados amorosamente de la mano y atacados por

el sol y la marea de la ciudad que respira, miro todo lo que es posible apresar con la lánguida mirada de los hombres —aún soy hombre, después de todos estos años negándome a serlo—, y todo lo que miro es ella. Ella que duerme, ella que se oculta, ella que no sabe dormir conmigo, ella que se niega la oportunidad, improbable hasta ahora, de que sea mi cuerpo el que le caliente los huesos mientras se pierde en los morfinómanos brazos de ese día que es siempre su noche y siempre quien la arrulla. La miro en todo, y sé que, aunque lo desee más que a ella misma y a su carne de hielo y sangre robada, ese todo que me envuelve no es ella. Ese todo no son sus ojos ni su nariz respirando de a mentira ni su cabello de oro que ilumina la oscuridad en que se inventa. Pero me divierto pensando necio que todo es ella, y así espanto el sueño que amenaza a mi locura detrás de las paredes y escondido en mis párpados hinchados. Digamos, sólo digamos, que es así como me mantengo despierto.

Abro los ojos cuando me vence el sueño enemigo, me niego, huyo, y me entretengo escribiendo el intrincado mapa de las noches que no duermo. Hago sumas largas y dolorosas, y caigo en la cuenta de que ya son muchas, me doy cuenta de que me hace daño esta doble vida que nunca termina y cuyos dobleces, esas dicotomías siempre supuestas, comienzan a desdibujarse por el tiempo y por el cansancio. ¿Cómo ser un hombre diurno cuando se está obligado por el deseo a ser el amante de todo lo nocturno? Cuento el dinero que me deja ella en los bolsillos indigentes de mi alma, de mi alma que es alba que no amanece, y me pregunto si me alcanzará para alquilar un secretario —los buenos escritores, los famosos escritores que venden

libros negándose a guardarlos en el cesto de la ropa sucia, siempre tienen secretario— que cuente los días y las noches por mí, que extrañe a Luna por mí y, tal vez, si fuera realmente un secretario eficiente, que duerma por mí. Alguien que tome mis sueños, mis sueños que son multitud, y los eleve por encima del sufrimiento y la esclavitud desvelada de mi amor.

A veces supongo que me quedo dormido y que su presencia en el aire iluminado por el día es parte de un sueño malo y freudianamente insignificante. A veces creo, y siento, que ella es mi sueño y que vivo en mis sueños también para ella. Sólo para ella. Pero abro los ojos y la tengo enfrente, y la noche es noche en la negrura esférica de afuera, una vez más; ahí está mi amor, de carne y huesos blanquecinos, mirándome…

… y ya no puedo saber si me soñé dormido o me dormí soñando.

Abro los ojos. Segundos ensangrentados pasan volátiles junto a mí y se incrustan en la vieja puerta de mi cuarto, cerrada para evitar los embistes del amanecer, siempre frío, de éste mi hogar. La luz mengua al atravesar los linderos peligrosos y adormilados de mis cortinas blancas, pero aún así comienza a ser ofensiva, dolorosa. Me quedé dormido, con mil demonios. Luna y yo platicábamos de algo, algo como los planos de una nueva casa que ella me promete cada vez que me mira viviendo en una casa que le parece poco digna de mí y mis talentos; una promesa que se cuenta con los dedos de incontables promesas pronunciadas casi compulsivamente. Platicábamos del desenmascaramiento de mitos, de los símbolos del viejo Jung que, recostado de espaldas, con forma de libro que fuma pipa, nos miraba desde la mesa. Platicábamos de nuestra vida, de ese camino que se bifurca en el jardín de una compañía que se antoja ausencia, en el jardín selvático de un amor que se antoja desamor cada que se nos derrumba, burlándose de nosotros y de nuestras naturalezas tan increíblemente lejanas en la cercanía del sexo y el amor que nos susurramos cada noche.

Me maldigo ahora por quedarme dormido. Me maldigo por perder esas preciadas horas de Luna llena, de Luna cercana, de Luna que abre sus piernas para recibir la simiente de mis estériles esfuerzos. Las pesadillas se vuelven monolitos pesados cuando duermo junto a ella, cuando le permito que vele ese mi cansancio infinito que ella no se cansará de llamar pereza. Me siento débil por esos sueños de sangre y colmillos y vientres que se abren para saciar el hambre de mi amor.

Pero tengo que despertar. En el día tengo que actuar como hombre. Qué risa.

He aprendido a olvidar a Luna de día; algo demasiado común, algo demasiado humano en un mundo en el que todos olvidamos los astros cuando el más astral de ellos nos ilumina los pasos. Dejo que ese sol me caliente, que me provoque erecciones, que me arranque sudores y pesares, dejo que esa luz que pretende crear a mi amada, que pretende ser su brillo, me la evoque mientras yo la olvido. Así que tengo que salir y ser un hombre, un hombre como los demás: hombre y sombra a la luz del día... que ya la noche se encargará de subrayar y presenciar todos mis horrores.

Podría morir hoy y no habría diferencia. Podría cometer mil atrocidades y nadie se mostraría interesado. He perdido a todos, amigos y enemigos, y sólo tengo un amor, que empiezo a creer imaginario, para atestiguar mi estadía en el mundo. Pero, en fin; sólo los tontos necesitan testigos. Yo prefiero el anonimato de una vida que comienza a ahogarme; una vida que comienza a ser sentida en demasía y que comienza a parecerse a la muerte. Creo que comienzo a ahogarme en el mar de muertos; debo recordar, siempre recordar, que nunca aprendí a nadar.

Salgo de casa vestido con el desorganizado cromo de quien no se viste pero que es demasiado cobarde como para salir desnudo. Salgo con sendos zapatones de obrero y con gigantesco overol de obrero, el casco prefiero omitirlo, y me paseo de un lado a otro, recorriendo calles de punta a punta, cinco, seis veces, hasta que la gente comienza a verme feo, como a alguien demasiado desocupado como para creérsele obrero; entonces cambio de calle, y así voy marcando mis pasos y dejando mis huellas con el desinterés a flor de zapato. Me acerco a objetivos nunca trazados, a encuentros nunca previstos, y me río de mi mala o de mi buena suerte, según el caso. Hoy he tenido buena suerte. Me he dado de frente con el cementerio y, como ahí no hay quién salga a verme feo, me dedico a recorrerlo con la confianza de quien se ve rodeado de amigos muy queridos. Saludo a ciertos muertos cuyos apellidos me recuerdan los apellidos de otros que tal vez también estén muertos, invento árboles genealógicos en los que hermano y empariento a tíos que en vida nunca fueron ni remotamente familiares, juego a recorrer la historia de los hombres simples de este lugar con un sencillo interés de verdadero cristiano, creando lazos donde antes no hubo sino sogas, y me divierto por un rato. Aquí puedo rascarme las pelotas y a nadie le importa, me suelto un pedo y nadie hace gestos desagradables, me saco los mocos y nadie me considera un tipo majadero. Y yo lo agradezco revolviendo los orígenes y las memorias hasta dejarlos a todos confundidos y preguntando al muerto de junto si en verdad no serán parientes, aunque sea lejanos, y preguntándome a mí por aquella lejana prima, la tetona, que les inventé en mi visita pasada. Bueno, creo

que ellos se dan cuenta muy claramente de que todo es un juego, pero como ya están fríos, todo se lo toman muy en serio. Creo que necesitan tomar las cosas muy gravemente para sentirse un poco vivos, un poco reales. Pero tanto da. Les dejo con sus memorias revueltas y avanzo a un nuevo pasillo, a una nueva hilera de muertos, y les hago el jueguito. Me parece, a veces, que nada tiene sentido. Tal vez ni siquiera esto.

Y encuentro a Pancho, el ciego; sentado en el pasillo de los muertos más recientes. Le encuentro y, primero, me espanta, porque creo que se trata de un fantasma feo y rechoncho que se ha escapado de la tumba a pesar de la luz hiriente del día, costumbre completamente desacostumbrada en el gremio fantasmagórico. Me le acerco despacio, midiendo mis pasos con la regla de la cautela, hasta que no me cabe duda de su amada identidad. Le doy un par de palmadas en la espalda —nuestro rito de salutaciones— y él suelta un respingo y se aleja de mí amenazándome con su bastón de mango de hueso. Vaya tipo.

— Aléjate de mí, engendro de Satán.

Me siento sobre la tumba en la que él reposa, la tumba de su amor último y lejanamente muerto: la tumba de Josefa, la de las memelas. Siento que mis nalgas sobre el mármol que tanto trabajo le costó comprar a Pancho son casi un sacrilegio, pero decido que si él no tiene reparo en depositar las suyas enjutas y malolientes de mugre y almorranas sobre esa última morada de la gran sacerdotisa de las quesadillas grasosas, las mías no podrán significar ofensa alguna. Después de todo, fui un

buen cliente de Josefa en vida; ¿porqué no ser un buen y sacrílego amigo en su muerte?

— Soy yo, Pancho —le susurro con voz dulce, intentando tranquilizarlo.

— Oh, rayos —exclama él, bajando el amenazador bastón y depositando su cansada barbilla en él—; lo siento, chico. Creí que era ese demonio del enterrador, maldito sodomita hijo de mala madre.

— Hijo de puta, de reputísima —le corrijo, divertido—; eso de mala madre ya pasó de moda, viejo.

Él intenta percibir mi presencia alargando su nariz e inspeccionando el aire con aquel par de lentes oscuros que le hacen parecer un viejo cantante negro de blues, aunque su negrura no le alcance más que para ser un pequeño traficante mexicano en el retiro.

— ¿Cómo te ha ido, viejo? —le pregunto, y acaricio un poco el mármol de la tumba; es suave, macizo, casi tanto como el amor de Pancho. Vaya amor de lejos, ¿eh?

— Mal, amigo; muy mal. Ya casi no como. Creo que esto del enamoramiento me ha salido más bien mal —dice, y las arrugas en su cuello y en sus labios se contraen en un gesto que se queda a medio camino entre la risa y el sollozo.

— Bueno, carnal —continúo, mirando el grabado churrigueresco en letras doradas que tiene el ininteligible nombre completo de Josefa y las fechas exactas de su paso por el mundo del amasijo y la cocción de tortillas y alimentación tercermundis-

ta—, creo que deberías desafanarte de esta pasión necrófila, de plano. Ya estás en los puros huesos…

— No, mi chavo —me interrumpe, desviando la mirada que no mira hacia un punto en el vacío—, eso sí que no. En esta tumba me gasté lo último que me quedaba, y ahora todo lo que tengo es esto. Hasta mi casa perdí, dizque porque nunca me paraba por ahí. ¿Cómo querían que me parara, si yo estaba aquí cuidando a Josefita? Me cago en esos infelices de la seguridad social.

Claro. Pancho había trabajado en el estado, cuando joven, siendo los ojos de los cobradores de hacienda y luego siendo él mismo cobrador; luego había sido algo parecido a un informante de la poli, trabajo que le había dado los contactos certeros que le habían llevado a su última profesión conocida. Esos años de esmero oficinista y delator le habían hecho merecedor a una pensión que nunca le pagaban y a una casa de cartón disfrazado de concreto en la que había vivido hasta que su amor había sido declarado médicamente muerto. Desde entonces, su hogar había sido el cementerio. Un trueque infame: una vida entre vivos más bien muertos a cambio de una vida entre muertos que a veces se creían vivos. Mala cosa.

— Deberías venir alguna vez a mi cantón, carnal —le digo, mirándolo con lástima para que ésta no se delate en mi voz—, y podríamos echarnos unas dobladas en honor de la Sojefa, para que no estés tan pinche flaco —y me río quedo, mirando lo gordo que está.

Él parece no escucharme, pero sé que me escucha. Sé que su mente se pierde a

veces, en instantes largos —el tiempo de los ciegos no es el mismo que el nuestro: el suyo es increíblemente más largo, necesariamente, porque nuestro tiempo volátil y fugitivo es atestiguado y lamentado principalmente por los ojos—, huyendo de la negrura eterna de su mundo en el recuerdo de imágenes y sonidos que son imágenes, huyendo en lentitudes y en texturas, huyendo en huidas consumadas, huidas de ciego que ve con los ojos de la huida; sé que se pierde porque no le queda otro remedio, porque se perdió el día mismo en que perdió los ojos, esas dos joyas ultraterrenas que, al haber sido poseídas por su rostro ahora invidente, le pierden en la nostalgia de días de luz y sombra y colores ahora muertos en la muerte de sus ojos. Pancho se quita los lentes, los deposita en la sepultura marmórea de su amada, y me sonríe sin saber que me sonríe.

— No te creas, amigo; aquí se come lo suficiente. No entre semana, por supuesto. Pero los domingos vienen todos los familiares a ver las tumbas, a ponerles flores; bueno, no todos, en realidad son muy pocos, pero vienen, viejo, y me dan monedas, y hasta me invitan fruta, o algo, si traen algo en las manos. Luego voy a los puestos de la entrada y me chingo unas fritangas con el varo que me soltaron, y le traigo unas a mi Josefa, nada más para que se acuerde de lo chingona que era para la cocinada callejera.

— No la chingues —le digo, y respondo a su sonrisa ignorada con otra, mía pero no por eso menos ignorada en la ignorancia con que él me obsequia—; no me digas que le das de tragar a la Sojefa en lugar de alimentarte tú, cabrón.

— No, si no soy pendejo. Pero se las pongo cerca, para que las huela, para que las sienta en sus huesos. Cómo le gustaba hacer sus cosas a esta condenada; poner el sartén y mirar la grasa que saltaba y la masa que se iba poniendo prieta y el queso que se desbordaba —desvía la mirada, porque sabe que las lágrimas se ven más en el telón de su mirar vacío.

Nos callamos, unos segundos. Me entretengo en mirar por él cómo la tumba de Josefa se empieza a ver rodeada, cómo se empieza a extender el mar de tumbas a su alrededor, como si la gente sólo viviera para morirse, para poblar el cementerio inmenso del mundo. Me pregunto cuántos de estos muertos desearían un poco de la devoción enferma de Pancho, cuántos le envidian a la cocinera grasienta este enamorado devoto que la llena de quesadillas en lugar de flores y de ceguera en lugar de oraciones. Me pregunto cuántos vendrán a ver mi tumba cuando me llegue el momento de ocuparla. ¿Será esa la nueva residencia que Luna me promete? ¿Será la muerte lo que me promete, en todo caso? ¿Cuánto tiempo soportaré esas carnicerías de mis sueños?

— ¿Sigues viviendo con ella? —pregunta de pronto él, como si adivinara mis pensamientos. Como si los viera.

— Nunca he vivido con ella.

— Sabes —me dice, como si no me escuchara o, peor aún, como si no hablara para mí— que amas a la concubina del diablo.

Vaya.

— Hablas como el doctor Van Helsing —le contesto, como queriendo tirarlo todo a broma. Como si quisiera creer que, después de todo, esto no es nada más que una novela y que nuestro diálogo no es más que una mínima pieza del rompecabezas tangible de la ficción. Sólida ficción que lo atrapa, que me atrapa.

— Ni madres. Hablo como lo que soy. Hablo porque soy tu testigo.

Quisiera evitar a Luna, quisiera que fuera día en este día que aún lo es; pero Pancho no me lo permite. Se pone de pie y avanza unos metros, ayudado por el largo camino que le muestra su bastón, bastión de un ejército que se materializa en este pobre ciego que aún podría atreverse a luchar contra un mal que apenas adivina, que apenas intuye, como todos hacemos con el mal.

— Eres mi amigo —le digo, y me pongo de pie para seguirlo.

Avanzamos por las hileras de tumbas, y percibo en el silencio el saludo de mis amigos, su amarga exigencia de nuevas historias y nuevos parentescos turbios, entre más turbios mejor, y yo les respondo con un leve movimiento de cabeza, y sigo a Pancho, que avanza increíblemente rápido, alejándose de mí.

— ¿Qué pasó aquella noche? —escucho que me pregunta mientras se para frente a uno de aquellos nichos de piedra y tristeza y abandono.

— No lo sé —le miento, y me duele mentirle al saber que lo sé perfectamente. Fui testigo del amor de mi amor, de su inasible hambre, de su inconmensurable maldad, de la muerte hermosa y perfecta de su padre, y me pregunto cómo hace alguien que ama para resistir el conocimiento de que su amor puede ser también la maldad

flagrante, la maldad fragorosa, la maldad frugal, la maldad, simplemente.

Lo alcanzo y me paro junto a él, mirándolo; sonríe con desparpajo, y sus encías putrefactas asoman bajo sus labios resecos.

— Hace unas semanas el sodomita quiso que se la chupara para dejarme seguir junto a Josefita. Le di unos buenos con mi bastón —lo levanta con orgullo, como un guerrero satisfecho de su espada—, y lo fui persiguiendo hasta que me pidió perdón. Pero perdí mi camino, así que fui siguiendo mi rastro de nombres y fechas, buscando llegar hasta mi amor. Y me encontré una tumba en la que no había reparado. Ésta. Míralo tú mismo, viejito… porque yo no puedo mirarlo por ti.

Bajo la mirada hasta el punto que su bastón señala; un pequeño montículo de mármol azulado con bordes dorados.

Vaya, viejo cabrón.

El nombre lo dice todo. Todo lo que pasó aquella noche, y lo que no ha dejado de pasar desde entonces.

Porque eras tú, Ixtab.

Qué versátil puede ser la soledad. Cuántos disfraces, cuántos rostros, de cuántas salidas de carnaval es capaz. Como una mujer vestida de coloretes dispuesta a divertirse. Haciendo un recuento lento y sosegado de soledades —o de esta soledad que es muchas en su múltiple albedrío y en mi propia e innegable multiplicidad—, voy siguiendo a Luna por la calle oscura, oscuridad de celebérrima utilidad para su belleza sombría, voy siguiendo sus pasos y sus nalgas que vuelan sobre el brumoso cuadro de sus piernas larguísimas, voy siguiendo su rastro de perfumes con el mío de somnolencias, voy siguiendo el rastro de palabras que va dejando nuestra conversación a gritos, y recuerdo otros días, otras noches más bien, en las que sentía más respeto por el silencio. Noches en las que callaba y en las que dormía, que es lo que le toca a uno, humano promedio, hacer de noche.

Ella se acaricia los tacones negros de vez en cuando, como buscando rastros de cansancio en sus piernas que no conocen el cansancio. Se tensa las medias de cabaretera pobre y se acomoda los vestidos vaporosos, separándolos y aproximándolos a

sus carnosidades de mármol. Va dejándome atrás y yo la miro, como si ella misma pudiera ser su rastro atesorado; rastro amado en mi amor que es búsqueda interminable. Miro mis zapatos, como en un acto reflejo, como si esta noche mi papel fuera reflejarla como espejo; y me espanto, vaya que sí, porque no llevo zapatos. Luna me pidió que saliéramos a dar un paseo en un momento, y no me di tiempo de revisar mi armadura. Me cago; voy descalzo por la noche fría, y mañana moriré de pulmonía. Bueno, no llevo desnudos los pulmones, pero es lo que todo el mundo pensaría, si todo el mundo pudiera verme en este trance de descuido.

Estamos lejos del hogar, y mi temor no puede dejar de tomarlo en cuenta. Las calles se abren ante nosotros, nos acogen, y somos esos que vagan de noche en espera de mejores días. Las viejas sin sueño se asoman a mirarnos, y mueven sus cabezas en reproche vacuo por nuestra temeridad noctámbula. Parecen no entender que hacemos lo mismo que ellas—ese desvelo, ese huir de la salida facilona del sueño—, pero en la libertad de un aire que ha dejado de ser libre. En todo caso, ellas son más horribles que nosotros, en su encierro íntimo de ángeles sin sueño.

Dejamos atrás las calles habitadas y nos internamos en aquellas otras que ofrecen anonimato en su larga y tangible evocación de terrenos baldíos y linderos vírgenes. Cuánto es uno capaz de recorrer cuando va en pos del amor, cuánto cansancio deja de sentirse, cuánto frío en los pies y cuántas distancias inmensas se olvidan cuando todo lo que se recuerda es que hay que alcanzar el sujeto-objeto amado. Luna escoge un pequeño rincón en la penumbra y se sienta; llego hasta ella y hago otro

tanto, más por el alivio de detenerme que por el gesto amoroso de estar junto a ella. Los pies me punzan. Miramos durante algunos segundos las estrellas —no puedo creer lo que está sucediendo: *miramos durante algunos segundos las estrellas*… como si eso en verdad pudiera pasar, como si pudiera en verdad haber un lugar tan común entre nosotros—, sólo unos pocos, y ella comienza a desabrochar su pantalón con aquellos ruiditos de metales que chocan y belleza púbica que emerge del océano de la más visceral nostalgia. Nostalgia por su carne olorosa a perfumes y asesinatos, carne que no es el diablo hecho carne sino la carne hecha el diablo. Se pone de pie y baja sus pantalones hasta las rodillas. Sus pequeñas nalgas de colegiala eterna aparecen, cubiertas exiguamente por la pantaleta de encajes e inocencia. Estiro la mano lúbrica, esa que me ha costado largas noches en la delegación de los hombres y su justicia, y le aprieto un poco el culo y su promesa.

— ¡Déjame, sucio! —grita, y me suelta un manotazo amenazante. Luego sonríe, y vuelve a sentarse junto a mí. Su cabeza se hunde en su pecho y así queda, perfil estatuario y rubio recortado contra las estrellas, como si esperara algo, algo de mí o algo de la noche o algo de la tierra estéril sobre la que descansamos. Como si creyera que algo más pudiera ser incluido en esta noche de inmovilidad y exclusiones universales.

Observo detenidamente, en la inmovilidad de mi contemplación, de mi estar y de mi ser espectador, cómo sus dedos comienzan a trazar círculos en el aire —decir en el cielo sería exagerar las dimensiones de sus brazos—, mientras sus ojos se pier-

den en esos círculos y su lengua asoma por entre sus labios sorprendidos para perderse también en esos círculos; círculos que son arcanos del tiempo, del suyo evidentemente, círculos que son la geometría de su alma perdida y la de su sueño de un alma que la espera en el cielo. Me pregunto si aún hay alma para Luna, y la luna que nos acompaña, alta y meticulosa en el cielo, me dice, con su candor de blancura y virginal estasis, que tal vez sea mi alma la única que le queda a Luna, la única que podría ser para ella. Intento espantarme ante la noticia, grave en su promesa de muerte eterna para mi alma, muerte eterna para mí en un alma que ya no es mía, pero ya no puedo. Algo en mí, algo en la fascinación que esta mujer de colmillos y huesos largos me provoca, dice está bien, eso es lo que deseo, esa perdición y esa pérdida, ese estar con ella para siempre, aunque ese siempre sea para ambos el infierno. Recuerdo lo que dice Pancho, todo el cuento de la concubina del diablo; pero me digo: si hay diablo, ella lo es, íntegro. Y si hay Dios, ese soy yo que vivo enamorado del diablo. Yo vendría a ser el concubina… ¿no?; la concubino, o como sea.

Llega hasta mis oídos el rumor de sus dedos que bajan desde el cielo —porque, ahora sí, sus brazos han crecido, como si fueran los brazos del cosmos—, manchados de estrella y atmósferas de ciudad, y se depositan acariciantes en sus muslos desnudos. Escucho la escarcha nocturna que se derrite entre sus piernas por la cercanía del calor gélido de su tacto. Escucho su sonrisa que araña su rostro reseco, escucho sus dientes que se descubren, escucho la pequeña braga que se rompe ante el empuje de sus uñas como estiletes, escucho el dedo alargado por el deseo que se

mete por entre los labios color amaranto de su vulva, escucho la sangre escasa que le brota del himen restituido de su virginidad pisoteada, escucho su clítoris hinchado por las corrientes subrepticias de la masturbación, escucho la languidez perpetua de su orgasmo, escucho la cadena de placeres que estalla, interminable y monótona, si es que el placer puede tender a la monotonía...

... si es que en verdad existen el placer y los quehaceres monocromos de la rutina.

Y me escucho a mí mismo estallar en pensamiento delirante pensamiento de mil cosas que se ocurren en un instante asesinato arte sangre de mil sangres que estallan en mi cabeza perpetua cabeza de pensador anónimo rutina del pensamiento mismo y tal vez de la rutina misma asesinato dije pero ni siquiera tengo la certeza a quién matar a quién hemos matado a quién matará ella mañana hoy mismo para seguir con vida para continuar por siempre para seguir siendo símbolo es ella símbolo como símbolo son todos los sueños los soñados y los que deseamos soñar los soñados sueños de los que no soñamos y pienso en los niños que no duermen niños maltratados violados por sus padres abuelos tíos hermanos niños que a los ocho nueve diez seis son tirados desnudos en la cama por su hermano que les dice vamos chúpalo y el niño no lo desea pero abre su boca y deja que la verga le entre hasta las paredes lejanas de su garganta y se ahoga y tal vez incluso tenga miedo y tal vez incluso llegue a disfrutarlo se vuelva bisexual bicicleto maricón o incluso se dibuje de traumas qué divertido a todos puede pasarnos no estás a salvo y pienso en los comprado-

res compulsivos comparadores compulsivos hambrientos de religión y hambrientos de televisión gobernación política sexo pornografía yo amo la pornografía asesinatos en burdeles noticieros de nota roja guerrillas en el lejano mar de la injusticia poetas con pasamontañas y pequeños indios que ya no quieren ya no pueden qué mas da morir si te mueres de todos modos dicen y yo les creo y vuelvo a pensar en el niño que siente el orgasmo de su hermano que se le estrella en la garganta y sabe a limón y almendras amargas almendras de la pubertad que apenas se insinúa y abre la garganta es mejor que una pastilla de menta ASESINATO implícito explícito subconsciente que se rompe y consciente que ya no recuerda que intenta olvidar ignorar y creo que por eso puedo creer que ella existe por eso porque yo no miento porque puedo creer y espero creer porque el mundo ha dejado de ser mágico debería seguir siendo mágico la vida ha dejado de ser mágica ha perdido su misterio su milagro Cristo sacó a los mercaderes del templo de su padre quién sacará a los mercaderes de mi templo quién sacará las mentiras de mi verdad quién sacará a los asesinos de mi intento por estar vivo la amo la amo y ya no sé amarla la amo en la ignorancia de mi amor y en la ignorancia de su naturaleza qué es qué ha sido qué pasó aquella noche Pancho el ciego quiere saber pero yo mismo no lo sé lo vi fui testigo pero no lo sé las cosas se sucedían rápido como todas las cosas que no entendemos porqué seguí con ella porqué no le tuve miedo porqué no huí con los otros los que sobrevivieron a esa noche si es que en verdad alguien sobrevivió no lo sé quizá porque hace mucho que perdí las ganas de huir ni siquiera creo que se pueda huir de qué de mi

amor acaso no puedo no se puede huir del amor como no se puede huir de la ausencia creo en todo creo en ella porque soy en verdad un incrédulo ADICCIÓN a lo que creemos a lo que somos capaces de creer adicción a los vampiros oh a los asesinos en serie oh a los nazis oh a los horrores de los que jamás nos creeremos capaces oh aunque lo seamos oh el tibio MIEDO que lo es todo que lo abarca todo que todo lo llena de significados atroces y de sudores y de pesadillas en la cama del niño violado cuánto estamos dispuestos a matar por nuestro AMOR cuánto estamos dispuestos a creer por nuestro amor cuánto estamos dispuestos a contar beber sacar meter comprar corromper sacrificar gozar por nuestro amor. Y todo es su orgasmo, todo en la tierra, todo en el cielo, todo en el todo que los hombres hemos aprendido a suponer. Somos Luna y yo, sentados en un terreno baldío, y ella se masturba.

Masturbatoria niña de asfalto y frío, me llama y me dice

—ven

y voy hasta ella, envuelto en mi hambre de su sexo, en mi hambre del jugo viscoso y salado de su orgasmo, y hundo mi cara entre sus muslos mojados de hielo y mundo, entierro mi lengua en los labios húmedos de su sexo, y recorro las distancias en busca del botón, juego un poco con los significados de su ano y con los de sus intestinos y con los de sus vellos rubios, me alimento de sus tormentas y de sus naufragios, y la escucho gemir y besar el cielo y la noche, la escucho hablarme con la boca vaginal de su encanto ebrio, ebrio de placer y ebrio de premura, hunde con sus manos mi cara, como si quisiera ahogarme en aquellas turbias aguas, en aquel turbio oleaje de

sangre y sales y belleza, y llego hasta los linderos interiores, miro su vientre estéril y sus semillas muertas, miro su placenta ausente, miro sus ovarios trenzados como los restos de un barco hundido. Y me espanta lo que miro.

Es la muerte, o tal vez sólo un poco de la muerte; los divorcios, las guerras, el racismo, las desgracias, quién puede saberlo. Pero me espanta. Creo que es la soledad en la que he vivido, creo que es esa en especial, lo que se puede atisbar en su interior, en ese interior perdido de embarazos ausentes, de alumbramientos ausentes, de promesas que se cumplen en la ausencia del espasmo prometido. Y qué soy yo sin esa ausencia; qué soy yo sin esa premura, qué soy yo sin esa soledad. La soledad del mundo y la soledad de lo que nunca acaba; la soledad del hombre. La soledad de multitud de sombras provocadas por un sol que no se hace, que no se materializa, que no se cumple.

Mi lengua se cansa. Creo que amo a esta zorra porque me ha enseñado a estar solo.

Creo, también, que hace mucho frío, y que estamos muy lejos de casa; tú sabes, mis pies descalzos y yo.

Ixtab me sonrió distante, y se fue, llegando hasta la barra con el bamboleo adicto de sus nalgas y mirando a Siva con los ojos vagando entre la risa y la indiferencia aletargada. Tomó un sobrante de cerveza y se lo empinó, como sólo las mujeres se empinan las botellas, pegando los labios carnosos y rojos y dándole un carácter fálico a lo que sea que tengan en las manos. La miré durante algunos instantes, pero pronto desvié ojos y libido hacia otro lado. Tenía ganas de una mamada, y sabía que no la obtendría por ahí. Cuando Luna me lo chupaba siempre acababa sintiendo pánico, porque siempre presentía, imaginaba, soñaba, que ella terminaría dándome un mordisco fatal que acabaría para siempre, por supuesto, con mi gallardía y con mi buen humor; así que no me gustaba mucho acercarme a ella en esos términos. Las putas de afuera se llevarían un tajo de mi bolsillo, y esa tarde no había mucho de eso. Los últimos varos se los acababa de dar a Ixtab, y con ella no contaba, por supuesto, porque tenía que inventarle una vida y los escritores no suelen enredarse con sus personajes en terrenos tan próximos y escabrosos. Aunque sería una

vida interesante: la mamavergas sociópata desheredada. Pero antes tendría que discutirlo con ella, claro.

La tarde, afuera, esperando. Los autos pasaban buscando el rastro. No sabían que no había rastro qué seguir. No aquella tarde de persecuciones y cacerías fallidas.

Dejé el trago sobre una de las sillas plásticas, famélicas, en las que se escurrían los sueños como sangre, como diarreas de burdel, cantina, billar. Pequeñas alas del ángel de los marginados, que nos resguardaba burlándose de nosotros. Palpé, precavido y molesto, el billete de Ixtab en el bolsillo de mi camisa. Estaba, claro, pero no estaba. Así que salí con bastante confianza, suficiente para aquella hora de la tarde. Bueno, el billete era después de todo mío. Las putas me sonrieron, gajes y armas del oficio, y las ignoré como buen muerto de hambre que no tiene para abordarlas con decoro. Viejo truco de caliente sin dinero, creo. Siempre he sido caliente, nunca tengo dinero y vivo eternamente rodeado de putas, así que me he ido acostumbrando. Además, ninguna puta decente se hubiera ido conmigo por diez pesos; ni siquiera a chupármela. Podíamos comprar un pastelito empaquetado y comérnoslo en una banca del parque y platicar de la intrínseca tragedia de la soledad y de los pastelitos, si ese era el problema. Pero tenía cosas más urgentes qué comprar, así que avancé, intentando inventar otro destino más fulgurante o menos opaco, para el caso era lo mismo, para mi incipiente erección de todo el tiempo. De todo el tiempo, repito ahora para mí mismo, y no me lo creo.

Algo podía hacerse con aquellos diez pesos. No me gustaba gastarme los adelantos de ninguna clase de trabajo, pero aquella vez tenía que hacerlo, porque

lantos de ninguna clase de trabajo, pero aquella vez tenía que hacerlo, porque estaba el problema de que tenía toda la noche por delante y había ciertos fenómenos que se estaban precipitando en mi mente y que, si no les ponía algo de química, podían echar todo a la mierda. Además, para ser ciertos y sinceros, hacía tanto que no recibía dinero por trabajo que había olvidado las medidas y las costumbres; y, en aquella tarde de sonidos extraños que se mezclaban con los extraños sonidos de las maquinarias pequeñas e imperfectas de mi mente, no estaba de tan buen talante como para intentar recordarlas. Digamos que mi multiplicidad estaba dando problemas, o algo parecido. Indefinible. Pero con dos clozapinas o una pezuña de Satán tendría bastante para ser un buen chico por todo lo que restaba del día y la noche. Así que tendría que ir con los hieráticos e histéricos danzantes de banqueta de dos cuadras adelante. A danzar bajo la sombra de los viejos rituales de lo turbio.

Hundí mi cuello y mi rostro en la oscuridad afectada del cuello de mi gabardina —¿llevaba gabardina?. Olía a coño y a grasa, pero era mejor que traer el rostro expuesto a la vulnerabilidad de la calle, de aquella calle en la que sólo se podía respirar la promesa de la muerte. Pero ¿hay acaso alguna otra cosa que respirar por aquí? ¿No es el perfume postrero de la muerte que aguarda en una esquina lo que de continuo respiramos y nos respira? ¿O hay algún otro alimento flotando en la densidad de las calles, otra cosa, otra monstruosa o venturosa realidad que nos aceche? Aquella tarde decidí pensar que sí. Decidí estar equivocado y esculpir en mi mente una insípida esperanza en la que pudiera perder el tiempo.

Busqué al flaco, uno de entre todos aquellos flacos cadáveres, al que alguna vez como aquella, en que Pancho el ciego no había estado de humor, le había comprado la mierda. Estaba en el punto más alejado de la alargada banqueta, hablando con una niña de carnes prietas y senos firmes y altivos. Me acerqué a ellos con la lentitud del que espera ver cómo se cierra el negocio ajeno para entrar triunfalmente al propio. Pero no sucedió, así que tuve que interrumpir, irrumpir, fatalmente. La niña parecía exaltada, y miraba al flaco con los ojos llenos de una mezcla bastante desafortunada de miedo y odio y premura. Ambos me miraron, el tipo me sonrió forzado y ella tal vez ni siquiera me vio en realidad, y siguieron con lo suyo en voz baja. Debería haber rincones de voz baja en este mundo que se expresa a gritos; supongo que los hay, pero son sólo accidentes.

La mano del flaco se dirigió a mí, y me invitó a que los acompañara. Avancé tras ellos. Ella no quería realmente ir, pero él la empujaba con sus manos sucias y sudadas y no le daba tiempo de hacer otra cosa. Llegamos a una encrucijada lejana y solitaria —lejana del cielo y lejana de los terrenos en donde la salvación es aún vigente y posible—, y él se abalanzó sobre ella y le abofeteó hasta que la miró bien tendida en el piso. El cabello de ella, negro y rizado y grasiento, bailaba enloquecido, enrarecido; como las largas serpientes de medusa en medio de una tormenta. Ni pensar en intervenir; esos eran delirios ajenos y, sinceramente, un escritor no alcanza para ser un héroe romántico, sólo para fabricarlos a duras penas. Luego el tío sacó una fina navaja y le mostró la hoja a la chica, que no parecía reconocerla, de lo ciega

que la tenían el miedo y la inminencia de la violencia definitiva. Pensé va a matarla, va a matarla y yo no sé qué carajo hago aquí. No debía moverme, no debía salir corriendo ni dejar que el miedo me marcara en el espíritu con su navaja de filo argentino. Tal vez sólo se esperaba que fuera una suerte de testigo, y eso siempre he sabido hacerlo bien.

— Debería clavarte, puerca —le dijo él, y yo asentí, no sé porqué, como si compartiera el dictamen asesino de aquel famélico golpeador. Pero, bueno, tal vez la prieta se mereciera aquel tratamiento de prostituta mala. Hay mujeres que, oh desgracia, hacen hasta lo imposible para merecer una severa sacudida. Y siempre hay hombres a los que eso les divierte.

La navaja bailó unos segundos frente a los ojos perrunos de ella. Parecía invadida de desconcierto, desafinada cantora de un concierto que estaba escrito en su cara medio hinchada por las bofetadas del tipo y húmeda por los surcos erráticos de sus lágrimas. Parecía indefensa, pero yo sabía que no lo estaba. Simplemente estaba parada en un rincón de la tierra en el que no había defensa posible. Intenté vislumbrar, en la ignorancia de mi condición de testigo obligado, qué rayos habría hecho la pobre infecta para recibir aquella abofeteada tan linda. Miré sus brazos, pinchados y tiesos; una adicta que no pagaba, eso era. Pero ese no era en verdad su pecado. Su pecado, y el gran pecado de todos nosotros, de todos los que por ahí respirábamos y nos mirábamos mutuamente caer y salir, caer y salir, como si la vida fuera un sube y baja de promesas y de decepciones, era la confianza. La creencia de que las cosas

podían mejorar, que podía haber algún cambio, que podían llegar las huestes de Dios, el hipodérmico Dios, a salvarnos. Y la cosa se jodía cuando mirábamos que el mundo era la inmensa guillotina que siempre había estado dispuesta a cortarnos la cabeza o los cojones o lo que fuera, y que habíamos sido nosotros, nosotros siempre, los que nos habíamos colocado graciosamente debajo del filo. Siempre suicidas sin saberlo, siempre ilusos e ilusorios sin saberlo. Siempre crédulos.

Y me sentí triste. Como si la tristeza pudiera acabar con el dolor. Sentí, por alguna razón desconocida, que yo podía ser ella, que mis temores y mis esperanzas y mis números y mis ausencias podían ser muy bien los de ella. Que mis omisiones y mis acciones y todo lo que mis ojos habían visto en mi vida de miserias y alejamientos y todo lo que encerraba mi cuerpo con sus quince arrinconados y sus huesos en clamores de guerra sin tregua, todo, podía despertar un día convertido en una adicta de carnes prietas y cabellos negros como serpientes enroscadas en la noche y recibir las bofetadas de un tipo maléfico e hijo de puta que se habría cansado de darme droga por mis carnales favores y sinsabores, o que se habría cansado de fiarme el intravenoso consuelo del ácido, o que se habría cansado simplemente de verme, y yo me hallaría golpeado (golpeada) en el piso y vería cómo un tipo parado a unos metros estaría pensando en que podría ser yo y tal vez, sólo tal vez, yo le diría a ese tipo adelante, puedes ser yo, porque yo a ratos ya no lo soporto.

Y me sentí triste por mí, descubriendo que todas mis tristezas, a partir de aquella tarde, serían como el color de mis huesos. Mis tristezas serían la pintura que daría

color al pálido cromo de mi desencanto; serían las tristezas el yo escondido en todos los yoes que ignoro, en el yo de Luna que soy yo mismo imaginándome a Luna en mi lecho, en mi sangre ausente y en mi vida. La tristeza sería la mesa en la que escribo, las historias malas que me nombran escritor, la faz del silencio que me nombra el silencioso y el ausente, la mente misma que no me deja tener un nombre como cualquiera. Si pudiera llamarme Tristeza me llamaría así, pero es demasiado femenino. Pero qué más da el nombre cuando el nombre se lleva arrastrando en la calle inmensa del mundo interior, del espacio interior que se anega de lágrimas que nunca encuentran la salida, de derrotas que nunca encuentran el consuelo vomitivo del grito o el arrebato violento que rompe cosas a diestra y siniestra. Qué más da llamarse Tristeza cuando uno es la tristeza. Qué más da llamarse Hamlet cuando la disyuntiva del ser o no ser no tiene escenario en el teatro desolado de nuestra alma, cuando Ofelia es la más cotidiana calavera en el cementerio de las bellezas que mueren.

Descubrí, mirando a la morena que se debatía en el piso con el pico rozándole los ojos, que yo sería mi tristeza desde ese momento.

No sabía que lo había sido siempre.

Doc enciende su larga pipa, blanca a fuerza de mármoles incorpóreos, blanca a fuerza de mero deseo de blancura. ¿Una pipa blanca? En todo caso, si somos sinceros y ecuánimes, ¿porqué no una pipa blanca? Estamos tan acostumbrados, tan entrenados a aceptar el lugar común, la multitud de lugares comunes con que nos encierra la cotidianidad, que nos obligamos a encontrar extrañas cosas que ni remotamente lo son. Una pipa blanca. Cabello verde. Un teléfono de oro abandonado en un bote de basura. Un rostro con un ojo verde y otro morado. «El encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas en una mesa de disección» diría nuestro joven Lautréamont. Cosas que según nosotros violentan lo normal y que, en realidad, no pasan de ser meros asomos de una individualidad ramplona y estéril; cosas que no cambian nada en su asesinato del lugar común.

Recuerdo aquel cuadro de René Magritte, que presenta una pipa del más puro estilo caballero-que-fuma-pipa, con su boquilla negra y su cazuela café y brillante; sobre esta innegable pipa, hay un rótulo que anuncia: Esto no es una pipa. Ceci n’est

pas une pipe. El mismísimo Foucault escribió un libro acerca de semejante atrocidad. Pero, en realidad, aquello no era una pipa, si se mira severamente; bastaba la negación del pintor para que aquello dejara de ser lo que nosotros, los pobres hombres tragadores de lugares comunes, nos veíamos obligados a creer que era. Y entonces, creo, cuando nos atrevemos a asimilar esa clase de negaciones y a no creer en lo que los demás nos dicen que es el mundo, podemos ser libres, un poco. Y un poco tontos, también, porque el mundo no es ni siquiera eso: el mundo no puede ser ni siquiera su negación.

Doc apunta la pipa hacia mí, y dice

— En caso dado, esto es una pipa que no es una pipa, mientras que la del cuadro de René Magritte es una pipa de la que se dice que no lo es.

Y yo le creo, porque es Doc y se supone que es un hombre endiabladamente sabio. Pero tu pipa te hace parecer un padrote, una especie de niño rico; el playboy psiquiátrico. Eso a mí no me gusta. Hace que pierda un poco la confianza en ti.

Tanto da.

Ha comenzado el viaje, una vuelta por los linderos de un sueño recurrente. Luna aparece en mí y me sustituye, diciendo cosas cargadas de atrevimiento, de virulencia, que yo jamás me atrevería a decir. Ha comenzado el viaje y yo soy una sombra en el piso de Luna, en su vida dulzona, en su afán de médico negro. Asesino niñas para recordarla, para arrancarle placeres a la muerte, para arrancarle orgasmos al camino de la morgue. Las mujeres muertas son muy sexis, viejo, con sus cabellos

lacios, cabellos caídos totalmente, muertos, y los pechos tiesos y sin el infecto bamboleo de la respiración, ese subir y bajar eterno que tienen de normal, el seno intacto y caliente aún en su frialdad ganada a pulso, las nalgas tumefactas y oliendo al último respiro, la última azotaina de la vida, tan dispuestas a ser azotadas por el cabrón necrófilo, tan dispuestas a ser violentadas por el cabrón, sí, y los coños virginales y los pelos flácidos y la femineidad bien estrellada en la plancha fría, los cuchillos enterrados, la sangre que es tímida y nada bella, casi coagulada por el frío y la desesperación, porque estar muerto es absolutamente desesperante, porque sabes que estuviste vivo y que fuiste una chica, que los imbéciles hombres te miraban con sus ojos cargados de lascivia y estupidez, y sabes que fuiste deseada y olvidada y utilizada y cazada en la excitación de la horda, joder; pero a pesar de eso, viejo, qué sexis son las mujeres muertas.

Sexis porque ya no tienen remedio.

Qué sexy es Luna, entonces.

Esa jodida pipa parece muerta, también. Eso es lo que parece.

Despierto, mientras el frío escalda la poca humanidad de la que son capaces mis huesos. Los pies me gritan insultos impronunciados, apenas sugeridos por el rígido avance de la sangre que ya ha dejado de avanzar. Tiento la tierra que se junta a mi cara, que la absorbe, que se nutre de mi mirada y de la saliva que ha dejado escapar el sueño. Es tierra, pasto, planeta verdadero, realidad de indigente al que no le ha alcanzado para una sana y un poco más digna banqueta. Estoy muerto, tal vez. Lo dudo por un instante, hasta que siento la tenue caricia del sol que me abraza, que me acoge, que me susurra la promesa aún válida de la vida en este infierno. Suenan a lo lejos los quehaceres de la ciudad que despierta. Un grito de mujer, un auto que pasa, un ave que regresa de los aires incógnitos de su sueño. Estoy vivo, maldita sea la hora. Alzo los ojos de su cercanía terrosa, e intento mirar un poco a lo lejos, un poco hacia el mundo, pero tengo la barriga pegada al piso y la postura no me favorece. Me doy la vuelta con gracia, lentamente, intentando mantener juntas las articulaciones de mi cuerpo amortajado, y es ahora el cielo lo que veo. El cielo no me dice na-

da, no me promete nada, no me dicta un camino digno ni nada por el estilo —joder con la búsqueda de caminos—; miro una nube errabunda, tal vez una cargada de mierda y lluvias ácidas, y la encuentro decididamente chocante, decididamente fuera de lugar en mi vista y en mi mente. Carajo, estoy muy tieso. Estoy muy frío y estoy demasiado joven para toda esta teatralidad infausta.

Pienso en páginas lejanas, páginas del pasado siempre eterno de la literatura, y recuerdo una cosa en la que escribí sobre la hermosura de despertar sin más cobijo que el cielo y la batalla cadente del amanecer. Claro que nunca había despertado en semejante escenario y lo encontraba bastante bonito, extrañamente. Pero ahora me doy cuenta de lo jodido que es todo esto, de lo mucho que duele el frío en las venas, de lo mucho que extraña uno una buena cama y una buena taza de café cuando se está tirado en un terreno baldío, descalzo y medio muerto. Es realmente feo, no tiene nada de romántico. Claro, uno vive enamorado de lo que otros padecen; es muy fácil caer en la trampa de la miseria apasionada. Esos sucios payasos a los que la palabra locura les parece el brillo divino en los ojos de los genios, a los que las palabras alcoholismo e indigencia y sífilis les parecen un buen corolario para una vida hermosa. Pendejos infelices. A mí me lleva la chingada y realmente no quiero estar aquí.

Siento en la boca el sabor a mar, la reminiscencia salada del coño de mi amada. Maldita mierda putañera. Arranco de entre mis dientes un pequeño vello púbico con color de oro y brillos sanguinolentos, y lo guardo en mi bolsillo. Qué atesorables, qué hermosos pueden ser los recuerdos de una batalla como la nuestra. Siento en mi

mano el billete, un billete, que ella ha dejado en mi bolsillo antes de dejarme abandonado en aquel paraje de hielo y humores entumidos. Qué considerada. Me pongo de pie porque alguna vez tendré que hacerlo, y me percato del aviso de esos pies que me sostienen: no será fácil ir a casa. Me arden en su desnudez, y su desnudez me es ajena por vez primera. Qué pies tan frágiles tengo, con un demonio. No debo permitir que esto vuelva a suceder, porque ahora encuentro demasiado agresiva, ofensiva, mi naturaleza humana; tan inhumana en sus goces modernos a fuerza de plásticos y telas y demás parafernalia. Me pregunto cómo habrán hecho los primitivos para vivir sin zapatos en un mundo que todavía no inventaba el plano consuelo del pavimento.

Avanzo por las calles desiertas. El sol apenas pinta de luz las sombras de las pocas casas, apenas las provoca. Los árboles que me escoltan a través del alargado camino de asfalto se mecen con el suave empuje del tenue viento que a mí, pobre infeliz, me parece que lo atraviesa todo con su filo agreste. Camino con saltitos deformes, reconociendo mis pies y desconociéndolos del todo. El plano consuelo del pavimento, me atreví a decir. El piso es sentido, amplificado, y cada arruga de vejez y cada protuberancia de fealdad martiriza la piel sedentaria, tan sedentaria, de mis pies. Intento pensar en las nalgas magníficas que fui siguiendo anoche, esas que no me dieron tiempo de reconocer la naturaleza vulnerable de mis dolorosos apéndices —¿los pies son apéndices?, creo que no—; pero no funciona. Ya voy llegando a las terribles fronteras habitadas, las habitadas en serio, y eso jamás podrá significar con-

suelo, aunque el consuelo se tenga tan a la mano. El consuelo de mirar el propio ridículo en el ridículo de los demás.

Siento los ojos humanos de los inhumanos hombres y mujeres que me miran en la calle puestos en la extraña visión de esos pies míos que van descalzos. ¿Qué tan terrible puede ser un hombre sin zapatos, qué tan grotesco puede ser? Hasta ayer jamás hubiera imaginado cuánto. Ellos me miran, como horrorizados, como hipnotizados, como si jamás hubieran visto un espectáculo tan majadero como aquel, y yo me siento culpable de cierta manera, como si en verdad creyera que mis pies en su descalzo infortunio son ofensivos, molestos. Me pregunto hace cuánto que no camino descalzo, ya no digamos en la calle, sino en el interior del hogar con su alfombra de mil años acolchada y generosa. Hace mucho, creo, pero en realidad no importa. Decido que hoy mis pies se han reivindicado ante mi humanidad y ante la humanidad entera, hoy mis pies son pies de nueva cuenta, hoy caigo en la cuenta de que lo que limpio ocasionalmente con un trapo grasiento no son mis pies sino mis zapatos, que los zapatos no son mis pies —puede parecer una reflexión demasiado mundana, pero me pregunto cuántos allá fuera pueden decir, como yo a partir de hoy, que tienen pies y no zapatos— y de que mis pies han estado, por siempre, ahí conmigo, silenciosos y vencidos por cuero y tela y suela y sin embargo valiosísimos en su realidad vulnerable y ociosa; decido que las suelas de sus zapatos, de cualquier zapato, no le llega ni a la suela a la suela de mis pies aburguesados. Así que comienzo a caminar con cierto orgullo primigenio e inciertamente ecológico y le sonrío a todos aquellos que me ven con extrañeza. He decidido que ellos son los

aquellos que me ven con extrañeza. He decidido que ellos son los extraños. Claro que sí. Esos pies que provocan mi orgullo no parecen opinar lo mismo, pero tanto da.

Podría intentar una escapada más bien fácil subiéndome a un taxi y llegando al hogar con la rapidez anónima de la privacidad —los billetes que me dejó Luna dan para eso y un poco más—, pero decido abordar el metro. Hace mucho que no subo al metro, hace mucho que no me revuelvo con los miles y miles de perdidos viajantes, y hoy parece el día idóneo. Encuentro, luego de unos minutos de caminata agreste, la entrada con su cartel luminoso y su idioma de iconos incomprensibles, y me introduzco en ese mundo subterráneo de grandes serpientes que degluten y vomitan personas a las que les urge moverse y llegar porque no tienen nada mejor qué hacer. Compro mi boleto a una vieja gorda y bigotona que me sonríe, seguramente porque no puede ver mis pies injuriosos, y avanzo hasta la máquina hambrienta de boletos. La alimento gustoso, y me deja pasar —la máquina tiene un nombre, pero no puedo recordarlo… ¿rosquetes, rosquillos, rosquilletes?; quién sabe. La gente me mira; el poli que resguarda el orden oculto de ese negocio me devora con sus ojos e intenta abordarme, seguramente para decirme que los primates descalzos no tienen derecho al uso de la honorable serpiente, pero yo le sonrío y él decide, tal vez, que debo ser un loco. Una voz en mi mente dice no, tú no estás loco, y otra le responde que sí, que sí estoy loco, y yo les digo a ambas que se callen porque no me dejan caminar tranquilo. Tantos años de psiquiatras infantiles y psicólogos para esto; un

desperdicio de tiempo y dinero y angustias paternas. Y mi multiplicidad se ríe burlona con las cien voces que se obstinan en formarme.

Me equivoqué; no hay miles y miles, apenas algunos cientos inciertos que insinúan la carnicería infame que se llevará a cabo aquí en un par de horas. Miro el reloj: faltan algunos minutos para que las seis de la mañana se partan a la mitad. Con razón hace tanto pinche frío. Deposito mi espalda en un anuncio hollywoodense con una modelo de carnes prometedoras que vende sujetadores, y me pregunto porqué los publicistas usarán mujeres tan hermosas para vender productos que las mujeres hermosas, las realmente hermosas, no necesitan; ¿para qué rayos querría una mujer de carnes firmes un sujetador? Qué tontería. Mi cabeza da un leve salto, se retuerce un poco. Creo que tengo sueño, y me gustaría dormir con esta mujer que tengo a mis espaldas sólo por quitarle el sujetador y ver cómo sus tetas se caen hasta rozar su ombligo. Grotesco.

Llega el alargado artefacto. Naranja, pulcro; horrible. Me meto en él porque no me queda otro remedio, porque tengo que llegar a casa, porque deseo llegar, aunque mi deseo choque fatalmente con mis afanes estéticos. No se puede ser un esteta cuando se está en el metro a las seis de la mañana y descalzo. La puerta acolchonada se cierra a mis espaldas, y volteo a despedirme de la mujer hermosa, pero ya se ha ido (o me he ido yo). Camino ostentoso hasta un asiento vacío, y dejo que mi cansancio se vuelva uno con él. La mujer sentada a mi lado me mira dos segundos, sólo dos segundos, y se pone de pie alejándose de mí. Qué terrible que haya llegado a

una conclusión respecto a mi persona en tan sólo dos segundos. Creí ser más complicado, pero seguramente mi descalzo martirio le ha facilitado las cosas. Una persona sin zapatos no puede ser una buena persona. Rayos.

El sueño me vence; no debo haber dormido más de una o dos horas. El sexo oral siempre se prolonga con Luna, porque los ciclos de su vino vaginal, de su leche vaginal, sagrada y maravillosa, no son muy regulares que digamos. Puede sufrir un orgasmo con tan sólo el roce de la ropa al caminar y puede no sufrirlo aunque estés media noche chupando el punto exacto de su desenfreno. Ayer lo logré, claro, porque el sabor de ese orgasmo todavía danza entre mis dientes, como una recompensa y como una invitación oscura a buscar más de ese alimento aterrador. Hecho de menos su vulva, sus pelos tiesos y rubitos, sus labios que aprietan como potro de tormento. El sueño me vence y el tren avanza; el tren me vence y el sueño avanza.

Un viejo, que ha ido sentado a tres o cuatro hileras de donde estoy yo, llega finalmente a la estación que le corresponde, y se apea del tren con sus movimientos flacos y fingidamente vitales, como si nosotros, quienes lo vemos, no supiéramos que ya está más muerto que vivo. Lo miro a través de la ventana, sólo por mirarlo, sólo por mantenerme un poco despierto con la visión de su humanidad cansina y espantosa; lo miro porque está ahí, porque su piel blanca llena de manchas cafés, como pequeños rastros de años y batallas, esta ahí y es horrible. El tren se mueve un poco, las puertas se cierran, y entonces algo que vuela, algo que se mueve dentro de mí, llega a mi cabeza y me cierra los ojos apagados. Los abro, y el viejo junta el

pulgar y el índice y hace como que fuma, llevándose la mano a la boca, a los labios apretados, mientras me mira, y luego se señala el reloj en la muñeca y mueve la cabeza, negando, reprochando, o algo parecido. El tren comienza su huida, se aleja, y yo con él, y el viejo queda ahí, mirándome. Creo que quiso decir es muy temprano para que estés tan mariguano. Miro mis ojos en el reflejo que me obsequia la obscuridad del túnel; hinchados, rojos, cruzados de venas y lágrimas. Claro, el pobre imbécil redentor creyó que yo iba drogado y creyó que su reproche burdo y majadero podría afectarme en algo. Bueno, creo que llegaré a fumarme un toque, sólo para cimentar la buena conciencia de ese infeliz pelagatos. No soporto la mota con su olor a incendio forestal y a juego infantil, pero valdrá la pena al saber que me burlo en el tiempo del abuelo, que ahora ha quedado en el tiempo. Espero no volverlo a ver, porque la próxima vez tendría que picarle la barriga o hacerle algo más, algo que le quitara las ansias de salvador. Aunque tal vez inventé al abuelo, y entonces estaría matando y me estaría burlando de los inventos de mi mente. Mierda. Quién pudiera saber las medidas de la burla universal, del asesinato universal. Pero ese es otro cuento, en definitiva.

La calle de mi casa. Larga, hermosa, conocida, sórdida como todas, pero bella por ser la que guarda los linderos de mi hogar. Avanzo nuevamente, deseo nuevamente, estoy cerca. Una hermosa chica de largos cabellos negros y húmedos avanza hacia mí con su mochila y sus vestidos impecables y su aliento rejuvenecido por el baño y con su piel fresca y su estómago recién desayunado y sus esperanzas que van

alegres camino a la escuela, toda ella una reminiscencia de lo limpio y lo bueno, y me mira, y sonríe con una simplicidad —que no simpleza— absolutamente hermosa. Aún quedan algunos humanos, creo. Algunos que no quieren salvarte ni venderte algo, ni convencerte de algo, sino que se limitan a sonreírte o a mandarte a la verga, para el caso es lo mismo. Se limitan a mirarte, a ser tus testigos, y su reacción se conforma con máscaras, alegría o tristeza, y te dejan atrás; te respetan, o algo parecido. La entrada de mi casa es gris y pálida, vieja, nada acogedora, pero lo he logrado. No debo permitir que esto vuelva a sucederme.

Me duelen el pecho, la garganta, los pies, la lengua, las gónadas, el prepucio y el alma. Mi cama dice que debería tomar anfetaminas, porque las aspirinas hace mucho que no me hacen.

Quién sabe; tal vez sólo debería dormir.

No hay marihuana en casa.

Vampiros.

La cortina se descorre, y ella no puede evitar ese sobresalto, ese de los primeros tiempos, cuando aún no se acostumbraba a la idea de que no volvería a ver el sol. Tiene siempre la sensación, la seguridad, de que un rayo entrará por la ventana, un largo rayo de oro que ha viajado mil años sólo para tocar su carne, y la matará. Pero, después de unos segundos, después de ver que no es otra cosa que la cotidiana oscuridad lo que hay allá fuera, se dice que jamás ha sido tan importante. El sol no la busca para matarla. El sol la persigue por otra razón. La persigue porque es su hermana, y porque él es un dios incestuoso y obstinado.

Sebastián suelta las cortinas después de mirar largamente la calle abajo, las luces que se revuelcan sobre los hombres y sobre sus tristes vidas, y voltea a mirarlos. Los otros tres están todavía en el piso, y no parecen tener intenciones de levantarse. Él los mira con desprecio, con los ojos cargados de la indulgencia casi automática de aquel que sabe que lleva ventaja; él tiene la ventaja de muchos años, muchísimos

más que ellos. Ella lo mira a él, y de pronto sus ojos se encuentran y él le sonríe. Ella responde levantando los hombros; hace mucho que dejó de sonreír… al menos para ellos. Esa vida ya no tiene nada de divertida, desde hace algún tiempo. Sebastián camina hasta la puerta del baño, la empuja, y suelta un breve gruñido al mirar toda aquella porquería que inunda el pequeño cubil de mármol. Vómitos, sangre, mierda, vísceras, el cuerpo de la chiquilla de ayer que ya comienza a aflojarse y a oler. Debería estar acostumbrado y sin embargo aún le queda pose suficiente para aparentar repugnancia, piensa ella. Es como si Sebastián olvidara de pronto que es él el iniciador de todo aquello. Ella desvía la mirada cuando él se baja los pantalones y comienza a cagar, y mira las revistas porno que los otros regaron pródigamente en el piso del cuarto la noche anterior, cuando jugueteaban macabramente con la chica, la desafortunada chica. Hay una fotografía que le llama especialmente la atención: dos chicas que presionan sus sexos el uno contra el otro y se besan sacando las lenguas teatralmente. Sus pechos se encuentran y se tocan, como si se besaran también. De alguna manera le parece que hay algo hermoso en esa foto; o, mejor, en esa idea. Se imagina besando a una chica, estrujando sus senos y palpando sus nalgas; vaya que le gustaría. Se pregunta porqué no lo ha intentado con todas esas mujeres, como la de ayer, esa que yace vacía en la bañera, verde, casi putrefacta; porqué no intentarlo mañana o dentro de tres días, porqué no saciar esa hambre que ahora, al ver la foto, descubre. Lo sabe muy bien.

Mañana, o dentro de tres días, habrá perdido ese deseo. Aprendió pronto que,

en su vida, no debía desear nada, no amar nada; y, a estas alturas, se ha acostumbrado a perder el deseo sin siquiera haberle dado forma en realidad. Al menos sabe que es eso lo que se espera; es eso lo deseable, irónicamente. Y sin embargo sabe que ama, que desea, que atesora. Sebastián podría decir que es un mezquino rescoldo de su sentimentalismo humano, si lo supiera; pero él no debe saberlo, por supuesto. Ella sabe que su amor es invalidado de inmediato por el juego terrible del tiempo, de lo finito. Sabe que ama —¿debería decir *me ama*, ahora que sé que ya entonces me amaba?—, que desea, que la presencia de ese amor le causa desasosiego y arranques de una ternura inimaginable en su especie. Sabe que ese amor la vuelve vulnerable, como a todos. Suave mentira el amor, que ofrece la más increíble fortaleza y otorga, centímetro a centímetro, todo un infinito de debilidad. Ella ha olvidado que deseaba, ahora; deseaba… ¿qué? ¿Mujeres, sexo, lesbianismo, amor? ¿Puede ella desear amor? Su lámpara mágica ha arrojado a un genio que no es más que un usurero demente que sólo sabe contar hasta uno.

Parece bastar para ella; al menos por ahora.

Sebastián sale del baño, sosteniendo en una mano el cadáver de la chica. Lo bota sobre los tres que están en el piso, y ellos se despiertan sobresaltados por el agua que escurre desde la piel verdosa y flácida, y por el olor, repulsivo y hermoso a la vez, amortiguado por la cercanía de ese mercado que allá bajo, en la calle, ofrece pescados y viejos lingotes de oro caduco; ese olor magnánimo y absoluto y putañero y vaginal y de cadáver que sin duda despierta sus apetitos. Luego voltea a mirarla, y

le sonríe.

— Te invito a jugar —le dice, y ella asiente silenciosa.

Siempre es lo mismo. Cada noche, desde hace mucho tiempo. Interminables salones de juego, de cualquier juego, en los que Sebastián y su corte se divierten retando sus mutuas y extraordinarias habilidades, su incansable constitución, y buscando de reojo alguna víctima propiciatoria. No sabe lo que él busca en el juego, pero sabe lo que busca en la noche. Ella busca lo mismo. Amor de calores estruendosos, callejones en los qué encontrar la caricia final y la mesa servida. Amor de parques en los que sirvientas de dientes pútridos podrían encontrar brazos más apasionados que los de su soledad para resguardarlas del frío y la intemperie de sus corazones. Amor de billares, oh no, donde tal vez, si tienes suerte, puedas encontrar alguien que englobe tus amores, uno a uno, hasta hacerlos tangibles. Oh amor, oh tierna especie sin especie, tierno abstracto sin concreto. Ella ha corrido con esa suerte, y sabe con tristeza que es, en realidad, un infortunio.

Luna tiene hambre.

Y sabe que el amor merece un destino mejor.

Hechos para la complacencia, para el halago, para la mentira. Hechos de barro para arrastrarnos en el barro, hechos de Dios para nunca encontrar a Dios. Hechos de diezmilésimas de segundo para encontrar que el tiempo nos atrapa, mientras más pequeño mejor. Hechos de células, de materia que no se destruye ni se transforma, para encontrarnos al final devorados por los gusanos, hechos también de células, también de materia. Hechos de intentos, de acciones, de danzas enloquecidas que nos llevan hacia ningún lado. Hechos de traición para traicionarnos, de labios carnosos para darnos el beso de Judas; hechos de brazos para ser crucificados, de inteligencia para ser coronados mesías.

Hechos de carne para ser azotados, de látigo para azotar a otros.

El flaco bajó tranquilamente el cuchillo —demasiado chico para ser puñal, demasiado grande para ser navaja; y tan hermoso que sabía ser lo uno y lo otro—, guardó la hoja, que se ocultó con un gracioso chasquido, ¡clack!, y volteó a verme, sonriendo. Le devolví la dientosa sonrisa del miedo y de la distancia, por no dejar, y

me quedé viendo al piso, a la chica, como si la chica fuera aquella tarde la respuesta a la pregunta. Lo era, de cierta forma; una premonición, un aviso de la muerte, que venía acercándose con la cercanía del sol que caía en el horizonte. Y yo necio, preguntando por la muerte. Sus ojos se perdían en las rugosidades del asfalto, e iban achicándose hasta parecer pequeñas rendijas por donde asomaban insultos en forma de lágrimas que caían a través de sus mejillas morenas y carnosas y afiladas a golpes por la vida. La miré, deseaba mirarla, pero ella alargó su mano hasta mí y me obsequió una seña obscena, como invitándome a dejarla en paz. Bueno, lo hice. Que la paz sea, que la paz se haga; hechos de pequeños pedazos de refriega para pedirnos tregua.

— Es una pendeja infecta, viejo; ni la peles.

Hechos de violencia para poder buscar la paz; hechos de paz para distinguir la guerra.

— Clozapinas, flaco —dije, extendiendo el billete de Ixtab y ofreciéndolo con cautela, de lejos—; o cualquier mierda con neurolépticos. Está a punto de venirme la chingada locura —locura, silencio, mar de papeles, de abortos, de lánguidas paredes que se rompen. Pero él no podía saberlo, porque tal vez estaba más loco que yo.

— Días malos —comentó él—. Días malos para bichos raros.

— Claro.

Avanzó hasta mí y tomó el billete, mirándolo desdeñosamente. Lo estiró y lo volvió a estirar, casi con violencia, casi como si quisiera romperlo. Apenas una o

dos pastillas, si las tenía; con aquellos hijos de puta nunca se sabía.

— Te doy una tira si te llevas esta mierda —dijo de pronto, pasados unos minutos de seria reflexión, señalando a la chica.

— ¿Y yo para qué la quiero?

— Qué se yo. Es un buen negocio.

Hechos de goma para hacernos de piedra, para estrellarnos y deshacernos, para absorber golpes, desdén, brutalidad, malos tratos, simple crueldad de humanos. Hechos de carne para sentir la carne, para atestiguar la sangre, para decirnos humanos mutuamente y no poder escapar. Carne, laberinto donde se encierran y se pierden los motivos de lo intangible. Hechos de carne para que duela, para que quede cicatriz, para que nunca se olvide. Hechos de carne para, alguna vez, poder usar la carne como pretexto.

Tomé el billete que el tío me extendía, y lo metí de nueva cuenta a la bolsa de mi camisa. Dolía, como duele el dinero siempre en la vida de los hombres. Avancé hasta la chica y la tomé de un hombro, poniéndola de pie. Ella me dejó hacer, lanzando apenas pequeños suspiros de dolor; pero, una vez incorporada, se dejó ir contra el flaco, llorosa y abrazándolo por la cintura y pegando su cara al pecho abultado y duro de él. Creo que no quería seguir con lo que fuera que siguiera, no quería que la sombra ingrata de la lejanía se la llevara del lado de… su amor, si es que amor podía nombrar a aquel desamor vestido de traficante. Abandono y distancia, quizá, eran lo que la morena tenía por delante; abandono y distancia le daban nom-

bre al amor.

— ¡No dejes que me lleve! ¡No dejes que me lleve, por favor!

Un momento; ¿iba yo a jugar el papel de malchico drogadicto y secuestrador de doncellas? ¿Iba a ser yo el instrumento agreste del rompimiento? Bueno, era interesante. La estaba comprando, de cierta manera. Hechos de mercancía para vendernos, hechos de material hermoso para que alguien nos compre. Hechos de vendimias, para no aburrirnos en el aparador iluminado y sucio de la vida, empresa en quiebra, en barata eterna. Hechos de blanco para la gran trata de blancas.

El flaco lanzó hacia mí la tira, verde y hermosa y llena de promesas consumadas que, durante una semana tal vez, llenarían mi vida de la nostalgia esquizo. Las miré con fervor religioso. Eran tan hermosas, tan verdes, tan devotamente llenas de fulgor y química. La chica gritó. Un grito marcando la esperanza; mi esperanza de drogadicción y menstruaciones en la calle. Oh sí, la chica. El flaco le había cruzado la mejilla con su cuchillo, y entre sus manos brotaba una cascada roja y viscosa, como si llorara sangre, como Jesús en el huerto. Avancé hasta ella, la levanté de nuevo, esta vez asegurándome de tomarla bien para que no se me escapara —deporte popular entre las damas, escapar, escapar, siempre en huida eterna— y la arrastré hasta dar la vuelta en una esquina. Aún escuché al flaco

— ¡Si no encuentras qué hacer con ella, mátala!

pero no podía darle demasiado crédito. Creo que al tipo le había salido mal el asunto del amor y la droga. Hechos de amor para vomitar odio. Hechos de redención para

perdernos, de condenación para salvarnos.

Avanzo con la chica llorosa hasta dar con la calle del billar. Avanzo y siento su peso, su cuerpo laxo y rendido, cuerpo abandonado por todos, por el flaco y por la calle y por mí mismo, que la tomo por sorpresa deteniéndome. La miro, y ella suelta su cara sangrante y alza sus ojos hacia mí. La herida es apenas un rasguño con afán de sangre; una nimia cortada escandalosa. Le doy una palmada en la espalda —esta vez no es un saludo, sino una despedida—, suelto su mano y me pongo en camino; como huyendo de ella, sí, pero también como huyendo de mí.

— ¿Qué mierda crees que haces? —me grita ella cuando llevo apenas un par de pasos avanzados.

— Me voy —le digo, y vuelvo a avanzar. Alguien podría moverse esta noche (y la noche me asiente llegando casi absoluta a mis ojos), alguien podría morir esta noche. No seré yo. Eso lo tengo claro. Me lo garantiza el hecho de llevar muerto varios años.

Ella me alcanza corriendo y me toma del brazo, dándome la vuelta de un empujón. Vaya. Una mujer fuerte a fuerza de maña y calles recorridas y miserias recorridas y telones que se abren para mostrar la flagrante soledad y la flagrante levedad de las cosas. Mujer fuerte gracias a sus debilidades incontables. Armadura de inocencia en una vida que no sabe más que ser culpable, en especial de la propia desgracia, de la propia perdida infelicidad de años, perversos años perdidos en el

gracia, de la propia perdida infelicidad de años, perversos años perdidos en el afán añejo de ser el todo sabiendo que se es la nada.

Sus ojos son dos lumbreras de odio, y su carne odia con fuego y majestad.

— No me dejes, por Dios.

Claro que iba a dejarla. Yo no tenía nada qué ver con su vida, ni quería tenerlo. Ya mi vida y mis pesares eran suficientes. Tenía la mierda y tenía diez pesos para comprar algo qué masticar, algo que me hiciera pasar la noche con decoro. En mi vida era raro que pudiera darme el lujo de pedir más para pasar una noche. Y una mujer, oh Dios, era una petición descabellada; más cuando era una mujer que hasta hacía pocos minutos era ajena. Una pragmática asociación de ideas.

— No puedo hacer nada por ti —le dije, torciendo la voz en un intento por llegar a un embrujo dramático. De pronto recordé que aquella chica era yo en una dimensión lejana. Podía ser yo en la infinita posibilidad de mi cuerpo acostumbrado a no ser nada. ¿No podía hacer nada por mí? ¿Nada por ese dolor y esa angustia que podían ser mías en algún lugar desconocido del condenado y retorcido universo? Universo de posibilidades infinitas. Mujer ajena que de pronto, en una calle sin luz, oscureciendo, comenzaba a ser mía.

Su cara se hundió de nueva cuenta entre sus manos, y la sangre se distribuyó, larga e inagotable, por su cara, pintando su frente y dando color a sus mejillas. Co-

mo un maquillaje, como una mortaja. La roja faz de una mujer —¿otra puta, otra más?— en huelga. Oh, claro; yo podía ser esa mujer, muerta en un callejón entre ratas que roen su cara y perros que husmean sus vísceras. Que increíblemente misericordioso puede ser un drogadicto feliz. Después de todo, yo había aceptado el trato.

La tomé por el hombro, la empujé nuevamente, y avancé con ella.

Y nuestros pasos eran los pasos de uno solo que se ha vuelto dos para poder afrontar la noche.

Ella da la vuelta en la cama y ve a su hombre. Los huesos de él asoman entre las sábanas sucias y revueltas, exiguo telón que no alcanza a cubrirlos a los dos. Ella mira sus pechos fríos, erectos, y le gustan. Le han gustado siempre, desde que en la adolescencia le brotaron como dos tumores de sexo y maldad. Orgullosa los toca y se dice que son hermosos en su grandeza equilibrada, coronados como están por esos dos pezones negros y pequeños. Mira sus piernas y su pubis y el vello crespo e inusualmente abundante, los mira y se cree mujer, y se cree a salvo. Su mirada regresa hasta su hombre, que se mueve lentamente, como si quisiera despertar y el sueño y el cansancio de la noche anterior lo tuvieran cautivo y se lo impidieran. Él abre un ojo y se queda mirando el techo, lleno de pequeñas grietas de humedad y descuido. Ella lo acaricia en el pecho marcado y poderoso, jugando con su tetilla

izquierda como si esta fuera la chapa, el candado, y ella tuviera cierta llave mágica que pudiera abrir ese cofre de piel y sangre y músculos para arrancar el corazón. Pero él se aleja, rechazándola, llevándose su corazón lejos de ella, y por sus ojos negros cruza una ráfaga mortal de tristeza.

Apenas ayer se lo dijo: no podrán seguir juntos. Ella no entendió razones y, al no haber entendido, decidió que podía pasar por alto la advertencia. Decidió que aún habría tiempo para entender. Imaginó años, ayer, y hoy su hombre —¿seguirá siendo su hombre?— le da apenas unos minutos. Ella no los acepta, no puede aceptarlos, y sin embargo sabe que son ciertos y que son los últimos que tiene. Se busca el reloj en la muñeca, pero no hay nada; el reloj lo perdió la semana pasada, cuando ya no tuvo dinero para pagar la poca comida que, desde hace dos años, es capaz de comer. Sonríe pensando que eso, esa extraña carencia de apetito que se aloja en su estómago, es una gran ventaja, en especial ahora que está a punto de perderlo todo. Ese todo que a cualquiera podría parecerle apenas nada; esa nada que para ella lo es todo.

El hombre, su hombre, se incorpora de la cama y se pone de pie; los músculos se tensan en una estirada suicida, y ella piensa en cuánto le gusta pasear su lengua y su lujuria por encima de esos huesos. Cuánto le gustaba, debería pensar, pero su mente no está acostumbrada a pensar en pasado. Ella creyó en aquello de vivir al día, de tragarse la vida con los cuchillos de la cotidianidad, de no preocuparse por el futuro, y ahora tendrá que darse de golpe con el pasado precisamente a través de un futuro incierto. Tendrá que aprender a distinguir y darle nombre a sus recuerdos.

Porque él la mira ahora; lejanía en sus ojos, ojos que la han visto despertar en muchas, incontables ocasiones, pero que nunca habían estado tan lejanos. Él la mira, ella lo ignora. Y así se van quedando muertos, y así el amor se muere. Ella lo ignora apenas intentándolo, apenas en un remedo de indiferencia, pero sabe que pronto todo aquello será real, y se pregunta si aquella indiferencia no será sentida más por ella que por él. Tal vez siempre ha sido indiferente a todo aquello que sea ella misma; y en esa pérdida de cercanía ella ya no puede reencontrarse. Apenas se vislumbra, borrosa, y lo que ve ha comenzado a no gustarle. Hoy; tenía que ser precisamente hoy.

Él la saca en silencio de la cama, halándola apenas, con delicadeza, y le ayuda a vestirse. Sus dedos rozan la piel, que apenas ayer aún le pertenecía, y el roce la pone cachonda. Porque soy tuya aunque tú no lo quieras, dice cierta parte de su mente —cierta parte de su sexo—; pero ella rechaza la idea cuando se da cuenta de que está vestida y tiene que irse. Pareciera que es inevitable. Entonces le da miedo, porque mira de reojo, en el viejo espejo de luna que hay frente a la cama, la palidez de su piel morena, amarillenta, macilenta, enfermiza, putrefacta. Se mira y descubre la hermosura por debajo de la piel moribunda; aún es ella, pero está perdida. El frío le recorre la espalda, como un tren que llega a última hora para decirte que aún puedes irte, que aún quedan lugares en sus tibios y amargos vagones. Escucha cómo cae la vieja maleta sobre la cama, el cuero sobre la tela suave, aunque mugrosa, de las sábanas, escucha cómo se abren los cierres, cómo cede la tapa; y se imagina que ella

es, ha sido, esa maleta, tirada en la cama y dócil cuando se trata de que alguien la llene, de que alguien le abra el hocico para llenarla de cualquier cosa. Su mente repite soy tuya aunque tú no lo quieras, y ella siente ganas de vomitar. Y mira en silencio cómo su hombre —el hombre— llena la maleta con su ropa, con sus perfumes baratos, con sus zapatos de tacón madreadísimos. Está a punto de decirle que quiere las joyas que trajo de casa de su madre y el dinero que ahorró cuando trabajó en el salón de belleza, pero él cierra la maleta y la mira amenazante, como si adivinara su pensamiento. Qué más da, se dice; las joyas deben estar empeñadas y la lana debieron gastarla en mercancía o en una borrachera… tal vez hasta lo hicieron juntos y ella ya lo ha olvidado.

Toma la maleta con un gesto decidido, pero un instante después sus piernas flaquean, y no puede moverse. Quisiera quedarse y rogar, quisiera quedarse y sacarle el corazón a ese tipo a sus espaldas, "su hombre", "el hombre", pero todo eso que desea ya no puede ser, porque ella tiene ya un pie fuera de la vida de él, fuera de esa vida que ella creyó recíproca, común; no puede ser porque tal vez aquella vida ni siquiera existió y porque ella, en su confusión, no sabe lo que quiere. Todo son deseos que chocan en su mente, inarticulados, desdibujados; burlándose de ella, que alguna vez, hace mucho tiempo, deseó con todas las de la ley. Y el frío vuelve a su cuerpo, y el sudor le empapa las manos, y sus pulmones duros le obligan a resoplar un par de veces. Y entonces da un primer paso, acercándose a la puerta. Pisa fuerte, y quisiera creer que esa vehemencia que surge en sus pies puede durar para siempre.

Y va a tomar el pestillo. Lo va a tomar porque se va, porque ahora quiere irse aunque no quiera, aunque no tenga adónde ir. Sus dedos recorren la dorada textura metálica, la acarician como si fueran el pecho de algún ser humano —en este momento la noción genérica *ser humano* es la más adecuada, porque los hombres, el término *hombre*, hoy ha comenzado a carecer de significado—, la acarician como si se tratara de algo muy querido, casi imprescindible. Y el cerrojo comienza a moverse. Pero la mano de él se encima a la de ella, y ella alza la vista y lo mira, sin sorpresa, sin emociones, sin esperar nada —¿un cambio abrupto de opinión, tal vez?—; lo mira como si fuera un camión que pasa en una calle, como se mira las cosas que a uno no le afectan, de reojo, casi sin interesarse por él. Casi. Y el casi la traiciona. En el casi se le va una parte de la fuerza con que sueña y que, sin saberlo, ha comenzado a ganar a duros empujones.

— Toma, para el camino —le dice él con su voz pequeña y destemplada, riéndose a medias y aventándole su aliento duro en la cara, y ella siente cómo aquello le atraviesa el pantalón vaquero y le llega hasta la nalga, penetrando y penetrando; siente cómo el líquido comienza a correr por entre los minúsculos resquicios de su piel hasta llegar a la sangre, siente cómo aquello la revive y le dice que antes de aquello ella estaba muerta, siente cómo la cosa le corre enloquecida por las venas, siente cómo la vida comienza a ser vida, cómo su piel recupera el candor lascivo de su color normal; siente cómo aquella pinchadura podría ser la vida si no fuera la muerte. Él aleja la jeringa de su cuerpo y ella abre la puerta, con bríos, y sale del cuarto. Aún escucha la risa de él, que queda encerrada en aquel hoyo asque-

cuarto. Aún escucha la risa de él, que queda encerrada en aquel hoyo asqueroso, en aquel cuarto paupérrimo, en aquel punto de dolor y fealdad que hasta ayer era su vida. Y que ella desearía que lo siguiera siendo.

Porque soy tuya, aunque tú no lo quieras.

Empujé la puerta, mientras ella seguía con su parloteo de triste desheredada. Era evidente que en algún lugar de su infeliz cuerpo estaba alojada una inteligencia de medianas proporciones, pero también lo era que en las presentes circunstancias se le dificultaba echar mano de ella. Parecía que, por el momento, sólo podía hablar. Ya se le ocurriría otra cosa mejor.

— Se me fue la onda, y ya no sabía ni qué. Me senté en una banqueta, para ver si se me pasaba. Vomité un poco de sangre, y creo que me quedé dormida. Sólo unos segundos, no lo sé. El hecho es que, cuando ya me sentía mejor, volteé y ya no estaba la maleta. Maldita mierda. Alguien se llevó mi maleta. Hijos de su puta madre.

Sus ojos bailaron con cierta carga de angustia y desconcierto; era como si de pronto toda la escena se hubiera desdoblado frente a ella y la visión de su propio cuerpo echado en la banqueta y de un extraño llevándose lo poco que le quedaba de su mundo le hubiera asaltado, y el desasosiego se hubiera hecho tangible. Así son las visiones: hirientes en lo que revelan o curativas en lo que ocultan, según el caso.

— Alguien se llevó mi maleta —repitió.

Tomé su mano suavemente y la invité a pasar. Me sonrió, reconociéndome, regresando a mí desde los lejanos caminos de su triste ensueño. Avanzamos bajo las miradas suspicaces de los parroquianos, que la miraban como si hubiera sido una remota joya rojo sangre que yo hubiera robado de alguna suntuosa caravana árabe, y nos depositamos frente a una mesa. No había otro lugar al qué ir; de hecho, no había ninguno. Pero yo tenía aquello medio resuelto, lo cual me daba una cierta posición de ventaja; ahí estaba yo con aquella pequeña mujer que no pedía otra cosa de mí que un hogar, tal vez sólo por algunas noches, y yo sabía que no había hogar suficiente ni siquiera para mí mismo. Mi vida nunca ha sido complicada, pero por aquellos días comenzaba a ser aterradora —las complicaciones hacen la vida interesante; el terror la hace insufrible. Y el terror era mi desamparo y el desamparo de todo lo que me rodeaba. Debí sacudirme aquella absurda petición del flaco y buscar el jueguito con otro traficante menos imaginativo, pero no lo había hecho. No podía hacerlo. Ya no había recursos en el bolsillo de mi inteligencia. Estaba desamparado y tenía ganas de rascarme los cojones. Pero aún quedaba la otra cosa: la historia, claro. En las historias los escritores resolvemos en dos patadas lo que jamás resolveríamos en la realidad.

Llamé a Ixtab con la cabeza, y ella acudió, lentamente, como era su costumbre, y mirando de reojo a la morena. Era hermosa como un ventarrón de agosto, y de inmediato pude ver en los ojos de la pequeña maya comedora de paredes una breve

chispa de lascivia y envidia y deseo, todo a la vez. Me puse de pie y dejé que Ixtab se sentara junto a ella. Sus rodillas se tocaron un poco, apenas un poco, y no hizo falta nada más.

— Aquí te traigo algo —le dije a Ixtab, y sus ojos chocaron con los de la morena en una explosión de incredulidad y promesas consumadas.

— ¿Y qué te imaginas que haré? —replicó ella, sonriendo apenas.

— Bueno, tu abuela nunca sale de su habitación hedionda, así que no habrá problema. Dale de comer y una cama, y la cosa se pondrá interesante.

— ¿Así, nada más?

Las miré, con detenimiento. Las imaginé juntas en alguna situación, compartiendo paredes e incertidumbres; dos jóvenes doncellas encerradas en la misma habitación de sueños incumplidos. Era una visión espantosa, pero tenía que deshacerme de la chica.

— Ya se me ocurrirá otra cosa. Está jodida y no tiene adónde ir. Así que sé una buena amiga y llévala a tu casa. No hay mucho qué hacer. Cúrale la cara.

Ixtab cabeceó dubitativamente, y alcanzó a articular una afirmación. Luego tomó la mano de la morena y la hizo ponerse de pie. Ambas salieron del billar, me miraron por encima de sus hombros a través de los sucios cristales de la entrada, y se hundieron en la noche.

Porque la noche había llegado, y con ella el coro de las cosas extrañas.

Hechos de tinieblas para la noche, hechos de lejanía para desearnos cerca.

Vaya vida nocturna. Vida en la que los amores se encuentran y se pierden. Tan fácilmente.

Escucho los latidos de la lluvia, viejo, querido viejo, y son como pequeños alardes del mundo que se obstina en estar vivo, a pesar de que nosotros sabemos que está muerto. Nosotros nos hemos dado cuenta, nosotros sabemos, intuimos, damos la buena nueva a todos los muertos. Pero nadie lo toma en cuenta; es la eterna prédica en el puto desierto. Algo absurdo, sin duda.

¿Has escuchado cosas, últimamente?

Escucho, claro; las bocinas en mi radio inventan para mí mensajes, parloteos inmundos; los gorriones en el amanecer se desnudan frente a mi ventana y bailan rocanroles en pelotas; muy sexual, el asunto. Escucho a mi madre cuando mi madre no está, cuando mi madre está más lejos que nunca, viviendo en su casita de amoríos divinos, de cristos eternamente crucificados. El llamado del amor, lo escucho, dando vueltas por las cúpulas de las iglesias, en los patios de las universidades, diciéndome que cada vez estoy más lejos de sus deleites —el amor es deleite puro, aún en su lejanía—, diciéndome que no hay en todo el maldito mundo una sola sombra que

quiera hundirse en mis complejidades, si es que las tengo. Escucho a las mujeres católicas revolcándose en los pasillos de los conventos, blasfemando en su inocencia aletargada, blasfemando contra Dios el sexo, contra Dios el violento, contra Dios el gozoso hijo de puta; las escucho riendo ante mi imagen colgada de un retablo, ante el milagro de que un hombre como yo aún tenga sombra. El tiempo me habla de mis días por venir, de alas prometidas a mi espalda, de esperanzas postergadas. Puedo oír las enredaderas subiendo por la pared de mi casa hasta asomarse por mi ventana, husmeando mi escritorio y mis calzones sucios. Escucho bailar a mis vecinos, cuando son felices.

Fuera de eso, no, no he escuchado nada últimamente.

Doc mira con impaciencia su aparatejo. Él tendrá mucho para escuchar después de esto, vaya que sí.

Mi hermana vino ayer.

Sucia, con los zapatos llenos de mierda y mugre, tierra, yerbajos malolientes, la cabeza nadando en un mar de sebo y piojos y las manos ocupadas en sostener un morral tejido que parecía salido de la última guerra. Le abrí, porque tocó a la puerta —de otro modo, jamás le hubiera abierto—, y la miré de arriba abajo, como quien ve una aparición desafortunada y chocante. Intenté hacer la cuenta de los años sin verla, tal vez para fabricarme un buen pretexto e inventarle que no la reconocía. Pero ella se echó a mis brazos, rodeándome enérgicamente, y mis pobres huesos a punto estuvieron de quebrarse ante aquella fuerza descomunal; y su abrazo me dijo que era demasiado tarde para hacerse pendejo. Cinco, tal vez seis años sin verla, y mi hermana vuelve a mi vida convertida en una fortachona sucia; y así la dejan andar por la calle. Increíble.

— Madre me dijo dónde hallarte —dijo, metiéndose con soltura y desparpajo a mi hogar, dejando huellas de su mugre en mi alfombra. Cerré la puerta y la miré. Le

llevo apenas diez años, lo que de niño parece una diferencia infranqueable; pero ahora, ya más viejos, parecíamos apenas distintos. Y, ayer en especial, mi hermana parecía llevarme ventaja en cuanto a lo acabada y triste. Un mechón de pelos entrecanos asomaba en su sien y su postura, antes medianamente gallarda, ahora parecía encorvada y cansina. Parecía una anciana, parecía que las páginas luminosas de su vida estaban a punto de apagarse, de cerrarse por puro agotamiento. Y sentí tristeza.

Mi hermana tiene catorce años.

— ¿En qué has andado, chica? —le pregunté, recordando lo poco que recordaba de ella: aquella pequeña loca que me robaba los poemas para dibujar sobre ellos los arabescos intrincados de su inspiración infantil; aquella niña, tan regordeta y simplona, que era ejemplo casi omnímodo de generosidad tonta y compulsiva. Mi hermana, una sombra en la vida de aquel muchachito que yo acostumbraba ser, cuando era un muchachito; mi hermana, tan callada a veces, tan ruidosa casi siempre, tan femenina y tan desconcertantemente ruda. Nunca la había entendido y ahora, de pronto, muchos años después —¿cinco o seis años son muchos años?—, ahí estábamos, yo y ella, mirándonos y midiéndonos como si aún hubiera algo entre nosotros. ¿Qué era lo que nunca había entendido de mi hermana? Bueno, resulta que ella, como ya dije, era muy generosa. No había cumpleaños al que ella no acudiera con un regalo, aunque fuera uno pequeño, y si tú eras el afortunado podías esperar, siempre, que ella llegara con algo, un hueso de pollo barnizado o un pequeño bolígrafo de los más baratos o una tarjeta de esas coloridas y sensibleras que se pueden

comprar en cualquier farmacia. Feliz aniversario. Y yo le decía: no deberías gastar tu dinero en los demás, porque ellos no van a hacerlo nunca por ti. Y entonces ella sonreía y pensaba, supongo, que yo estaba loco. Era el tipo de angélica e insípida persona que se quita la chamarra si ve que te estás mojando en medio de la lluvia, aunque después su generosidad sea coronada con un resfrío descomunal. Además iba a misa y a las adoraciones nocturnas y a las novenas de San Quintín y bromas de esas, siguiendo los pasos santificantes de mis padres; algo que yo, desde pequeño, había despreciado con gracia. Así que no teníamos mucho qué decirnos; mi hermana y yo habíamos nacido de la misma madre en mundos distintos. Era una mujer católica, oh sí; pero mi hermana tenía la ventaja de ser una de esas apariciones que no están, que se anuncian sutilmente, y un buen día aprendí a no mirarla, a no sentirla, a no creerla. Apenas me di cuenta de que ya no estaba cuando dejé la casa, como también ocurrió con mis padres. Era como si no los hubiera dejado porque nunca hubieran estado ahí. Era como si, a pesar de sus esfuerzos, yo me hubiera obstinado en estar solo… y lo hubiera logrado.

— Pues por ahí, con los misioneros. Acabo de llegar de la huasteca.

Y los tambores anuncian la llegada de las tribus a la reunión, a la bienvenida. La sierra se estremece y los mil niños ventrudos corren hacia la camioneta que avanza por el accidentado camino. Son los misioneros. Llegan hasta ellos, y bajan entre

grandes vítores de los jóvenes y un silencio admirado de los ancianos. Las cruces refulgen en el calor del medio día —mala hora para tocar tambores— y los hábitos de las monjas y los sacerdotes brillan como si fueran ángeles del servicio postal. Pum-pum, canta el temblor de los cueros, y el canto se eleva hasta las cumbres remotas y arrulla al sol, que comienza a dormirse, porque siempre está anocheciendo, siempre está ahí la oscuridad con su amenaza. Pero no es cierto; eso es lo que yo creo, pero no es cierto.

Llega la camioneta, sí, pero no hay nadie esperándole. Algunas personas los observan a lo lejos; los conocen porque no es la primera vez que vienen, pero el tiempo transcurrido y el temor a que alguien los vea saludándolos es más fuerte que cualquier familiaridad. Los anuncios del partido, el partido, el partido, uno político, por supuesto, se ven por todas partes. Dan miedo, como si anunciaran más a un demonio que a un partido. Los misioneros avanzan, salen del pueblo pues no es ese su destino final, y se pierden en la afiebrada frondosidad del campo. Pasadas unas horas de asfixiante caminata llegan a las comunidades; nombres impronunciables que hablan de lluvia y sol y desierto y nube y alcohol, nombres impronunciables que hablan de un pueblo que apenas recuerda que existe. Un niño se acerca y les dice que su madre los espera. Y allá van, siguiendo al pequeño niño y siguiendo el rastro de enfermedad y carencia, con la esperanza de un buen vaso de agua o una mandarina al menos. Hay muchas mandarinas por ahí, como si el creador de las cosas, llámese como se llame, quisiera tapar la fealdad de aquel destino con una verdadera

lluvia de tonalidades naranjas y prometedoramente jugosas. La madre los ve con recelo cuando entran a su casa, cuando franquean la puerta vencida, y les sonríe apenas, mostrando las encías putrefactas y los huecos espantosos. Les indica que se sienten, y les da agua, sí, agua con color de orina —o de cerveza, diría alguien más optimista. Pequeños grumos de algo incierto flotan enloquecidos, pegándose al vidrio de colores, pegándose y saludando e invitando al que sostiene el vaso a dar un buen trago. Un trago que podría ser la muerte, piensa alguien por ahí. La madre del niño dice que en los seis meses que han pasado desde la última visita de los misioneros han pasado muchas cosas. Y entonces su boca se abre en llanto y les dice que los protestantes, los otros, los distintos, han llegado y se han llevado a varios para su causa. Los unos matan a los otros, en la calle y con machete, porque los unos creen que los otros son unos cabrones hijos de puta. Tan simple como eso. La mano de la madre revolotea frente a su rostro, con desesperación y rapidez, y entonces uno de los misioneros, el médico, la toma y la observa con detenimiento. La piel se ha caído y en su lugar han aparecido largas llagas amoratadas bañadas de pus. Gangrena, lepra, el demonio mismo hecho carne que se cae, hecho ángel moribundo. Y la madre llora, y los misioneros acarician la cruz; algunos ingenuos, tal vez los misioneros más jóvenes, se preguntan porqué no se pone una queja con la autoridad, o porque no se atiende la mano de esa pobre mujer, o porqué no se detiene la locura con un poco de buena fe o con un poco de retórica bien intencionada.

Y mi hermana mira a la mujer, y luego mira hacia el patio, lleno de pequeños

rastros de basura y comida para los mil perros que habitan en esa casa, y luego mira al niño moquiento que la ve sentado sobre una pequeña cubeta rota con un anuncio del partido —regalos del tiempo electoral—, uno más en aquel infierno de anuncios del partido, y luego mira hacia la puerta del patio donde, bajo una cruz de madera triste y andrajosa, está recargado un machete recién afilado.

Y mi hermana guarda todo eso en sus ojos y en su memoria, y sonríe. Mientras tanto, yo invento tambores que abarcan el cielo porque, en realidad, nada más me importa.

Mi hermana vino ayer.

Abrió su morral pringoso e inundó mi sala con pequeñas mandarinas, riendo y diciéndome que eran un recuerdo de su último viaje, traídas expresamente para mí. Le agradecí apenas con un gesto, y me puse a recoger las malditas mandarinas como si fueran gordos diamantes naranjas que hubieran caído por milagro en medio de mi casa. Luego se metió a mi baño y se puso a cagar, gritándome a través de las paredes que estaba a punto de enrolarse en un nuevo ejército de almas altruistas que irían a Bosnia o alguna otra cosa así para atender a los niños de la guerra. Y yo le dije que estaba bien, y que cuando regresara no haría falta que me trajera fruta. En realidad pensaba, con tristeza y nostalgia, que aún no la entendía, que aún no la entiendo, y que me da un ataque de extrañeza cuando me pongo a pensar en mi hermana metida

entre indígenas sifilíticos o niños bombardeados. Pensaba en cuán distintos somos, en cuán santa es ella y cuán maldito yo, o viceversa. Quién sabe quiénes sean los buenos y quiénes los malos. Y quién sabe si otros millones de años de guerras y muertes y filosofías y cristos y edades medias y toda la maldita cosa nos den una respuesta. Mi hermana y yo no nos enteraremos, de seguro, y será una lástima porque moriremos con la duda.

Mi hermana salió del baño. Se había mojado el cabello y se había lavado la cara y las manos; las canas en su sien habían desaparecido, demostrando con ello que no eran canas sino mugre blanquecina traída desde parajes desolados; y así, limpia e intacta, mi hermana parecía, en verdad, una niña de catorce años. Avanzó hasta mí y plantó un fresco beso en mi mejilla, fresco como sus juventudes y sus menstruaciones, fresco como sus afanes de madre teresa y como sus sonrisas. Y me puso un papel en la mano.

— Un regalo, hermano —dijo, y volvió a acudir a esa extraña sonrisa de anciana, cargada de años y de visiones desoladas—. Te lo mandan los lejanos e incomprensibles indios.

Agradecí con la cabeza, en silencio. No había alcanzado a cruzar más de diez palabras con mi hermana; seis años no nos habían acercado en lo más mínimo, y ese conocimiento me hizo un poco, sólo un poco, feliz. Porque hasta ahora he sido feliz en mi aislamiento, en mi ceguera, en mi sierra de tambores que se agitan en celebraciones imposibles. Le ayudé a recoger su morral y la acompañe hasta la puerta, que

seguía desconcertada con su visita. Me dijo aún algo sobre nuestra madre, pero ya no la escuché. Había escuchado demasiado, y estaba cansado. Le deseé buena suerte con la mano, mientras la veía caminar, con el sol como brújula gigantesca, rumbo a alguna guerra perdida en un país perdido, rumbo a la muerte en algún lugar pródigo en fruta y enfermedad. Me pregunté si no habrá alguna ley que le impida a las niñas de catorce años ser tan buenas y generosas —ahora pienso que tal vez no la haya, pero sí hay una ley escrita en las profundidades de nuestra mente que nos impide a los demás serlo—, y cerré la puerta. Entonces miré mi mano;

MEZTLI = LUNA

decía el pequeño trozo de papel, escrito con lodo y cielo, escrito en papel de cántico y pobreza, en la caligrafía infame de las promesas incumplidas; escrito en un papel que, por el otro lado, tenía una rubicunda propaganda del partido.

Así que ayer vino mi hermana, Luna, y te dio un nombre nuevo; ayer vino mi hermana y te miró como eras, como eres, como has sido desde el ayer que te envuelve de años y quietud. Ayer vino mi hermana para convertirse en tu hermana, sin conocerte y sin temerte como yo te temo, y para amarte en su lejanía. Ayer vino mi hermana y me dejó con la incertidumbre de cómo rayos se habrá enterado de que existes, de que eres en la noche, de que navegas con bandera de estrella y cielo. Ayer vino mi hermana y me dejó mandarinas, pero cuando quise comerlas resultó que de todas salían gusanos negros y gordos que ya se las habían medio comido por mí.

Y mi madre habló hoy y me dijo que mi hermana acababa de morir de lepra en un lejano poblado. Y luego habló de nuevo y me dijo que mi hermana acababa de irse a las lejanas guerras a sonreír y a cambiar las cosas con sus tenues manos. Y luego me puse a pensar en cuál destino escoger para mi hermana, y en la posibilidad de que la hermana que vino ayer y que me regaló su vida dadivosa y una palabra mágica no haya sido más que un fantasma.

Pancho el ciego vino esta tarde y me dijo que mezti significa luna en náhuatl. Pancho no es nahoa, pero sabe muchas cosas.

Y comimos gusanos en engorda y mandarinas, esperando ansiosos, temerosos, a que viniera Meztli.

Siento tu aroma subir por mis paredes, alojarse entre mis libros, derretir el candor céreo de mis velas —la pinche luz se fue desde hace horas—, alumbrar con su derrumbe de luz mis oscuridades pétreas, salir por la ventana hasta enredarse en las copas de los árboles, árboles que se embriagan del vino de la fría espera; escucho tu aroma deslizarse por la rugosa superficie de mis sábanas, caer desde tus pechos hasta mis labios, darse con mis miradas esquivas y con mis manos que escriben, salir y estrellarse con estrella y liviandad, ingredientes taciturnos de nuestra compañía; veo tu aroma que se desvanece como embrujo, porque todos los aromas son embrujo silencioso, veo tu aroma que se hincha de calor y fuego, veo tu aroma que es invisible e invidente, tal vez porque hace unas cuantas horas estuvo aquí Pancho el ciego, veo tu aroma que fluye como río y se ahoga como mar, veo tu aroma que es retrato imperfecto de tu piel gozosa de perfumes, veo tu aroma que parte de tu ropa negra para impregnarse en la mía aún más negra —te llevo ventaja porque yo sí puedo salir de día a comprar tintes y colorantes y lo que haga falta—, veo tu aroma como

se ve a los fantasmas, con reverencia y lejanía, veo tu aroma que no es más que mi propia nostalgia por tu aroma, aroma ausente que no se ve porque apenas existe; soy testigo de tu aroma por horas infinitas, por interminables laberintos que terminan en minutos, segundos, instantes apenas de tu piel pálida. Y entonces huelo tu aroma, lo dejo penetrar en mis narices grandes, anchas, puertas de legendaria envergadura, lo dejo pasar, lo huelo, lo hago aroma por primera vez en horas, y entonces ya no hay aroma, ni nada. Sólo la tibieza de tu cuerpo que se insinúa en mi cama revuelta y pecadora.

Estás desnuda, esperando mi cercanía. Dejo la pluma caballerosamente sobre los papeles amarillentos de mi embrujo, del pobre embrujo del que soy capaz, y me acerco a ti, y no es sino la ráfaga espantosa, la metralla de tu frío, lo que siento. Imagino el paraíso cuando lo que tengo a la mano es el infierno.

— He aquí —dices, y me acoges como una madre que lleva a su hijo a los parajes azulados de su teta pletórica de besos. Estrujo un poco con mis manos las curvaturas cristalinas de tus pechos, y descubro pequeñas imperfecciones en lo perfecto, pequeños surcos en la piel, tan diminutos que apenas encontrados se me pierden. Estrujo la dureza marmórea de tu candor de niña, de tus pieles siempre distintas, camaleónicas, distantes, y meticulosamente le voy dando forma a esa dúctil materia que toco. Forma de mujer, forma de amante o, mejor, de amor. Y de pronto me doy cuenta de que es poco lo que formo, poco lo que me permites formar. Acerco mis labios a tu pezón pequeño, alguno de los dos que tienes —tenía que ser—, y planto

un limpio beso de inocencia aletargada. Es tarde, oh, muy tarde, para recuperar la vitalidad perdida. Saco la lengua como queriendo sacar una daga, como queriendo matarte, como queriendo creer en lo que dices ser, como queriendo atravesar tu corazón clavándolo a la única muerte que te está permitida, y la mando con fuerza contra esa pequeña protuberancia erecta. El gemido sale de tu garganta como anunciando una ventisca de deseo —porque lo que en otras puede llegar a ser incendio, en ti es ventisca—, y mi lengua se entretiene en el chupeteo impúdico. He aprendido a perderte el respeto cada vez que me tienes desnudo en mi cama. He aprendido a blasfemar contra tu raza y contra la mía a través de esa lengua que deslizo por tu pecho, a centímetros apenas de tu corazón sin latidos, a centímetros apenas de esa válvula que irriga muerte por tus venas. Y pego mi mejilla, siempre lo hago, y a través de los pequeños resquicios en tu piel, esos que veo a veces, puedo sentir la nada. Puedo verla, sentirla, oírla, ser su testigo, olerla para que muera, porque la nada es el perfume de tu fragua interna. Tu pecho es mi tumba, y la tumba de lo que he soñado.

Pero te acercas a mí, me acercas a ti, a través de movimientos reptíleos y reptantes, deslizando tu cuerpo y el mío como quien desliza un pequeño cubo de hielo sobre las arenas del desierto; y veo cuán desértica puede ser nuestra cercanía. Dejas que mis ojos se encuentren con los tuyos, dejas que nuestros alientos se mezclen en la cercanía agónica de nuestros rostros, dejas que el salivoso capuchón de tus colmillos se retraiga, dejas que tu sonrisa descubra tus caninos desnudos, tan caninos, tan perrunos, tan insultantemente largos y poderosos. Y me sonríes, y me dejas temerle

a la lividez de tus ojos, que han cambiado a esa textura diamantina de la ferocidad y el hambre; nos miramos largamente, tú escudada en tu sonrisa y yo sin escudo alguno, sin pertrecho alguno. Continúas los movimientos con la cadencia de quien no sabe de tiempo, de quien no cuenta con el tiempo los preciosos minutos del placer. Y me excito, porque me excito con cualquier cosa, porque no sé alejarme ni huir de la cachondez, porque llevo mucho tiempo excitándome contigo, porque el temor comienza a confundirse con la excitación por tanto tiempo de miedo y sexo coludidos, confundidos.

Entonces, sólo entonces, cuando el calor y el deseo me han convencido con su retórica de sinrazones, hundo mi cabeza en tu cabello, mi nariz abarca los más alejados confines de tu aroma, hundo mi humanidad toda en las aguas rubias de tu cabellera, hundo mis embarcaciones postreras en el último océano que me queda, hundo mis esperanzas en el único sueño que me queda, el sueño de tu pelo que es el futuro lacio de mis días, el futuro rubio de mis soledades, el futuro incontable de mi multiplicidad. Entonces, y sólo entonces, somos víctima y victimario, vampiro y mortal, cazador y presa, amor y desamor, vehemencia y clemencia y virulencia y la ciencia toda, clamor y silencio; y entonces, y sólo entonces, hundes en mi cuello esas dos saetas que llevas encerradas en tu boca, y me sangras con delicadeza de cortesana, con devoción de magdalena, con paciencia de ángel eterno, drenando con tu chupeteo todo el placer que yo no soy capaz ni siquiera de sugerir con el mío. Desaparezco en sangre, desaparezco en hielo, desaparezco en aquel fluir de sensaciones no

sentidas, de calores que se hielan por el paso de la eternidad que navega en tu degustación herética.

Somos la blasfemia del amor. Somos la palidez de la carne que ayer se mostraba rubicunda. Somos el éter del alcohol adulterado, y somos el adulterio del alcohol que se hace vicio y costumbre. Como el placer cuando es de amantes. Como el amor cuando se resuelve en el lecho ficticio de los amores. Como el amor cuando es el nuestro.

Y hoy mi mano se aferra a uno de tus senos y

salir corriendo no es posible, porque deseo todo esto, porque soy tu alimento y

— Quisiera ser lo que tú eres —digo, pero sé que, en algún rincón de mi lucidez perdida, no lo deseo.

No lo deseamos.

Y qué puede ser el deseo en aquel túmulo de deseos, qué puede ser la esperanza en aquella marisma de esperanzas.

Qué puedo ser yo, cuando todo lo que es lo eres tú.

El mundo me es hostil en su ambición, en su dinero, en su organización demencial de hombres dominados por su ansia de dominio. ¿Porqué los malos quieren siempre dominar el mundo? ¿Qué habría sido de toda la sarta de héroes históricos si no hubiera habido nunca un tío malo que quisiera dominar el chingado mundo? Y, por otro lado, ¿para qué rayos querría alguien dominar el mundo? Sería como dominar las lucrativas actividades de un basurero sabiendo que en el mundo no hay más que basureros, lo que convertiría el negocio en algo más bien redundante y aburrido, por no decir poco conveniente. Lo único que queda es retar al mundo, violentarlo, decirle a la cara que no sirve para nada, decirle que lo único bueno que puede hacer uno por él es destruirlo, porque mejorarlo o cambiarlo no sería sino un engaño miserable. Dominar el mundo sería sacar el mayor provecho de él; destruirlo sería darle lo único que se merece; y mejorarlo sería darle demasiado crédito. Maldita estupidez. Deberíamos tomar a Dios por las barbas y darle una buena paliza en el culo. Y luego de dejarlo bien jodido en una esquina, deberíamos apretar el botón y dejar que

la bomba mierdosa se encargue de lo demás. El mundo ha dejado de merecer una puta oportunidad, viejo.

Doc vacía su pipa de hombre con yate y sacude un poco la cabeza; su gesto no es un reproche, es más bien un leve dejo de cansancio; debe estar comenzando a cansarse de ese discurso avejentado del destructor del mundo. Yo mismo comienzo a estar cansado de eso, y de todo.

Destruir el mundo significaría un esfuerzo descomunal, además de que estarías expuesto a toda suerte de reproches o ruegos del mundo, que se aferraría, inevitablemente, a su existencia. Todo el mundo se da cuenta de lo importante que es estar presente sólo cuando está a punto de joderse el asunto. Todo el mundo se va para intentar quedarse. La energía puesta en eso, en esa última llamarada suicida que acabaría con todo, sería una energía gastada inútilmente; porque, ¿qué garantiza que el mundo en verdad exista?, ¿qué pasaría si, luego de ese acto de grandilocuencia extrema, se diera uno cuenta de que el mundo nunca ha sido, nunca ha estado en realidad, que todo ha sido una broma putañera que alguien, Dios sin tetas, por ejemplo, nos ha jugado para cagarse de la risa de nuestra infame credulidad?

Entonces no nos quedaría más que reír un poco, y luego apagarnos como los pobres borrones inexistentes que hemos sido siempre.

Noche herbácea de huida. Noche selvática de miedo, de astucia, de violencia. ¿Astucia? Claro, la astucia del que sabe morir a tiempo, del que sabe escapar a tiempo por las certeras carreteras del adiós mortuorio. Noche de muertos y de nota roja. Noche en que el morir podía ser vulgar y tumultuoso.

Siva se acercó a mí y dejó una nueva cerveza junto a mi mano. No la había pedido, por supuesto, pero el muy astuto hijo de puta sabía cómo manejar su negocio. Invitándonos al exceso y excediéndose con nosotros. Siva me gustaba, me gustaba mucho, porque podía verlo y saberlo hermoso sin que mi hombría subnormal se pudiera sentir acongojada. Había días en los que aparecía mujer, hermosa mujer de carnes magníficas rellenas de ambigüedad y gentileza travesti, con sus manos como cristales curtidos en las lejanas manufactureras de lo hermoso y con modales de reina africana, oscura y remota; otros días aparecía hombre, barbudo y maloliente y malencarado y con toda maldad acaparada en el recipiente de su cuerpo, con músculos insinuados majaderamente por sus pequeñas playeras sin mangas y sus pantalo-

nes de vaquero macho y apacible; pero la mayoría de las veces se le veía con aquella presencia desdibujada de quien no sabe muy bien lo que es, de quien se ha acostumbrado a vivir en el núcleo aterrador de la imprecisión, de la androginia perlada, de la divinidad hecha hombre. Imaginaba, al verlo, que así debía haberse visto Jesucristo, en el supuesto de que haya existido y haya sido realmente lo que ahora dicen que era. Hermoso, cachondo, dueño de toda naturaleza, perfecto en su juego de indecisión. Al verlo me preguntaba cómo era que nadie se daba cuenta de aquella naturaleza tan exquisitamente tergiversada, chueca, anómala, bella y malevolente. Incluso llegué a creer que los parroquianos veían a tres personas distintas —otra referencia divina de lo más barata, lo acepto—, y que se imaginaban que era esa la familia de Siva, su esposa y su hijo o su hermano o lo que fueran. Pero yo me daba cuenta de que era una sola persona, que era siempre Siva con sus sonrisas, porque sus sonrisas lo delataban; sonreía como sólo puede sonreír un condenado Dios, con el conocimiento completo de las cosas, con las referencias completas del mapa de la existencia. Sonreía muy chingón, el tipo, y yo sabía que era siempre él, ella, ellos. Extraño era lo que Siva podía abarcar con su presencia. Prácticamente todo. Por otro lado, es muy probable que nadie más se haya dado cuenta de las mutaciones de nuestro barman deífico —¿batman deífico?—, únicamente yo, y entonces Siva no sería otra cosa que un engaño más en el cúmulo de engaños de mi mente. Pero no lo creo, porque había ahí una cerveza, una para mí, y alguien tenía que haberla traído. Los engaños, por lo general, no sirven para nada, y menos para meseros.

¿Quién trae las cosas a nosotros? ¿Quién nos acerca a la vida, quién trae la vida a nosotros? Los pasos de la vida se escuchan cerca, pero no sabemos que la vida no tiene pies, y se los tiene que pedir prestados a la muerte; y es entonces el andar de la muerte, siempre, lo que escuchamos. ¿Y quién inventa la muerte para nosotros? ¿Quién inventa la muerte, simplemente? Ese que inventa eso, eso que se inventa en la mente de ese. Ese que la inventa, sea quien sea, no sabe que la inventa para sí mismo. Todo lo que se inventa, todo lo que escapa a la creatividad grisácea de nuestra mente, se inventa para uno mismo, en primera instancia. No podemos escapar de nuestra creación. ¿Hace cuánto que el Dios sin tetas —suponiendo que haya sido él— inventó la muerte? Cuando sepamos hace cuánto que lo hizo, sabremos el tiempo exacto que lleva muerto.

Pero qué podían importar las matemáticas del cosmos —¿las he mencionado antes?—, cuando yo tenía una cerveza frente a mí, y un destino de escritor (¿escrotor?) que me esperaba a un lado de mi locura múltiple, y una mujer hecha de sueños ausentes

que estaba entrando al billar en ese momento, seguida por sus cuatro consortes, helando la sombra de las sombras que era su presencia misma, marcando el ardor de las cicatrices;

vamos, viejo,

¿qué podían importar?

Tomo el Quijote, largo y pesado libro de aventuras, deben ustedes saberlo, y salgo con él bajo el brazo. Es muy grande, muchísimo, sus márgenes son prácticamente inabarcables, sus fronteras son como las de un reino que nunca tuviera fin. Eso en términos terrenos es imposible —términos terrenales, quiero decir—, un reino así no puede existir, una oligarquía de tan extensa y perfecta tiranía es insalubre, indeseable, pero yo, oh milagro, la llevo bajo el brazo. He aquí que llevo conmigo el libro mágico por excelencia, la cábala de la intransigencia y la locura, y me paseo con él por calles que ahora, bajo el influjo malévolo de su hechizo, me parecen largos molinos de viento disfrazados de gigantes. Voy pisando gigantes y los piso con gusto. Me cago en los gigantes y me cago en James Dean.

Resulta que ayer Luna me exigió explicaciones. Llegó a mi casa, mientras yo mecanografiaba ciertas páginas, ciertas fronteras de mi propia fantasía épica, y se sentó muy seria en mi cama, con los brazos largos y blanquísimos cruzados sobre el pecho. Sus pechos salieron a relucir altivos por aquella acentuación furibunda, pero

ella pareció no reparar en ellos ni en mi mirada lúbrica. Mi picha saltó en el calzón, dio un vuelco y se declaró lista para el combate. Pero Luna no venía a combatir.

— ¿Porqué un vampiro? —soltó por fin.

Bueno, tenía una respuesta, una de esas estúpidas que ya he mencionado, pero prefería seguir por los cauces convencionales y le di una ficha. Allá fuera me esperaban todos, Pancho que no quería ser ciego, Ixtab que no quería una abuela macabra, Siva que quería un sexo definido, los chicos casi malos que querían ser juniors de café y cine todos los viernes; todos, todos los que aquí deberían existir y que no existen en ningún lado, todos con serias propuestas sobre cómo debían ser plasmados en estas páginas por mis manos y mi pluma atómica. Los fui atendiendo uno a uno, los escuché pacientemente, tomé notas en mi libreta de vapor y ceniza, fui imaginándolos según ellos se iban imaginando. Una vez que le llegó el turno a Luna —el amor no me impide tener ciertas convicciones democráticas—, la eché a la cama, le quité la ropa, la forniqué y dejé que ella me fornicara, miré su piel, sus manchas ocasionales, las líneas de expresión que a los veintidós ya empiezan a asaltar su rostro inexpresivo, su carne expuesta a la luz del medio día, sus pechos medio flácidos, su cabello rubio a fuerza de tintes, su pubis negro a fuerza de olvido; la miré detenidamente, y ella me obsequiaba con el reproche tácito en su mirada esquiva. Tan de mujer, tan de-a-de-ve-ras.

— ¿Es acaso esto lo que quieres ser? —le pregunté, con los ojos duros por el tedio de esa mañana de ayer que fue tan miserablemente ficticia al ser real en un

mundo de ficciones.

— Qué más da. Pero, ¿porqué un vampiro?

— Una vampiro —aclaré yo, y me di la vuelta para dormirme, para escapar de ese sueño en el que se unían lo imaginario y lo imaginado, lo real y lo realizado.

El perfume de Luna había desaparecido cuando desperté.

Así que tomo el Quijote y lo llevo bajo el brazo y me cago en las grandes novelas y en las grandes y apoteóticas y monstruosas estupideces que se discuten en las universidades, me cago en la Literatura y en la puta madre de la Literatura, me cago en el mundo que discute y en el mundo que juzga y en el mundo que ya no desea ser el mundo, los muertos salen de sus tumbas para decirme que no quieren ser mis amigos, Josefa viene a mí, y trata de arrebatarme mi Quijote para hacer con él quesadillas o alguna mierda parecida, Josefa me dice que se niega rotundamente a estar muerta — “faltaba más, pendejo, para eso estoy tan gorda y tan sanota”—, me cago en la gente que va en el metro, el metro donde veo ancianos que, luego de reconocerme, me dicen que ellos jamás me han hecho seña o reproche alguno, me cago en la calle que dice que no es calle sino avenida y en las avenidas que dicen que son calles, y llego al edificio, cagándome, desesperado, y suelto el gran Quijote sobre el escritorio gigantesco de la mujer que me atiende, tal vez ella tampoco quiera ser la mujer que me atiende, y ella mira el libro, y me mira a mí, y lo suelto.

— Vengo a registrar mi nueva obra, señorita.

Ella mira el ladrillo empastado en cuero, lo abre, anota el título, y me da un re-

cibo.

— Le llamaremos dentro de diez días —dice, y luego comenta algo sobre lo grande que es mi libro.

Así que ahora soy Cervantes, soy manco, estoy muerto, y todos mis personajes lo son de una novela famosa entre las famosas.

Espero que alguien se sienta feliz por eso.

FIN*

---

* Regreso a casa, caminando como quien atestigua su propio delirio a través de casualidades que no entiende y que, para ser sinceros, no tiene porqué entender. Regreso y me tiro a la cama como un clavadista consumado que enarca una ceja y busca la gloria a través de un acto absurdo que nada tiene qué ver con su vocación. Al terminar el numerito, cae sobre mí un libro, un grueso libro empastado en cuero, que me da en la cabeza y me hace perder el conocimiento por algunos segundos. Decido que este hecho tiene algo de designio divino, y me preparo para ver en el libro si los dioses tienen algún mensaje en clave para mí. Grande es mi sorpresa al ver que el volumen que tengo en las manos se titula El Quijote —en realidad, el titulo es algo más largo, pero yo no me preocupo más que por estas dos, ahora, infaustas palabras. Hago rápidas cuentas mentales —mi mente, acostumbrada a esas otras matemáticas, las del cosmos, que ocupan gran parte de mis días, le llama *rápidas cuentas mentales* a cuentas que, en realidad, me lleva varias horas realizar—, y, ya entrada la noche, llego a la fatídica conclusión de que sólo he tenido dos libros empastados en cuero en mi vida: El Quijote y el Kama-Sutra. Rayos, me digo.

Luna entra volando por mi ventana, volátil como un antiguo e iracundo fuego de diamantes, y me pregunta la causa de mi tribulación. Le refiero, algo apenado, la desagradable escena-sueño de la que ella y todos los demás fueron protagonistas, y mi embarazosa y embarazada confusión con los libros. Ella ríe —el problema parece ser demasiado humano para su draculesca dimensión— y me golpea en la espalda, divertida.

— Bueno, amigo; parece que, de todas formas, estás destinado a aparecer en la lista de los grandes —

Pero es la luz envuelta, envuelta, envoltorio de carne que se hace luz al atisbar la línea final, el último renglón. Luna repta hasta mí, aún envuelta en sus risas como cascabeles, en sus dientes como eternidades, y me susurra palabras en el idioma de Dios, en el arameo de Jesús, en el griego de Aristóteles, y me dice que ha visto todo, absolutamente todo, luchas y rendiciones, fantasmas y nacimientos, tragedias

---

dice, empujándome hasta la cama y metiendo su lengua kilométrica en mi oído. Le dejo hacer, pero en realidad mi mente se aleja de ella, mi mente medita sobre lo que es ser grande y lo que es ser pequeño, y me digo que mi nombre en la solapa del Kama-Sutra no será más que un pretexto malo para un libro que es en sí mismo su significado. Intento recordar el título de un cuento del demoníaco argentino J. L. Borges, uno donde él mismo se cuestiona si el atribuir los escritos a hombres que nunca fueron sus autores no es una forma de revitalizar los textos, de hacerlos nuevos y enigmáticos por el simple hecho de renovar los nombres en sus solapas. No recuerdo el título, carajo, pero en realidad no importa.

Claro, porque esto es sólo un recurso abaratado de mi mente para justificar mi indescriptible estupidez. Estas cosas sólo me pasan a mí.

— Por lo demás, querido —susurra Luna a través de su lengua, metida hasta la mitad de mi cráneo, de mi mente, mientras siento cómo sus dedos han abierto y bajado mi pantalón y hurgan en mi ano—, no debes preocuparte por los demás. Sabes bien que ellos no tienen ni voz ni voto en este cuento.

La miro detenidamente, y sé que es cierto. Sé que puedo creer ciegamente en esa sentencia. Sé que Luna me libera del juicio de esos otros que ella en su voz evoca, porque todos están muertos, porque han sido sacados a la fuerza de este invento y han dejado de ser o significar. Sé que puedo creerle, porque ella los ha matado.

Intento imaginar la cara que pondrá la mujer detrás del escritorio cuando abra y lea mi libro.

Sé que lo hará. Lo sé con la certeza que me da el saber que las novelas largas son como las vergas largas: atraen a las mujeres irremediablemente, aunque luego no sepan cómo deshacerse de ellas.

Por eso soy escritor, no vayan a pensar que es por otra cosa.

y comedias que se trenzan en el teatro de la desventura humana, claveles trenzados en el cabello de las prostitutas que antes fueron grandes reinas de la ópera de París, punks que venden chamarras de cuero para comprar casimires de segunda, monjas en escobas volando y brujas en conventos rezando, a los Beatles apuñalando al Maharishi, al Maharishi que manda matar a Lennon, generales de antiguos ejércitos que llevan flores a sus esposas gordas y reventando de flatulencias, flatulencias en el culo del papa y en el culo de un mendigo con cirrosis que yace en una banqueta por donde antes pasó el secretario general de las naciones unidas, naciones unidas que antes fueron simplemente naciones, ella lo ha visto todo, todo, y me dice

que nada tiene final.

Que

FIN

es una palabra que no existe.

Y no debería creerle, porque en realidad ella no ha visto todo lo que dice.

Vampiros.

Sebastián avanza por el pasillo, chasqueando los dedos al ritmo de una canción de los años cincuenta —¿Ella Fitzgerald?— que suena en su mente con la resonancia privilegiada del recuerdo. Sebastián es un nostálgico compulsivo, y parece pasarse todo su presente buscando cosas por las cuales sentir nostalgia en todo el futuro que le queda por delante. Busca cosas que valgan la pena, pero todo lo que vale la pena para él es, en realidad, muy pequeño. Una canción, un poema, una fotografía en un periódico viejo, los ojos verdes de alguna víctima perdida en el tiempo. Recortes de un mundo que para él, gracias a muchos años de mirarlo, ha pasado a ser un cromo bastante prescindible; cosas que puede, podría, llevar en el bolsillo si lo quisiera. Pero no; Sebastián pierde todas las cosas que atesora, y después las reproduce en su mente y chasquea los dedos. Como invocando a las puertas de sésamo, infructuosamente.

Los otros y Luna avanzan detrás de él, ellos cargando el cadáver de la chiquilla

y riendo de bromas y gesticulaciones que únicamente ellos entienden, ella mirando la espalda de Sebastián e imaginando nostalgias para él. Ella en ocasiones quisiera nostalgias para sí, tesoros escondidos en el desván del recuerdo, pero sabe que es muy joven (muy joven, le repite su mente), y que, en realidad, a veces la pereza le gana a su afán por capturar el mundo. A veces quisiera ser lo suficientemente indolente como para no abrir los ojos y dejarse ir, perderse en un para siempre somnífero que la envolviera con el velo pulcro de la muerte. Porque a veces se mira, y mira a sus compañeros de celda, compañeros de una eternidad que se antoja una cárcel, y se pregunta para qué rayos puede servir el ser para siempre.

Su rostro asoma a la intemperie del techo del hotel, y se da de frente con su otro rostro, el de la luna que está sentada justo en frente de ella, con su gordura a medias y su blanquecino embrujo. Qué solitaria se ve, qué patética y virgen; así debe verse ella, pero le es imposible comprobarlo. Si se mira en un espejo es el vacío lo que mira, y es por eso que le gusta tanto mirar en los espejos, en cualquier superficie reflejante que la embrome y no la deje verse. Qué terrible ironía que los demás puedan verla y la crean vanidosa y vacua por buscarse en los espejos. Vacua, eso sí. Si supieran que no puede verse, que sólo ella no puede verse. Si supieran que ella se sabe hermosa; si supieran cuánto se puede extrañar la propia vista. Pero ahí está su otro rostro… y sería suficiente, si no fuera un rostro que sólo invoca a la muerte.

El cuerpo de la chiquilla cae desde la azotea del hotel hasta un pequeño montículo de basura que está reposando en la banqueta del callejón —cabe observar que todos los hoteles tienen un callejón, sólo dios sabe porqué—, y suena como una

todos los hoteles tienen un callejón, sólo dios sabe porqué—, y suena como una piñata estólida y vacía que cayera en medio de un festín sin motivo. Hacen falta motivos para un festín, piensa Luna, y mira hacia Sebastián, que en silencio continúa con su canción y sus dedos mientras observa aburrido a los otros tres, que ríen por lo bajo de alguna broma relacionada con el sonido del cuerpo al caer. Como la broma que tú acabas de proponer, Luna, digo yo, pero ella no me escucha.

— Tengo hambre.

Sebastián alza la mirada y la pierde en las estrellas, dejando que sus ojos se aneguen de noche y de oscuridad y de aburrimiento; luego mira hacia la calle y, con un rápido movimiento, imperceptible a los absurdamente lentos ojos humanos —pero, hey, no hay humanos por ahí—, toma el hombro de Luna y la avienta hacia el callejón. El cuerpo de ella se abandona al vacío, se embriaga de aquella sensación de liviandad; sus cabellos danzan enloquecidos, dando pequeños latigazos a su rostro hermoso e impidiéndole ver, un poco; el viento golpea las ventanas afiladas de su nariz, haciendo que el olor marino del mercado se abalance impúdico por ellas hasta llegar a la memoria y depositarse ahí como en espera de nuevos bríos que lo agiten. Qué cercano está el impacto, qué cercana la calle, qué próxima la estrepitosa zambullida.

Crack.

Sus huesos se quiebran en mil pedazos, sus huesos salen por todos los puntos imaginables de su cuerpo, rasgando, hiriendo, apuñalándola como para librarse de

ella y de su juego incorruptible. El sonido queda danzando en sus oídos, ese ¡crack! indescriptible, ese ¡crack! que resguarda algo, el conocimiento de su cuerpo, un aviso, una broma, no la hiperbólica que acaba de gastarle Sebastián, sino la eterna broma que significa el que ella no pueda morir, ni sufrir daño, ni sentir dolor. Pasan algunos segundos… sólo silencio en su mente, casi como la muerte, pero una muerte consciente, una muerte sentida. Tal vez el "sólo silencio" no sea tan real, pero ella lo desea, desea que no quede más que silencio, y con eso debería bastar. No escuchar a las células que se renuevan, ni a los huesos que se juntan con el movimiento pausado de la reconstrucción, ni a su piel que se cierra sin dejar rastro. Sólo silencio, entonces. Abre los ojos, los abre porque es lo primero que puede hacer, porque no puede mover nada más hasta que sus huesos no terminen de juntarse. Arriba, siete pisos arriba, Sebastián la mira con una sonrisa trunca en el rostro, mientras los otros tres se burlan y la señalan con esa escandalosa pantomima a la que ya se ha acostumbrado.

Mueve un poco el cuello. ¡Ah, largo cuello que truena como un camión que cae por un precipicio! Tal vez sólo sea el recuerdo del otro estallido, del de sus huesos. Quién sabe; y tampoco importa. Ya no. Mueve otra vez el cuello, hacia el lado contrario; sus ojos se precipitan por el cromo verdoso de la mano de la chiquilla, que ahora, de tan cercana, parece acariciar sus pestañas largas y rencorosas. Ella parpadea y la mira, enfocando su rostro a través del primer plano mortuorio de su mano. Era hermosa, lo recuerda, y reía con ellos, y la miraba con confianza, a ella, a Luna,

como si la hubiera sabido buena —¡já!—, o como si la hubiera deseado, como si hubiera deseado que el numerito que ella creía que iba a llevar a cabo comenzara con ella, con un chupeteo, con ese chupeteo que ella, Luna, deseó apenas unos minutos antes al pensar en ella, la muerta, mientras miraba los recortes porno. Muerta sin nombre, anónima en su destino simulado, esta pobre chica que ahora mira. Muerta de carne firme y sangre acalorada; tan deliciosa. Luna acaricia con los ojos ese rostro y esa mano, los hace suyos, imaginándose cómo se vería ella luego de veinte horas de muerta. Tan verde como ella, tan flácida y vacía como ella.

Y se pregunta porqué su mente usa esas palabras, "si llevara veinte horas de muerta", cuando lleva casi veinticinco años. Veinticinco años desde aquella noche en una vieja buhardilla, luego de un danzón en un tugurio de rock, cuando Sebastián hundió sus caninos en el canino calor de su cuello. Sus collares de hippie se agitaron y su pubis se anegó como nunca, transformando en orgasmo lo que debió ser terror puro. Los lentes de Lennon —quién iba a imaginar por aquellos días que el pobre tío iba a morir malamente en una emboscada, como un vulgar fugitivo— cayeron al piso y se hicieron añicos, y ella sólo acertó a pensar, ridículamente, en lo difícil que había sido conseguirlos. Luego el último tamborileo de su pulso se anunció, y ella supo que iba a morir, y abrió la boca como queriendo asirse a la vida con los dientes, y fue la vena y la sangre de Sebastián lo que encontró; y cuando él dijo "bebe" la invitación ya era inútil, tardía, porque ella ya había comenzado a beber, con la urgencia de un lactante hambriento e insaciable. Su boca fue el sabor de esa sangre, y

la sangre fue suya para siempre.

— Tengo hambre.

Su mente se obstina en mirar a la chica, a la pobre miserable estéril y muerta chica. Qué mala suerte, la de ella, carajo. Y qué buena la suya. ¿Porqué la eligió a ella, porqué Sebastián le dio a beber a ella y no a la otra, a las innumerables *ellas*? ¿Porqué Sebastián y los otros sólo matan putas, y porqué no la mataron a ella? ¿Qué había de distinto en ella? ¿Que no era puta? Tecnicismos. Semántica, o como se llame. Sus huesos ya están bien, sus huesos están sanos, sus huesos parecen nuevos, incólumes, vaporosos, y ella los odia. Si tan sólo pudiera morir, dice ella en voz alta para nadie, si tan sólo hubiera tiempo para morir. Y entonces piensa en el hambre y piensa en el juego y piensa en el billar y piensa en el delgado tipo al que se ha propuesto amar. ¿Qué hay de distinto en él? Tal vez lo mismo que hay en ella; y podría ser eso lo que los une. Me he propuesto amarlo, se repite, pero se da cuenta en un instante de que eso, ese justificar su amor como una obstinación, sería darle la razón a Sebastián. El amor no se propone, ni se proyecta, se dice. El amor sólo se crea y se destruye a sí mismo. Y por eso lo crea y lo destruye todo. Es sólo que estamos condenados, malditos, digo yo, pero ella no me escucha.

— Tengo hambre —suelta ella, cuando siente los brazos sonrientes que la ayudan a levantarse.

— Te vuelves redundante —dice Sebastián, que está justo frente a ella, sonriéndole como un niño; un niño amargado.

Oh, y es tan hermoso.

Es que es un vampiro, piensa alguien que pasa por ahí.

$.

El signo aparece en medio de mi despertar abrupto. El maldito tiene un nombre, pero últimamente no recuerdo los nombres, no caracterizo lo que veo, y tal vez ni siquiera lo vea. Es como si los ojos en mi rostro fueran los de un extraterreno —extraterrestre, quiero decir— que encontrara ajeno todo lo que ve; que lo encontrara, obviamente, de otro mundo. Y el signo se ríe de mí, porque es un signo con encías sangrientas que se ríen de todo.

Paulatinamente el signo va haciéndose pequeño, va reduciendo sus dimensiones hasta aparecer en su magnitud real. Es un pequeño signo apenas visible en el techo de mi alcoba, sobre mi cama justamente, y le pertenece al pequeño billete con el que Luna paga mis favores, nuevamente. Hace unos meses contemplé la posibilidad de prostituirme, de vender mi pobre cuerpo a cambio de cualquier baratija que me diera posibilidades de seguir con vida. Pero recordé que mis posibilidades han sido agotadas por mi amor y por mi propia y febril debilidad; y recordé, también,

que el sobrevivir es algo que me importa un carajo, desde hace algún tiempo. Así que las señoras gordas que pagan por una verga en sus entrañas marchitas tendrán que seguir sobreviviendo sin lo mío. Porque yo decidí no hacerlo. Y, de cualquier manera, ya tengo quién me pague. Quién me obligue a prostituirme.

Soy el recuerdo de un hombre. Soy la sombra de un hombre que ha confiado demasiado en su sombra, que le ha otorgado significados que no tiene, propiedades de las que carece. Soy la muerte de un hombre, pero soy también la vida de un hombre que es víctima de su vida. Soy significado y soy insignificante. Y recuerdo que hubo días en los que era otra cosa, en los que la gente me sonreía; no toda, claro, pero mis amigos me sonreían, mis enemigos me sonreían, el sol mismo en su latitud de estrella moribunda me sonreía. Hubo días en los que era hombre en combustión, en los que el respirar y el mirar y el tocar y el escuchar no se limitaban a las caderas de una mujer que me está matando. Hubo días en los que tenía claras mis tristezas, y días en los que tenía claras mis alegrías, días en los que los movimientos de mi alma eran elocuentes, días en los que mi alma no se hundía en la duda de vivir dentro de un cuerpo destinado a carecer de alma. Hubo días en los que viví, absoluto e inconforme. Hoy soy un centímetro, una línea en una novela desvencijada.

Pero aún me divierto.

Debo tomar el billete e ir a comprar pescado. Soy alérgico al pescado.

Pero quedé con Luna para cenar.

Es Luna. Es la mano de Luna; llena de venas moradas, blanquísima y sin embargo inusualmente rubicunda. Viva, podría decirse, aunque esto en su caso sea un eufemismo. Es su mano y es mi mejilla que la siente, que la acerca, que la crea. Mi amor en un vuelco de cerezos, en un grito de sangre con sabor a canela. Es mi cerveza, chocando con sus labios, dejándose mamar y dejándose vaciar, tan suicida, tan abandonada a su propia muerte de cerveza. Porque las cervezas, porque las cosas, aprenden a morirse. Y en las cosas muertas se nos va, a todos, un poco de nuestro propio tiempo.

— Pareces feliz.

— Lo estoy.

— Y, ¿porqué?

— Digamos que ya no necesito nada.

— Eso es imposible.

— Por hoy, solamente.

— Ah.

Es Luna. Mi Luna, tan frecuente, tan lejana al cielo, tan imperfecta en su perfección innegable, tan hermosa y hermoseada por la noche. Es su mano dejando la cerveza y apretando un poco mi brazo, como buscando el pulso, como hurgando en mis palpitaciones. Es Luna, cerciorándose de que aún sigo con vida. Es Luna, en el inicio del silencio.

— ¿Tienes dinero?

— Nel; se acabó el que me dejaste.

— ¿En qué?

— Lo de siempre.

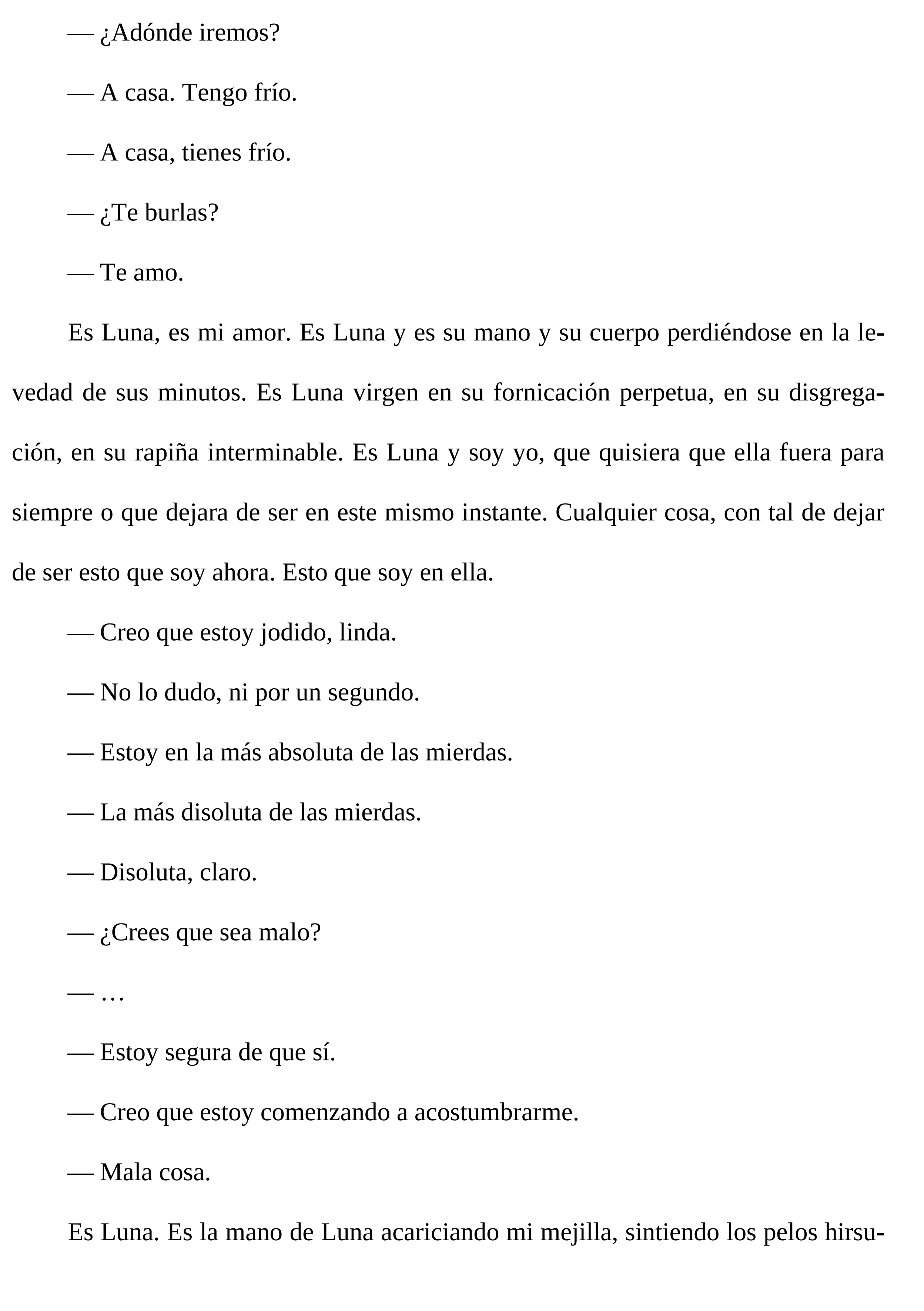
— …Enfermito.

Es Luna que ríe, que sonríe, que muestra la dentadura recatadamente. Es Luna que se oculta de los hombres y que me dice hombre, que me nombra hombre, que me desea hombre. Es Luna mirando distraída a las putas afuera, mirando hacia sus ojos de carmín y sábana de motel de mala muerte, encontrando en ellas el recuerdo de sus deseos, de sus temores. Es Luna temiendo, presintiendo —no, más bien previendo—, midiendo y dejándose llevar por la relajación ficticia de su hambre, tan difícil de saciar.

— ...

—¿Y me darás la noche?

— Sabes que así es.



— ¿Adónde iremos?

— A casa. Tengo frío.

— A casa, tienes frío.

— ¿Te burlas?

— Te amo.

Es Luna, es mi amor. Es Luna y es su mano y su cuerpo perdiéndose en la levedad de sus minutos. Es Luna virgen en su fornicación perpetua, en su disgregación, en su rapiña interminable. Es Luna y soy yo, que quisiera que ella fuera para siempre o que dejara de ser en este mismo instante. Cualquier cosa, con tal de dejar de ser esto que soy ahora. Esto que soy en ella.

— Creo que estoy jodido, linda.

— No lo dudo, ni por un segundo.

— Estoy en la más absoluta de las mierdas.

— La más disoluta de las mierdas.

— Disoluta, claro.

— ¿Crees que sea malo?

— …

— Estoy segura de que sí.

— Creo que estoy comenzando a acostumbrarme.

— Mala cosa.

Es Luna. Es la mano de Luna acariciando mi mejilla, sintiendo los pelos hirsu-

tos de mi barba de tres días navegando entre sus dedos. Es Luna condenándome a vivir para ella, condenándome a la disolución, a la absolución eterna de mis pecados, a la negación del dios, de cualquiera, a la inflamación del alma a cambio de golpes dados a diestra y siniestra sin el más mínimo concierto. Es Luna, y me da miedo, porque sé, oh sí, que esta es la noche, que ha llegado la noche, que ella es la noche, que ellos son la noche, y que esta noche la noche quiere cambiar.

— …

— Bésame.

— …

— Así.

— Debería besarte el culo.

— Sucio.

— Claro.

Es Luna. Es su voz.

Y es el silencio, en un callejón cerca de aquí. Y yo sigo teniendo frío.

Viento grita, inarticulado, frente a la ventana de Doc. La luz indirecta se estremece ante los rudos embates del viento. Como si el viento supiera que su brillo es sólo un lujo indescriptiblemente vacuo e inútil, y quisiera derribarlo con su furia. A veces pienso, viejo, que los hombres debemos parecerle al mundo exactamente lo mismo, un ornamento absurdo, chocante en su fealdad —como siempre será chocante la fealdad en algo que se supone está hecho para embellecer—, estorboso en nuestra abundancia. Estamos convencidos de que somos la criatura más perfecta de la creación, alrededor de la cual giran todas las cosas, todas las acciones, todos los eventos. Pero, ¿en qué momento nos convertimos en lo mejor, lo más acabado dentro de este mundo de obras inconclusas? Suponemos que Dios sin tetas nos hizo lo más parecidos a él —lo que dejaría a las mujeres tetonas en una situación de grave desventaja—, que nos pensó para ser lo mejor y para manejar los recursos de la creación con inusual maestría. En algún momento de nuestra historia, en algún punto de la evolución de las ideas, nos convencimos de ello. Nos decimos que no puede

haber nadie mejor que nosotros en el universo, nosotros que amamos, que soñamos e imaginamos y que incluso nos engañamos, nosotros capaces de mejorar la tierra y sus desgracias, nosotros capaces de superar cualquier tragedia que se le pueda ocurrir a la avejentada y bofa Natura, nosotros los de los genocidios y la bomba, los del sida y la iglesia, los de los aviones y los cementerios verticales, nosotros capaces de inventar a Dios y de inventar el cielo, nosotros tenemos que ser lo mejor en el universo, porque no puede ser de otro modo. Cotidianamente nos convencemos de esta superioridad, no sólo por nuestra burda obstinación de convencernos, sino porque, desafortunadamente, somos lo peor que se le pudo ocurrir a Dios sin tetas y, en nuestra infantil imperfección, nos convencemos de todo a velocidades inusitadas.

Imagina a una Prostituta en un cuarto de hotel, con su padrote navajeando su estómago y dando patadas a su espalda, deseándole la muerte y dándosela pródigamente. La mujer se arrastra por el piso hasta salir del cuarto, dejando largos rastros de sangre en los pasillos de luz como mortaja; sintiendo el dolor de años partiendo su espalda, partiéndole la madre; sus pantaletas van manchadas de mierda y miedo, porque se cagó de puro susto, porque sabe que se va a morir y sabe que ella es lo mejor del mundo, el universo, y toda esa mierda. ¿Cómo puede acabar así su vida, esa promesa gigantesca? Largas lágrimas le escurren por el rostro hasta dar con el piso, y todo es esa certidumbre: voy a morir y soy lo mejor en el mundo. Como puede, nuestra puta llega a la calle —el hombre que despacha el hotel ha tenido la gran suerte de no presenciar su avance de nota roja—, se desliza por la banqueta… Su-

cios estertores le suben por la garganta, da una vuelta bellísima, una voltereta maestra que nadie ve, y muere. Una anciana pasa junto a ella y piensa qué tragedia. Un poli la mira y dice hay que llamar a la policía. Un vampiro en el cielo la mira y dice qué desperdicio. Una mujer católica la mira y se espanta y luego reza para que Dios mantenga todo ese horror lejos de ella. Un perro se acerca a ella y la husmea y dice no sirve para nada. Un político le alza una mano y le jura conmovido que no permitirá que esto se repita. Un padre le dice una misa y le perdona sus pecados. Un mesías le dice al padre cómo decir la misa y le dice a la prostituta que va a irse al cielo. Y a pesar de toda la indiferencia, a pesar de todo ese luto simulado, todos, la anciana y el poli y el vampiro y la mujer católica y el político y el padre, tal vez incluso el perro y tal vez también el mesías, todos, piensan que son lo mejor que ha podido pasarle al mundo.

La prostituta también lo afirma con su muerte, que tiene todo el tinglado maravilloso del drama humano. No sabe, pobre, que la vida la ha desechado como una doncella rica desecha los aretes que han pasado de moda.

Porque los humanos, ese abalorio barato, somos la única parte prescindible del gran orden del universo.

Vampiros.

Temor.

Sentimiento ruin, este temor, sobre todo cuando eres un hombre inmortal de doscientos años, o así.

Él ha perdido la cuenta, y ella no se esfuerza en atar cabos y llegar a una conclusión fehaciente respecto a su edad. Sólo sabe que es MUY viejo, antiquísimo, y lo sabe porque sus ojos son como dos sepulcros que se han cerrado a la vida luego de haberlo visto todo. Dos sepulcros de aburrimiento. Lo sabe, también, porque aquella noche, la lejana, la noche en la que ella renació a esa vida de sombra y dipsomanía, a esa vida ebria, él insistió en que fuera de su vaso, del alargado vaso de su vena, del que ella bebiera. Y pronto se hizo patente el porqué: la diferencia entre ella y los otros tres —esos otros tres de los que ella nunca puede recordar el nombre o el origen— es descomunal; ella es poderosa, casi tanto como él, su antiguo padre; hermosa, casi tanto como él; y extraña, casi tanto como él. Su sangre tuvo sabor a

cosmos, a cielo, a Cristo en la cruz, y a partir de aquella noche ella ha buscado en cada nueva sangre algo de aquel sabor, algo de aquel embrujo de años. Y al no encontrarlo, al encontrar siempre frustrada su búsqueda, su hambre se ha sublimado; se ha justificado. Y la compulsión es ahora como el respirar lo es para los humanos vivos. La compulsión es ahora la vida.

Luna lleva hambrienta mucho tiempo, más del acostumbrado. La broma estúpida de Sebastián les robó preciados minutos, minutos de juego y ruidos, y ahora avanzan, los cinco, y a cada humano que se les pone enfrente le ponen los adornos de un lechón a punto de entrar al horno. Porque su hambre es, oh, tan escatológica, tan vulgar. Casi como la de los humanos. Y saben que no pueden arrojarse sobre su presa en medio de una calle luminosa; saben que tienen que buscar las sombras, las ocultas dimensiones del anonimato; si no lo hicieran, si se dejaran llevar por su impulso primario, el mito caería de rodillas ante la nota roja, ante las noticias atroces de los hombres, los encabezados en los periódicos… la literatura dejaría de serlo, y ellos y su raza dejarían de ser hermosos y se revelarían tal y como son: furtivos, malolientes, vulgares, feroces; y reales, tan increíblemente humanos y bestiales y reales en su inhumana eternidad.

Sebastián ha perdido la cuenta, la cuenta de sus años, porque ahora ya no importan. Sebastián quisiera dejar de ser antiguo, dejar de ser el que lo ha visto todo, el que lo sabe todo, y daría cualquier parte de su vida, incluso la daría entera, con tal de ver el mundo, aunque fuera por un segundo, con inocencia. Con tal de descubrir

algo nuevo, una esperanza, tal vez, o un amanecer que no haya visto, o una sonrisa que pudiera parecer distinta a las demás. “¿Porqué sólo prostitutas?”, preguntó Luna alguna vez, y Sebastián dijo “porque ellas son como yo”. Y Luna no entendió, sino hasta ahora. Sebastián cree todavía en la inocencia, cree en ella porque la perdió desde hace mucho, cree en ella como nadie más podría creer, como sólo puede creer en Dios un hombre que ha perdido a Dios. Cree en la inocencia, así que es incapaz de matar inocentes.

Y ella sabe que es un hipócrita; sabe que ella también lo es. Su apetito eversivo no es más que instinto, rapaz instinto que no diferencia, que no selecciona, que no sabe de sublimaciones ni de inocencias ni de frustración. Maldito Freud, piensa ella. Ellos abren la boca y engullen por placer, se hartan, eructan, cagan, mean, y en el día, mientras duermen, no son más que glotones que descansan de su festín de sangre ocultándose del sol para no morir, para despertar a la noche siguiente con el cuerpo y el hambre intactos. Impolutos. Y ese deseo es como los otros, los pequeños deseos, como cuando desean fornicar o cuando desean meterse a un billar o cuando desean ver una película de Alfred Hitchcock o cuando desean fumar un cigarrillo. Instintos básicos, instintos que responden al placer; instintos que lo invocan. Cuando hunden sus caninos en el cuello o en el trasero o en el sexo de sus perdidas presas no están garantizando su inmortalidad, ni apuntalando su linaje, ni elevándose por medio de la sangre a la categoría de pilotes estatuarios y marmóreos. Están comiendo, simplemente. Porque eso es lo que ellos comen.

Luna sigue a los otros a través de una calle sumida en la más ruin de las oscuridades, oscuridad de pobreza, oscuridad que no alcanzó una rebanada de la promesa progresista del alumbrado público. Mira la calle y la reconoce; ha pasado por aquí, sin duda, con su amor. Él debe estar esperándola en el sitio de siempre, en el billar de las piedras rodantes, de las ruedas piedrantes; pero ella sabe que no debe llegar a él con hambre; sabe que, cuando lo hace, no queda más remedio que abrirlo y sacarle el crúor pesado y abaratado de escritor. Y ella no quiere hacerle daño, desde hace algún tiempo. Al principio no importaba, al principio disfrutaba hundiéndose en el arroyo febril de sus latidos, de su pulso aletargado, pero ahora sufre cada vez que se alimenta de él; es casi como si lo hiciera de sí misma.

Porque el amor hace a la gente parecida.

Sebastián se detiene, unos segundos. Hurga en el aire, como buscando con su olfato el rastro de una presa que ella hasta ahora se percata de que siguen. Los otros tres se detienen también y se acarician los testículos y la verga, riendo quedamente, como niñas locas. Ella, sin embargo, sigue caminando y se les adelanta unos cuantos metros. Pero luego les imita y se detiene. Mira a través de la oscuridad pagana, a través de los olores de basura acumulada, a través de los rastros inmundos de otros crímenes, y entonces las mira. Hay dos chicas sentadas en la banqueta, frente a una casona vieja, y una de ellas llora. Llega hasta la nariz de Luna el olor salado de las lágrimas, casi como si vinieran de sus ojos. Intenta recordar cuándo fue la última vez que lloró; fue una vez, aún siendo humana, poco antes de ya no serlo: había fumado

marihuana, y las lágrimas habían brotado de risa, en primera instancia, pero luego el llanto se había desbordado y ya no había podido parar. Había llorado por nada, porque estaba drogada y no controlaba sus emociones ni sus lagrimales y ni un centímetro de su cuerpo hermoso. Eso había sido. Y los vampiros no lloran, se dice ahora, mientras el olor de las lágrimas se va haciendo más acre, más moribundo. Por eso, desde entonces, no ha llorado. Mira a la chica que llora. Hay ahí un dolor; uno básico, sin duda, pero es un dolor. Y ella aún siente el dolor de otros, tal vez como una salida para su imposibilidad de sentir el propio. Porque los vampiros no lloran ni sienten ni se duelen. Porque los vampiros son perfectos. Terriblemente perfectos. Vacuamente perfectos.

Lloran sangre, cagan sangre, orinan sangre, y en esa sangre ajena se les va el instinto. Luego se limpian, borrando las huellas de sus excrecencias; y esos tenues papeles son como las toallas íntimas de una chica que reglara el océano Atlántico por su vagina interminable. Es irónico que Luna ya no regle; si lo hiciera, tal vez, se vería obligada a engullir sus toallas… y se vería obligada a encontrarlo placentero.

Sebastián llega hasta ella, y mira en la dirección que sus ojos condenan. Mira a las chicas, las mide, casi como si tratara de calcular su capacidad sangrienta, su capacidad para saciar a su corte. Porque, claro, Sebastián ha sido siempre un rey preocupado por sus súbditos. Porque sus súbditos son la única razón para que él siga con vida.

— ¿Ves lo que yo?

Ella asiente. Son los brazos de una de las chicas, la que llora. Están marcados con las sombras de la drogadicción; pequeños puntitos de sangre seca que delatan su debilidad, que delatan su dolor. Y Luna aguza un poco el olfato; la chica huele a sus lágrimas y a canela y flor de azahar, a la sangre que le brota de una hendidura superficial en el rostro, y a una cama que comienza a estar demasiado lejos, ausente. El olor comienza a ser borrado por las huellas de la lejanía. Una cama de hombre, una cama de amantes. Huele a sexo; a la nostalgia por el sexo. Y se ríe, Luna, porque piensa ahora en su amor, en la cama de su amor, en las veces que ella ha frotado su piel eterna en esa cama y con ese amante. Y se da cuenta de que lo echa de menos, ahora que no está y ahora que desea estar con él. Y se da cuenta de que es ahí donde está el dolor de la chica, en ese mismo paraje, en esas mismas dimensiones. La han abandonado.

Porque los humanos se van, a veces. O dejan que nos vayamos.

Pero yo no soy humana, piensa, y se sonroja.

Y llega a ella otro olor. Es la otra chica, la menuda, la pequeña. Es un olor que ella recuerda, un olor conocido; un olor a yeso, a cerveza, anfetaminas, pachuli y vejez. Sebastián sonríe, y chasquea los dedos, imitando una vieja tonada de vals. Y entonces mira a los otros, a las tres locas, y les indica con un movimiento de cabeza que guarden silencio. Luego mira de nuevo a las chicas, y sonríe, otra vez. Las capuchas de sus colmillos se han retraído. El teatro ha descorrido sus telones. La orquesta toca un vals. *Dios nunca muere*. Ellos tampoco.

— ¿Porqué ellas? —pregunta Luna, tomando con rapidez el brazo de Sebastián, como si tuviera miedo de que él saliera disparado contra las chicas y las engullera de un bocado. Sabe que podría hacerlo, pero sabe también que no es ese su estilo. Así no actúa un vampiro desencantado.

Él mira con enojo fingido la mano de Luna, y la retira con suavidad, al tiempo que con su mano libre acaricia los labios tumefactos de ella.

— Porque esta noche es distinta —le dice, y abre sus labios, y le sonríe, mientras sus dedos hurgan en sus dientes, levantando por la fuerza el cartílago protector.

Ha olvidado sus afanes de Jack el destripador, se ríe ella para sus adentros. Pero, ¿porqué hoy? ¿Porqué hoy es distinto? ¿Porqué la noche ha cambiado, y porqué ella también lo siente? Era tan hermosa, la sangre de Sebastián. Era como un chorro de luz bajando por su garganta hasta anegarse en su estómago, bajando hasta ahí para otorgarle con sus propias entrañas la muerte. Era como una promesa de luz; y lo que había otorgado, en realidad, era la oscuridad. La promesa había resultado un engaño, una impostura romántica. Ahora ella es todo lo que Sebastián dice. Tan lejos del amor, del suyo; y tan lejos de la humanidad, la suya. ¿Porqué hoy todo es tan distinto? ¿Porqué hoy ella ha despertado tan vampiro?

Sebastián la deja, y avanza. Sus pasos resuenan como el avance de un ejército, como si sus pies aún fueran capaces de la juventud marcial a través de sus tiempos incontables. Luna corre y lo alcanza, mientras los otros los miran y marchan detrás de ellos, como hechizados. Han comenzado a saborear, eso es todo. Como pequeños

y retorcidos escolares frente a un caramelo del tamaño de un falo erecto.

— La pequeña es habitual del billar —le susurra ella al oído, mientras camina a su lado, intentando igualar el empuje enloquecido de sus pasos.

— Qué mundana —le dice él, sin el menor recato, mirándola con desprecio y sonriendo con el adorno inmundo de pequeños latigazos de saliva que se estrellan contra sus labios cetrinos.

Qué cara de imbécil, se dice Luna, y baja la vista, como intentando una negación tardía.

Y llegan hasta ellas porque, en realidad, es inevitable.

Vampiros.

Vampiros en busca de sangre. Vampiros con apetito voraz. Vampiros, como todos, como incluso lo son los más inocentes, los que nunca desearían llevar ese nombre, los que nunca desearían ese dulce beso de Satán.

Y todo es sangre. Los gritos no se escuchan porque son acallados por los labios de sus atacantes, porque las chicas lo saben, saben lo que son ellos, y los desean, porque los vampiros son deseados, son esperados por las doncellas y los donceles, son imaginados en los sueños eróticos, son estigma para un mundo que no cree en los vampiros y se masturba pensando en ellos. Y todo es sangre, sangre en los labios de Sebastián y en los de Luna, que ya no sabe, que ha olvidado, que se entrega al

deseo reprimido por muchas horas, más de las habituales, más de las que necesita para gestar un hambre decente. Luna ataca el cuello de la pequeña, y es como miel en un frasco roto, como miel que sabe a sangre porque está llena de vidrios rotos, miel que se desborda en sí misma y en su calor de juventudes, miel que se promete a sí misma, que se repite en cada humano, en cada nacimiento, en cada ser que pueda presumir de estar vivo. Y todo es sangre, todo en aquel cromo que ellos pintan con sus miradas de luz privilegiada y con la sangre de las chicas; y Luna nunca lo había hecho así, en la calle, como una asesina merodeadora que no tiene astucia suficiente para fabricarse un refugio o un disfraz o una coartada. Luna sabe que ha perdido algo, algo en la sangre de aquellas chicas, algo que no le gusta haber perdido, algo que le da asco haber perdido. Ha perdido, tal vez, el último rescoldo de una humanidad que ella atesoraba. Por su amor, por su futuro, por sus deseos. Pero los vampiros no desean, el deseo es un lujo, el futuro es un lujo, el amor es un lujo. Y todo es sangre, todo, la luna es sangre, la calle es sangre, la ciudad es sangre, y el mundo, y allá fuera, en el universo que ella en toda su eternidad jamás podrá ver cumplido. Otra promesa vacía, otra promesa que nunca viene. Luna es sangre, lo es cada que come, cada que respira, pero los vampiros no respiran. Y todo es sangre, y los tres locos-locas están clavando el cuerpo de la chica abandonada a la reja de la casona, empalándola, aún medio viva, como el viejo Vlad lo hacía, como el viejo iniciador del caos disfrutaba haciéndolo, y el tubo oxidado penetra por el ano de la chica hasta alcanzar la boca, y sale por ahí, acompañado de un gemido que hiende los oídos de

Luna; sale altivo, plagado de sangre y vísceras, de esa humedad viscosa, y apunta hacia la noche como si también quisiera atravesarla. Antes era mejor, se dice, antes las llevábamos a casa y las preparábamos con amor y cuidados, seduciendo como sátiros, dejando que la sangre se calentara, dejando que la sangre deseara salir para nosotros, dejando que las pobres tuvieran un segundo para saber lo que les estaba pasando, y éramos tan crueles, en realidad, pero era tan hermoso, tan hermoso, tan hermoso. Pero hoy todo eso ha cambiado. Hoy ya no somos, ya no son, ya no serán a partir de hoy. Y todo es sangre en su boca, sangre con sabor a anfetaminas y masturbación, con sabor a soledad y a confesionario, sangre con sabor a mujer católica, con sabor a mito, con sabor a suicidio, a suicidios, a muchos, a miles, íntimos y públicos, reales o supuestos, multitud de muertes voluntarias que apenas ayer se creían indeseables, impensables. Y ella deja caer el cuerpo, que cae como un fardo sobre la banqueta, y mira a Sebastián, que la mira a ella con su sonrisa llena de sangre y satisfacción, con sus colmillos dibujados de puro brillo contra la oscuridad reinante. Y todo es sangre.

Porque el amor hace a la gente parecida.

Las locas se acercan a su niña, a su sangre.

— Déjenla en paz, cabrones —murmura ella, y ellos retroceden.

Porque hoy han cambiado. Ella ha cambiado. Ahora se sabe salvaje, incapaz de amar o de sentir, incapaz del denuedo crapuloso del amor, incapaz de la salvación que se prometió a sí misma al abrir la boca a la sangre de Sebastián aquella noche.

Noche de rock y muerte eterna. Los no muertos, mis cojones. Ellos están bien muertos y ella lo sabe. Se acaricia con sus manos frías la boca, limpiándose la sangre que le brota por las comisuras de los labios. Mete el dedo a la boca, y lo limpia, y lo saborea —acudir a un chorro de agua y lavarse la mano sería herejía, herejía, herejía; y su mente satisfecha piensa en otras mil herejías, herejías que podría disfrutar, herejías que podrían ir incluso contra ese mentiroso Sebastián del demonio, herejías que podrían satisfacerla aún más que aquella marea de sangre; pero no esta noche, hoy no hay espacio para la herejía… hoy ya no necesita nada. Él la mira, y continúa sonriéndole. ¿Porque Sebastián sonríe con tanta urgencia esta noche? ¿Porqué ella lo encuentra tan repulsivo en su vejez disfrazada de juventud, porqué lo odia en esta variante carnicera de su carnicero albedrío cotidiano? ¿Qué es lo que ha cambiado hoy? ¿Porqué ella ha amanecido hoy tan vampiro, y porqué los otros parecen menos vampiros?

— Tan sólo quiero que sea hermoso — dice él, finalmente, luego de interminables minutos mirándola; y su sonrisa cargada de rojo se va, como un ave que emprendiera un vuelo repentino.

— ¿Qué? —pregunta Luna.

— Tan sólo quiero que sea hermoso.

Temor.

Aburrimiento.

Sebastián ha olvidado. Sebastián ha perdido la cuenta magnífica de sus años.

Hoy, curiosamente, ha comenzado a recordarlo todo.

Es que esta noche es distinta.

Cuando sonríes. Cuando tomas el vaso de leche y lo llevas a tu boca. Cuando despiertas, y abres tus ojos tenues e hinchados por la marea del sueño. Cuando abres la boca para decir “hola”. Cuando enhebras tus acciones en la piel de las serpientes. Cuando tejes, Penélope de años e infausta por completo, con tus hilos viejos el deseo de ser joven. Cuando enarcas una ceja, dejando que te vean, te crean, inteligente, perspicaz, irónico, o lo que sea. Cuando te explicas, cuando expones tu mente para que Doc, un Doc cualquiera, te diga las medidas de tu dolor y te recete drogas que te harán un mejor hombre. Cuando vas a la caseta a dejar tus votos, tus impuestos, tus regalos, tus mentiras y omisiones. Cuando vas al confesionario y le dices tus horrores a un hombre que te los envidia. Cuando vas al retrete en un baño público y lo encuentras lleno de cagada, cagada por arriba y por abajo, cagada en todos lados y ni un sitio para sentarse y cagar. Cuando vas al metro y un anciano te dice que eres un drogadicto sólo porque trabajas de noche y llevas los ojos hinchados y rojos como pozos infernales. Cuando mientes. Cuando te afeitas. Cuando te tiñes el cabello.

Cuando fornicas con la muñeca inflable que compraste en la sex shop del centro, o con la mujer que ayer y hace un segundo dijo que te amaba. Cuando cuentas tu dinero. Cuando recuerdas tus deudas. Cuando estás triste. Cuando no lo estás. Cuando te odias y odias a los demás y los demás se odian y te odian. Cuando amas a los demás y los demás te aman. Cuando piensas, apuntalando esa inteligencia que tu madre te convenció que tenías cuando eras niño. Cuando eres niño. Cuando te drogas con tus amigos. Cuando te lanzas de un edificio. Cuando lo piensas. Cuando no lo piensas. Cuando piensas en lo que serás cuando seas grande. Cuando otros lo piensan por ti. Cuando eres grande y te das cuenta de que no eres nada. Cuando comes. Cuando no comes. Cuando hablas. Cuando callas. Cuando trabajas. Cuando holgazaneas. Cuando miras. Cuando no miras.

Estás solo, viejo.

Y si no lo estás es que tienes muy buena suerte, o es que eres un estúpido.

La cuerda se tensa, amarrada de la viga central en el techo de la iglesia abandonada. El nudo es hermoso, digno de un boy scout entrenado, digno de un verdugo. Lo miro fascinado; y es que, a mis veinticuatro, he conocido la fascinación. Debería considerarme afortunado, pero no puedo; la he conocido de maneras más bien lóbregas y terribles, y la imaginación ahora se me revuelca en cosas que mantienen el horror, que lo sustentan, que lo hinchan y subrayan. Tengo pesadillas ocasionales, sueños recurrentes que, de vez en cuando, hacen que queme calorías mientras duermo. Otra vez debería considerarme afortunado. Pero hace mucho que Fortuna me declaró la guerra, hace mucho que se burla de mí en todos los dones con que me obsequia. Porque ahora la cuerda se tensa, la cuerda se hace real al verse convertida en muerte, en instrumento para la muerte, y debería ser horrible, tenebrosa y todo eso; y yo, sin embargo, la miro y me río, porque ya estoy acostumbrado al horror. Qué afortunado. Carajo.

La iglesia se conmueve con el sonido de mi respiración, agitada y errática.

Tengo frío —deben ser las tres de la madrugada, o así— y tengo sueño y tengo frente a mí a la mujer. Su respiración no se escucha, curiosamente, pero puede ser porque mis oídos sólo perciben la mía, de tan cercana, de tan propia, de tan precipitada. La mujer se hace llamar Luna. La conocí hace tres semanas, cuando ella y sus amigos, tan extraños, llegaron al billar a donde mi multiplicidad y yo vamos a perder el tiempo —diré “vamos a divertirnos” sólo cuando decida convertir todo esto que veo hoy en una novela de bolsillo—; de inmediato llamaron mi atención, porque eran muy bellos y pálidos. Parecían como de otro mundo; como de otro país, podría decirse, pero jamás he visto país alguno que dé simiente tan hermosa. En fin, ella llegó con sus amigos y se pusieron a jugar, que es lo único que puedes hacer ahí si no quieres sentirte absurdo. Yo nunca juego, pero a mí ya no me hace falta sentirme absurdo: lo soy casi por herencia, casi porque no puedo ser otra cosa. Jugaban, pero lo hacían de una manera extraña: ni siquiera miraban las bolas; lo que miraban, casi como hipnotizados, eran los ojos de sus contrincantes. Y no se preocupaban por mirar la mesa o declarar un ganador una vez terminada la partida. Golpeaban las bolas, las bolas corrían en direcciones erráticas e imposiblemente acertadas, las bolas entraban en las buchacas e iban dejando espacio para otras bolas y otras miradas, las mías, supongo, y ellos se perdían en los ojos de sus contrincantes. Extraños laberintos cargados de hambre. Era curioso; algo así como un juego fundamentado en la carencia de juego. Algo lúdico en extremo.

Mientras los miraba, mientras mis ojos jugaban con ellos, no pude dejar de ob-

servar las manos de ella. Eran como dos alargadas ramas secas, como las ramas de un árbol aterido por la nieve de un invierno extranjero. Delgadas, hermosas, casi estatuarias. Esas manos no eran más que manos, manos mundanas que señalaban, tomaban el alargado palo, lo obligaban a jugar, se acercaban al rostro buscando una caricia o rascando una resequedad en la piel, jugueteaban con el rubio cabello, alzaban la botella de cerveza y la empinaban fálica contra la garganta. Manos al fin; manos al principio. Pero eran tan bellas; y eran de ella. Ella, tan joven y tan distantemente vieja; ella tan blanca, como una hoja sobre la qué escribir las líneas prometidas de la lujuria. Y en mirarla se me fue la vista y se me fue el tiempo, y por primera vez en mi vida no pude apartar los ojos de lo que miraba. Por primera vez en mi vida miraba a una mujer y sabía que era mi destino, o el sendero que me llevaría hasta él. Era como si el billar entero fuera el saco de un cartero y yo fuera un sobre destinado para aquella dama de ojos claros y alientos escondidos. Era como si yo fuera un beso furtivo destinado a los pechos macizos de ella. Y sin embargo, a pesar de saberme de ella y para ella, no me movía de mi sitio, de ese lugar desde el que siempre, desde siempre, miraba las mesas y los hombres; no me movía de mi emplazamiento privilegiado. Tal vez por miedo, o tal vez sólo porque estaba demasiado acostumbrado a permanecer estático ahí. He estado ahí por mucho tiempo, y hasta hoy me muevo para venir a esta iglesia abandonada a ver una soga que se tensa. Me han obligado a ello.

Pero como el destino, si creemos en él —y sólo si creemos en él, sólo si le

otorgamos ese poder—, es inevitable, ella vino a mí, caminando como si bailara sobre un lago congelado, como si bailara en el interior de una botella gigantesca de cerveza, y se plantó a dos pasos, a dos centímetros, a dos narices de mi cuerpo, mirándome con dureza. “Es evidente que me miras”, dijo, y yo le contesté “a mí también me lo parece”. Sus amigos nos miraban; los más jóvenes —el otro, el imponente, también parecía joven, pero su fuerza aterradora le hacía parecer el anciano de la tribu—, que eran tres, reían como niñas que ven a su amiga acercarse al galán triunfal; y el otro nos miraba de soslayo, como despreciándonos y a la vez como eludiéndonos; como si no quisiera enterarse. Pero no me importaban. Ella salió de su alma entregada al goce de los años, y sonrió por primera vez para mí. “¿Y a qué debo el extraño honor?”, inquirió ella. “En realidad, creo que quisiera joder contigo”. Me tomó del brazo, sacándome casi a la fuerza del billar, y me llevó hasta mi casa, arrastrándome, como sabiendo de antemano a dónde dirigirse. La fórmula mordaz y gandalla nunca me había funcionado, y estaba desconcertado, necesariamente. Así que tuvo que arrastrarme hasta mi casa y luego hasta mi colchón, y luego tuvo que quitarme los pantalones y desvestirse y todo el cuento. Yo no iba a tomar la iniciativa; tenía comezón en el culo, que es lo que me pasa cuando se me tensa el nervio.

Pero, bueno, resultó que no jodimos, por la comezón y porque no conseguí una erección decente.

A ella debió resultarle divertido, ya que se obstinó en verme y en hablar conmigo, todas las noches. Y yo, pobre infeliz sin nada, sin erecciones y sin hogar y sin

permiso y sin botón de encendido, me habitúo a todo rápidamente. Así que se lo permito.

Hoy le pregunté sobre su casa, sobre su vida. Le pregunté quién era y de dónde venía; no porque me importara, sino simplemente porque deseaba saberlo, porque saberlo no estaba de más ni estaba de menos. Y su rostro se tornó una lápida seria y preocupada. Me tomó de la mano y me sacó del billar, una vez más, y haló de mí hasta que llegamos a esta iglesia abandonada. La dejaron hace dos años los sacerdotes, porque resultó que en el terreno que ocupaba había antes un prostíbulo de los más sórdidos que pueda imaginarse, y eso no iba con su talante simbólico. Nadie se preocupa por esta iglesia, nadie se preocupa por las cosas que otros abandonan. Y a mí tampoco me preocupa.

La cuerda se tensa y yo la miro fascinado. Es increíble. Luna cuelga de la soga, por el cuello, y se balancea como lo haría un cuerpo sin vida, pero ella me sonríe y agita la mano, saludándome, divertida. Después de algunos minutos la cuerda comienza a desprenderse de la viga, comienza a ceder ante su peso —nimio y angélico peso que mis cojones ya han probado, porque no permanezco demasiado tiempo nervioso y ya hemos follado un par de veces, en estas tres semanas que Fortuna ya nos ha permitido—, comienza a desamarrarse, sospechosamente, hasta que finalmente se desprende con grácil desenfado y Luna con todo y soga al cuello vuela los cinco metros hasta el piso, estrellándose con gran estruendo. Miro, a través de la cortina de polvo que se ha formado, cómo una de sus rodillas sale por su piel empapada en sangre y dolor, asomándose al mundo a través de esa temeridad

pada en sangre y dolor, asomándose al mundo a través de esa temeridad cósmica de ella. Permanezco donde estoy, sólo mirándola en silencio. Mi respiración es ya estentórea, como una sinfonía de frío, miedo y desconcierto. Pero no me muevo, porque mi mente no puede imaginarse que todo esto sea en serio. Algo debe estar mal; algo *necesariamente* está mal. Miro su cabello áureo esparcido en el piso: ella cayó de frente, así que su trasero y su espalda están arqueados malamente, en un ángulo imposible. La rodilla rota está virtualmente doblada al revés. Parece una muñeca vieja tirada en una iglesita de muñecas. En la casita de dioses. Tirada en medio de un acto que podría parecer asquerosamente escandaloso, asquerosamente adolescente, y que a mí no me parece, no me puede parecer, más que una broma.

Porque así son las bromas que, a veces, me gasta mi mente.

Entonces ella se mueve, un poco. Algo truena dentro de ella, como si su cuerpo contuviera mecanismos viejos, engranes de un reloj de arena que se hubiera endurecido. Es como frituras en la boca de un niño que come ostentosamente. Rechinidos, cacareos; fierros retorcidos en la fragua de un herrero demencial. La rodilla regresa lentamente a su lugar, al lugar que en un ser humano tendría de habitual. Sus nalgas dejan de apuntar al techo y se deslizan suavemente, hasta que, me imagino, su vientre plano y terso toca el piso frío. Cesa el ruidero impúdico; es un alivio, pero no debería serlo. Lentamente los movimientos comienzan a asemejar los de alguien que intenta ponerse de pie. Y se pone de pie. Da la vuelta y me mira, sonriendo. Tiene la cara llena de tierra y la ropa hecha jirones; uno de sus senos asoma por entre la blusa

destrozada, también lleno de tierra. El piso de la iglesia lleva mucho tiempo sin conocer pisada alguna, y el polvo se ha acumulado en él como en espera de esta psicópata que, de un clavado imposible, lo ha conmovido. Ella viene hasta mí, y se para con los brazos en las caderas, invitándome a contemplarla.

No hay sangre, ni una gota.

— Es esto lo que soy —dice, con su voz de flor en plenitud, con su boca de lapislázuli hirviendo.

Me acerco hasta ella y tomo la soga, que aún cuelga de su cuello. La desenredo, con cuidado, con movimientos espaciados y distantes. Su cuello es piedra angular del deseo; y no hay marca de soga. Como si la soga fuera sólo la metáfora de algo ausente… algo peor, tal vez, que no está, ni desea estar.

— Deberías trabajar en un circo. Es un buen truco.

Ella ríe.

— No es un truco.

— Lo sé —digo.

Y luego pienso que, de todas formas, debería trabajar en un circo.

Regresamos a casa, y la oculto con mi cuerpo para que nadie en la calle vea sus ropas, para que nadie vaya a pensar que acaba de tirarse del techo de una iglesia y ha salido incólume. Para que nadie vaya a imaginar.

Pero, bueno, a las tres y media de la mañana es difícil que alguien imagine.

Nuestro lecho es por primera vez nuestro, y hacemos el numerito del sexo, del

abrazo lúbrico, como si hiciéramos un recuento de lo visto y nos diéramos explicaciones. Como dándole nombre a algo que no entendiéramos.

Y, extrañamente, es diferente.

A veces huyo, viejo. No sabes cuánto me gusta huir. Huir del sol y de ese frío que ahora, quien sabe porqué, ha sustituido al viento. El viento se cansó pronto de azotarnos, de azotar las ventanas de tu oficina y el vaivén de tu insípida luz indirecta; se cansó y, de pronto, huyó. Huir es la actividad de las cosas importantes. Escondernos para escapar de todo eso que nos hace reales y solos e importantes. Es una mierda quedarse a esperar resultados, reacciones. ¿Y si nunca ocurre nada, y si nuestra vida no es más que una eterna pregunta sin resolución, una eterna discusión sin conclusiones fehacientes? Nuestra vida no es más que viento algunas veces, frío otras. Navegar a la espera de una tormenta, un tropezón angélico, un amor trágico; estímulos que nunca llegan en la calma chicha de nuestra inmovilidad cotidiana.

Ángeles extrañando alas.

Doc apaga su pipa en definitiva, la sacude un poco contra un cenicero de madera y la guarda en uno de sus grandes cajones. Estira su mano y me pide que me detenga un poco; el aparatejo ha agotado su cinta y debe voltear el chisme para po-

der continuar. Antes te sentías una especie de eterno fugitivo, y ahora afirmas que nada ocurre. ¿Te das cuenta de lo contradictorio de todo esto?

No es la realidad lo que te persigue. Eso es demasiado vulgar. Esos pobres hombres saltando a sus trabajos, saltando a ellos como si saltaran desde la azotea de un edificio, con más deseos de morir que cualquiera de nosotros, los malos suicidas, y creyéndose los más vivos de todos los hombres sobre la tierra. La infeliz mujer atrapada en su casa y en sus hijos y en su cabrón macho marido que le da de tragar y del que depende hasta para comprar un poco de papel con el que limpiarse el culo o con el que contener los ríos incontenibles de su vulva sangrienta. Ellos son los perseguidos, los pobres perseguidos. A mí no me preocupa, simplemente, viejo. A veces me incomoda. Mi padre estuvo desempleado y yo no podía irme de putas. Luna no tiene dinero y no puedo conseguir una cajetilla de cigarros o una partida de billar decente. Por lo demás, me tiene sin cuidado. Lo que me persigue es, sin embargo, más terrible; me persigue la sensación de ser yo mismo, irremediablemente; de estar condenado a ser yo por el resto de mis días. Condenado a olvidar el amor por el amor, el placer por el placer; condenado a verlo todo como si fuera yo el centro del mundo: el amor por mí, el placer por mí. Atropos me sigue también, alargando sus cuchillos en contra mía, apuñalando mi sombra y sonriéndome como una ramerilla ofrecida; y cuando me alcanza toca mi hombro con su mano, provoca en mí rubores, esos rubores de niña ilusionada, y después me deja en paz. Se larga y me deja condenado a ser yo mismo. Los hombres del cielo vienen a mí, y me abandonan, y vie-

nen mujeres que me abren los brazos y me dicen que puedo morir en ellos y luego los cierran y se pierden. Todos se van. ¿Qué puedo hacer con este infinito que se asoma en mí, a quién puedo dárselo, quién se hará cargo de mi ser eterno? Porque debo tener un ser eterno; lo preciso. No me importa si es para verle el culo al Dios sin tetas o a cualquier otro Dios imbécil que se me ponga enfrente; no me importa si es para chuparle la sangre a las niñas de los colegios o a las putas en las esquinas; no me importa ni siquiera si es una existencia ignorada y metafórica, o si mi eternidad me condena a ser Marx o a ser la madre Teresa; necesito un ser eterno.

¿Para qué?

Para saber que lo he intentado, a pesar…

¿A pesar…?

…De que estoy convencido de que nadie puede lograrlo.

Doc se ríe sin gana. Es lo peor que puede pasarle a un hombre; reír sin gana.

Regreso. Me interno por calles ayer conocidas, ayer reconocidas. El sol cae como infierno líquido sobre los hombres. Y lo amo, sólo porque me da la seguridad de un regreso limpio, de un regreso anónimo. Sé que ella va a enterarse de que estoy de vuelta, pero, mientras dure este sol, mientras dure este día, podré recuperar mi vida sin temer su presencia.

Pero, ¿temo en verdad su presencia? ¿Alguna vez lo he hecho? Creo que he venido hasta aquí sólo para verla, sólo para decirle que la echo de menos, sólo para decirle que sus cabellos rubios y su coño de especias son para mí la vida y la muerte. He venido a decirle que le temo por sus crímenes, pero que no quiero encontrar la muerte en otro crimen ni en otros brazos que no sean los de ella. He venido a decir-le, a ella, a mi diosa de azul y colmillos, que, o es ella mi destino, o mi destino, entonces, nunca ha existido.

Pobre chico enamorado de la muerte.

Escribo mi nombre sobre el nombre que escribí hace algún tiempo, antes de

irme, en las paredes del orinal de la fonda de Josefa, y ella me sonríe al verme entrar al comedor —la prosperidad llega para todos, me digo—, y hace como si me hubiera visto apenas ayer, y me obsequia con el silencio invaluable, con el silencio de sus ojos, con el silencio que deja la omisión de sus preguntas. Me dice que Pancho me espera en mi casa, y eso es todo.

Pinche ciego; se las sabe de todas, todas.

Y camino hacia mi casa, recogiendo mis huellas de antaño y los caminos horadados por mis pies dubitativos. Cuando era un niño imaginaba que las calles cambiarían, que el paisaje sería mutable y siempre acogedor; pero ahora me doy cuenta de que yo y estas calles de agua y miedo estamos condenados a ser siempre los mismos, a mirarnos mutuamente y a burlarnos de nuestra inmutabilidad compartida. Estamos hechos de historia, pero estamos también hechos de raíces. Hoy, mientras lo descubro, mientras regreso, no sé si es hermoso o si me da asco. Tal vez ambas cosas.

Los niños han crecido, pero no puedo recordar que alguna vez hayan sido niños. Me mueven la cabeza a través de su estupor pre-adolescente, asintiendo ante mi paso; ellos también me reconocen, y deben verme tres meses más viejo, tres meses más lejano, como tres meses más atontados los veo yo. Si tres meses pudieran definir el mundo, sería una verdadera chingadera el que Natura nos hubiera dejado existir hasta ahora, me digo, y río, pensando que tres meses, en realidad, representan una ausencia por demás ridícula. Tal vez aún haya alguien por ahí con preguntas, esas

preguntas que me hicieron huir para evitarlas.

Pancho escruta el vacío con la nariz, mientras me acerco a él. Me ve a través del sonido de mis pasos, que en el asfalto asesino de esta ciudad siempre es hueco, como el de un muñeco de madera. Me acerco a él, mirando mi casa de reojo: intacta, con su entrada que es remanso y antesala del infierno. Pancho y mi casa son las únicas dos cosas seguras del universo, por ahora.

— Te esperaba —dice él, y me tiende su mano jodida, arrugada, negra.

— No ‘mextraña — digo, juntando sílabas, ahorrando aliento.

— Me dijeron unos niños que venías.

— No me extraña —repito, separando ahora lo que digo, pues parece que no me ha oído, o que no me ha entendido.

Saco las llaves de mi bolsillo, y me encamino hacia mi hogar. Y mi hogar es otro, mi hogar es el hogar de otro que se ha ido hace tres meses, uno que ya no regresará nunca, uno que está atrapado en mi cuerpo pero que es a la vez uno distante, uno inacabado, uno relativo. Esta es la casa de mi sombra; esa sombra que hasta ayer era yo mismo. Meto la llave en el lugar indicado, permitiéndole que por un segundo marque la disyuntiva. Mi vida, ay, tan llena de ellas.

— Estoy feliz de verte, viejo —le digo a Pancho, dándome la vuelta para encararlo —; y lo digo en serio.

Pancho escupe, aventando un gargajo negro y apestoso a marihuana —me he agachado para ver a qué huele. Luego sonríe, y se escarba los dientes con la uña,

provocando sonidos increíblemente fuertes que se estrellan contra el sol y su acogedora cercanía.

— Ella ha preguntado por ti —dice, y comienza a caminar, alejándose de mí y adentrándose en esas calles carentes de destino—. Yo también estoy contento de no verte.

Eso era todo lo que quería saber. Ella ha preguntado.

Es como si mi vocación fuera cosa de mil años, cosa de quince años que, guardados en mi corazón que todo lo recrea, que todo lo multiplica, se hubieran convertido en mil; cosa de vampiros. Pero estoy lejos de ser o parecer un vampiro, estoy lejos de asistir a toda esa perfección y toda esa vileza. Porque yo, tan pequeño y tan imperfecto, sólo puedo aspirar al universo a través de palabras, a través de esta materia que se antoja tan escurridiza, tan fecal, tan pequeña. Mis instrumentos son pequeños, como yo. Aspiro al universo a través de frases que, en la mayoría de los casos, no dicen nada, no significan nada. Me he acostumbrado a conjugar las acciones de mi vida a través de verbos erráticos, a través de silencios y omisiones. He dicho, aquí, la mitad de lo que pretendía decir. Siempre sucede, porque las palabras nunca significan lo que dicen significar, porque las palabras sólo saben vagar en círculos, merodeando acechantes y desdeñosas los terrenos de lo veraz, de lo lúcido. Ya lo he dicho antes: el ser un hombre de palabras será siempre ínfimo, siempre una ofensa velada, disfrazada de elocuencia, para los demás; esos demás que creen creer en lo

que decimos. Ellos creen que tengo algo que decir, pero yo mismo no estoy seguro de ello. Llevo gritando mucho tiempo en una lengua que desconozco por completo. Miro los montones de papel que he producido —mi generación se ha distinguido por ser una estupenda productora de papel—, miro lo que decía hace dos, hace tres, hace seis años, y, básicamente, el mensaje no ha cambiado. El mensaje es mi dolor, y me pregunto si allá fuera hay alguien a quien pueda en verdad importarle. Lo dudo, porque a veces deja de importarme a mí mismo.

Los conductos del dolor son siempre distantes y siempre distintos de un hombre a otro; cuando el hombre se duele está alejado por completo de los otros hombres. Tal vez sea por eso que nos entretenemos inventando toda clase de monstruosidades. Para poblar los parajes de nuestro dolor. Nuestros monstruos son capaces de compartir nuestro dolor y nuestra frustración porque son la representación exacta de nosotros mismos. Ellos somos nosotros. El dolor se repite como eco de una nebulosa a otra, de una galaxia a otra; y las galaxias y las nebulosas se sonríen y pretenden reconocer en el dolor del otro el propio; pero es imposible, lo es porque el dolor es como el arma que inventamos según nuestras dimensiones, según las necesidades de nuestros brazos —suponiendo que sea un arma manejable con los brazos— y de nuestra fuerza; y cuando salimos al mundo dispuestos a matar a todos nuestros enemigos con esa arma, nos damos cuenta de que es imposible, porque el arma es sólo mortal para nosotros mismos. Con esa arma sólo podemos acabar con nuestra propia vida.

Algunas veces decido que eso es lo importante, que es eso lo que le da sentido a todas las absurdas búsquedas de mi absurda vida. Decido accionar esa arma contra mi carne y acabar de una vez por todas con todo el maldito asunto. Es demencial, sí, pero es reconfortante. Saber que hay, después de todo, alguien que está preocupado por nosotros: ese otro al que llamamos nosotros mismos. Porque somos la esencia de la esencia, somos quintaesenciales para nosotros mismos; somos nuestra propia muerte, y nuestra propia perdición. Es ese el mensaje; nunca he podido decir "hágase la luz", aunque podría decirlo: si lo dijera, descubriría que no sucede nada, que la puta luz no se crea, porque no le importa que sea yo quien se lo mande o, simplemente, porque ya está creada. Podría, naturalmente, crear un nuevo concepto para la grafía "LUZ" —e incluso podría ser aún más irreverente y podría crear uno nuevo para la idea—, y podría decir un día, parado en medio de una plaza pública sobre un cajón: ¡vengan todos, carajo, que voy a crear la luz!, y una vez que se hubiera juntado una muchedumbre respetable —no hay cosa peor que un creador sin público—, haría mi numerito, y se crearía de inmediato aquello que yo hubiera inventado como nueva significación para "LUZ", pero no serviría de nada, porque sería yo el único que entendería que eso nuevo que se ha creado es "LUZ", y los demás, al no entenderlo, me tildarían de loco. Con justa razón, debo agregar.

La locura de reinventarlo todo con el pretexto de la incomprensión y el aislamiento es la peor, la más vulgar, la más difundida y la más ofensiva, claro. Pero, ¿queda otro remedio para alguien que ha entendido la soledad? ¿Queda otro remedio

para un hombre acabado, como yo? ¿Acaso no estoy en mi derecho y, más aún, no tengo la obligación divina de crear un mundo para mí, cuando el mundo de los hombres me ha sido arrebatado por esta soledad mía, tan generosa y pródiga en despojos? Digo “alguien que ha entendido la soledad”. Pero no es cierto; ni siquiera eso. No entiendo un pepino de mi soledad, la entiendo como entiendo el piso bajo mis pies o el aire que respiro: la entiendo porque está ahí, porque la vivo cotidianamente, gran tragedia de una puta mercenaria, pero eso es todo. Es un conocimiento primitivo, empírico y ramplón. Empiezo a tener fe en mi soledad, y eso me convierte en un hombre infinitamente solo y afortunado. Y patético, claro.

He aceptado la responsabilidad. He aceptado el precio por cada una de la líneas que escribo y, más aún, por cada una de las palabras que pienso. Eso es difícil, ardua labor que consume las horas y los días, pero, como he dicho, lo he aceptado. Lo he aceptado porque, después de todo, me parece algo indudablemente justo. Yo, que he inventado un mundo para mí; yo, que he jugado el papel de un pequeño dios —joder— en el mundo que mis letras provocan; yo, que me he declarado demiurgo de todo aquello que atrapan mis ojos, no como sujetos u objetos creados por mí, sino como materia fiel y final para la construcción de mi mundo; yo, que he robado tesoros sin tocarlos con las manos, que he robado sinfonías sin escucharlas; yo, oh, estoy cautivo en lo que creo. En lo que creo como creencia y en lo que creo como creación.

Y eso que creo, hoy y aquí, ha comenzado a juzgarme.

Y, ¿quién soy yo para emitir un juicio?

Después de todo, soy sólo un creador imperfecto.

Ixtab.

Ixtab, por vez primera, y única, cabecera de cartel, cabecera de párrafo y delirio, letra capital en la cercanía del final; del suyo.

¿Quién es, o quién fue Ixtab? No lo sé, y lo digo por si por ahí alguien tiene la misma pregunta.

Empero, Ixtab se levanta, alejándose de la enfermiza cercanía de la banqueta. ¿Cuantos ayeres suyos, cuántos ayeres de gente que ella ama encierra la banqueta, esa en especial? Muchos y ninguno, porque ahora la calle, la banqueta y su propia vida han dejado de significar lo que hasta ayer.

Es que el mito ha entrado subrepticio en su vida. Se odia por haberlo dejado entrar, se odia por haber pensado en ello aunque sea un segundo, en algún momento de su, ahora, desangrada vida.

Le duele el cuello y le duelen los senos. Aquel abrazo, ese que para ella ocurrió hace mil años y para nosotros apenas hace unos minutos, fue como el de una máqui-

na de tortura, como el de un ejército de aplanadoras empecinadas en destrozar su cuerpo diminuto. Su dolor se rehace a cada intento por moverse; y sin embargo se mueve. Chiquilla obstinada, heroica, llega hasta la verja de su casa, apenas a unos pasos de distancia. Cada paso es como si su cuerpo corriera kilómetros infinitos. Empuja la pesada y metálica puerta, y va a dar un paso cuando cae sobre su frente una pequeña gota que anuncia una lluvia inminente. Eleva la mirada, en busca de alguna nube que en el cielo oscuro corrobore su pronóstico. Lo que ve le hace gritar, pero el grito se ahoga en la garganta hinchada cuando una nueva gota da en el centro de su lengua.

El cuerpo de la chica que el escritor le regaló —porque el escritor se la regaló, ¿no?; se la regaló como si fuera una vieja muñeca ajada y huérfana— está colgado del barrote más largo de la verja, como una tira de malvaviscos listos para entrar a la fogata. Las gotas no son lluvia, sino sangre. Ella mira el cuerpo, mientras la gota se mezcla con su saliva y se disuelve. Ixtab alarga su mano llena de anillos falsos en su pretensión de oro, belleza o antigüedad, y toca uno de los pies descalzos. Comienza a estar frío, y la piel comienza a ceder ante la dejadez de la muerte. Ixtab mira el rostro, atravesado por aquella larga lanza, demacrado y liso, con reminiscencias del color moreno que lo adornaba cuando estaba vivo, y la recuerda llorando, y la recuerda mirando sorprendida a los demonios que se acercaban, y la recuerda gritando, y la recuerda muriendo a su lado. El pie muerto y frío, ahora, subraya eso. Ese infierno inaudito. El pie muerto y la sangre que le cae en el rostro son ahora el claro

aviso de que todo es verdad.

Ixtab ríe, y el dolor en su cuello ríe con ella, expandiéndose como una bandera agitada por el viento. La bandera llama a los ejércitos. Ixtab suelta el pie de la otra y voltea dificultosamente hacia la calle, tratando de ver entre las sombras si alguien está mirando aquel desafortunado cuadro de morgue. No hay nadie en la calle; no hay testigos. Ixtab entonces se cuelga de la reja, elevándose, y se abrasa al cadáver, intentando desprenderlo de su sostén demoníaco. Es inútil. Cae sobre el césped del patio, y los huesos se revelan, gritando un dolor que pareciera durar para siempre; son apenas unos segundos. Ixtab mira ahora a la chica, desde este nuevo emplazamiento. Puede ver claramente cómo se desgarra el pantalón justo en el punto de entrada de la barra, cómo ésta desgarra la piel del ano al abrirse paso, cómo la sangre escasa describe diseños increíbles sobre el pantalón de mezclilla hasta llegar al límite y desprenderse en gotas rumbo al suelo. Es horrible, fascinantemente horrible.

Ixtab repite su operación, dolorosísima, y se pone de pie. Da la espalda al cadáver, y siente el frío recorriéndola, como si ese dar la espalda fuera un pecado imperdonable, una falta de respeto inaudita. Hace acopio de fuerzas y avanza hasta la puerta de madera, la puerta de acceso. Acceso a su vida perdida y recobrada en este instante.

El olor de la mierda y la vejez y las medicinas de su abuela le ataca la nariz. Ahora es especialmente repulsivo; tal vez lo ha sido siempre, pero ella hoy, de tan jodida, lo amplifica con sus enturbiados sentidos hasta hacerlo insoportable. Avanza

hasta las escaleras, y asoma la cabeza por el cubo, en busca de algún resplandor de luz. No lo hay, y se hace evidente que su triste abuela duerme. Entonces ella desvía la mirada hacia la pared de la escalera. Y ahí está. Lo mira, por vez primera, con un cierto temor y respeto, extraños en su cuerpo acostumbrado a no creer en gran cosa. Los brazos abiertos le parecen por vez primera fuertes, y los ojos moribundos parecieran contener ahora poder y no sólo amargura, como ella aseguraba apenas hace unas horas. Es un Cristo crucificado de tamaño más que respetable, casi natural —e Ixtab se pregunta si Cristo fue alguna vez tamaño natural—, que adorna la escalera como si ésta fuera la entrada a un paraíso que ella sabe apestoso a medicina y a pedos y a sueño de vieja con nieta drogadicta. ¡Cuánta mierda esta noche! ¡Qué terriblemente asqueante es la vida esta noche!

Porque el amor hace a la gente parecida.

Ixtab desvía la mirada nuevamente, y comienza a ascender. Escucha sus pasos en el silencio, pasos silentes y apenas insinuados, pasos de serpiente que repta y no tiene pasos, y le ruega al Cristo —el primer ruego que le hace en su vida— que su abuela no se despierte. Cristo la mira, y ella siente un suave escozor en la espalda, algo parecido al ardor de una quemadura leve. Una vez en el segundo piso, Ixtab se asoma por la puerta entornada de su abuela: duerme con el sueño aparentemente fácil de un niño, dejando que una de sus piernas, la roñosa, le cuelgue desvergonzadamente por un lado de la cama. Su escupidera está repleta, rebosante de saliva y rastros de medicamentos y hedores de yerbajos, lo que indica que la triste e insomne

vieja tuvo algunas dificultades para conciliar el sueño. Ixtab sabe que tendrá que extremar precauciones. Sorpresivamente, en medio del fulgor vano de su dolor, lo encuentra divertido. Como si esta noche hubiera comenzado a ser cazadora, a jugar a las persecuciones.

Empuja levemente la puerta, esperando que los goznes no rechinen; son tan viejos y tan roñosos como la casa y como su abuela. Nada sucede. Ixtab penetra limpiamente en la alcoba y comienza a buscar con la mirada —todo se ve muy bien; parece como si la luna, la luna buena, quisiera iluminar sus pasos, bendiciéndolos con su fulgor de leche y blancura— los implementos que ha venido a requisar. Primero, toma del tocador desvencijado una pequeña botella de alcohol, que ella sabe que resguarda otro elemento, a estas alturas valiosísimo. Luego estira la mano y trata de tomar el pequeño crucifijo que cuelga en la pared, justo encima de su abuela. Lo hace con cuidado extremo, conteniendo la respiración; su cuerpo, de un momento a otro, se ha mostrado inusualmente flexible, y el Cristo está en su poder. La palma le arde un poco, y ella pasa la imagen de una mano a otra y se rasca con un dedo solitario. Luego, mete el crucifijo en la bolsa trasera de su pantalón y sonríe un poco por este triunfo elemental. Finalmente, la operación más difícil. Se desliza hasta el otro lado de la habitación, con el sigilo de un trampero furtivo; llega hasta el armario de la vieja y saca, con delicadeza infinita, uno de los cajones. Adentro, amarrados unos a otros por una tira de estambre rosa, están los abrecartas que su abuela coleccionaba cuando aún recibía cartas con las qué probarlos. Siempre criticó mordazmente esa

inclinación de su abuela —alguna vez le dijo que, en lugar de abrecartas, debía dedicarse a coleccionar cuchillos cebolleros; alguna otra vez ella se masturbó con uno o dos que tenían el mango redondo, como una profanación simplista o algo parecido—, pero ahora la bendice teatralmente. Escoge los que le parecen más afilados, más mortíferos, y los guarda bajo su pantalón, dejando que los filos acaricien los pelos de ese coño que los mangos conocen tan bien.

Baja las escaleras, dejando que ahora Cristo la vea todo lo que quiera. Quiere levantar los ojos y mirarlo nuevamente, pero no puede hacerlo. Sus ojos lo eluden como si no fuera más que sombras dibujadas contra un fondo de niebla. Como si no estuviera ahí y ni siquiera existiera.

Ella desea que esté, que exista, que alguna vez haya vestido los zapatos de hombre y haya tenido el condenado tamaño natural. Al dejar atrás las escaleras, no puede dejar de sentir que acaba de perder algo. Ixtab, sin embargo, acaba de establecer sus alianzas. Acaba de formar su ejército a través de deseos hasta ese momento nunca imaginados. La bandera llamaba a los ejércitos y los ejércitos ahora responden al llamado, aunque ella no lo sepa.

Al mirarse en el espejo, se sorprende al verse; parece inusualmente hermosa, inusualmente despierta y viva. Toca con dedos gráciles el oleaje embravecido de sus cabellos, y estos responden agitándose y cayendo con soltura sobre su rostro. Mira la sangre que mancha sus ropas y la mitad de su rostro, pero no le importa; no es hora de sutilezas. Se sonríe, y esos dientes que asoman parecen blanquísimos y perfecta-

mente delineados. Es una noche buena, después de todo.

Ixtab se toca los dos puntos en el cuello. Aún duelen. El dolor y el agravio están aún ahí, y le arden en la mente. Ríe al salir de la casa de su abuela, al pensar en esa creencia suya, ese supuesto del que partió al comprar una vida al escritor: el supuesto de que no tenía una propia. Piensa que tal vez sea mejor pedirle de vuelta su dinero al tipo. Hoy, tiene algo qué hacer, y tal vez ese algo defina para ella un destino. Eso que hará hoy le valdrá una vida, y le valdrá un lugar en el recuerdo de unos cuantos. Como las batallas valen en la vida del soldado; como la profanación vale en la vida de las vírgenes. Cuánto valor y cuánta valentía. Mucho más de lo que hasta ayer Ixtab se atrevía a imaginar.

Sus ojos se topan con el cadáver de la adicta abandonada en la entrada, y ella le sonríe. Ixtab, con esa sonrisa, está abriendo el capítulo final. El capítulo que tendrá su nombre inevitable.

Odio la literatura, viejo.

Odio la literatura, que abre ojos. Odio esas malditas páginas y páginas que hacen que la realidad parezca algo bello, incluso deseable, cuando a diario nos damos cuenta de lo horrible que es estar vivos, de lo horrible que es caminar y abrir los ojos y sonreír y subir a un camión y ver a las viejas que cargan las bolsas con los víveres y amar a las mujeres y los hombres y cagar y echar una meada y fornicar con bonitos cuerpos amargos de seres humanos amargados; odio que las palabras siempre evoquen imágenes tan grandiosas y luminosas de cosas tan indeseablemente pequeñas. Me cago en las cumbres borrascosas y en los ingeniosos hidalgos y las guerras y las paces y en el rojo y el negro. Me agrada abrir un libro y encontrarlo aburrido, ofensivamente aburrido, porque entonces puedo saber que ese libro está diciendo la verdad, que quien sea que haya escrito ese libro se ha percatado de lo infames que son nuestros movimientos, nuestras miserables vidas y nuestras aún más miserables muertes. Me gusta oír hablar a alguien de lo mal que le van las cosas, de

lo indescriptiblemente solo que se encuentra, de lo mucho que odia a las mujeres y lo mucho que desprecia a los hombres, de lo caro que es un colchonazo con una puta y lo cara que es una botella de alcohol adulterado. Es asombroso escuchar a un hombre que afirma haber matado a su esposa o a su secretaria, escuchar a una mujer que dice ser vampiro aunque sepas que los vampiros no existen, es maravilloso escuchar de sacerdotes que violan a los niños que se confiesan con ellos, o escuchar sobre gobernantes que les roban hasta el último suspiro a sus imbéciles gobernados. No es un elogio de la realidad; es la realidad misma, y nada más. El elogio se queda siempre postergado, y eso lo hace increíblemente elogioso.

Y sin embargo, la literatura… ¿Cómo puedes ver a una mujer en un camión sin desear matarla, cuando te han dicho que las mujeres en camiones son luminosas como el sol y que sus cabellos son la última llamarada argentina de la gracia divina, sobre todo si son rojos? Cualquier hombre con un mínimo de sensibilidad desearía apoderarse de ese resabio de universo, de esa magnificencia que los libros le han enseñado a ver. Ese es el oficio de las palabras: hacer de lo más chabacano lo único importante, lo único significativo. El amor, esa vulgaridad, ¿no resulta por demás entrañable cuando escucha uno decir a un hombre cabal y medianamente inteligente que es lo mejor que puede ocurrirle a un ser humano, que los días y las noches ya no son lo mismo luego de encontrar un prodigio semejante? Y te asomas al mundo, y las mujeres en camiones son bellas, sí, pero el cabello les huele a sebo y sus perfumes se esfuman muy rápido, sus dientes son chuecos y sus tetas son por lo general

disparejas y tienen mal aliento y nalgas caídas. Abren la boca y escupen su ignorancia y te prometen la eternidad cuando sólo les quedan segundos qué otorgarte. Te topas con el amor y ocurre otro tanto; su impulso es majadero y doloroso, pero con un dolor tan íntegramente ajeno a tu naturaleza humana que, sin duda, lo encuentras humillante y facilón.

Y sin embargo, ahí está; las mujeres en camiones existen, el amor —por improbable que parezca— existe; y, a través del filtro de las palabras de humanos cabales, te parecen parte inevitable de tu vida. ¿Cuántos sinsabores podría ahorrarse la humanidad si le diera menos crédito a las idioteces que encuentra en los libros, en el arte, cualquiera que este sea? Los niños leen acerca de borrachines iluminados en libros escritos por borrachines iluminados, y van y empinan la botella y resulta que su parca iluminación se reduce a vómitos y peleas estúpidas y no pueden escribir ni media palabra y todo lo que se les ocurre hablar o escribir —si a la larga lo consiguen— o soñar o construir no es más que mierda pura y todos aquellos que nos topamos con ellos en las calles podemos tener la certeza de que no son más que borrachines vacíos, niños muertos de antemano en una botella de heroico tinto barato. No hay oportunidad para nadie en el ser un borrachín, ser un hombre enamorado o uno que encuentre a una chica en un camión. No hay oportunidad para nadie en un libro, viejo, en ninguno. Por eso escribo libros, porque no quiero que mi quehacer, cualquiera que éste sea, le de oportunidad a ningún pendejo. No se lo merecen.

Doc echa un breve vistazo por los grandes ventanales de su oficina. Luego

apaga la luz indirecta —¡finalmente!— y voltea a verme, visiblemente aburrido. Tenía qué ser. Abre los labios como para decir algo, pero no dice ni pío; la puerta se abre y deja pasar a esta bella enfermera, que trae un poco de café para alumbrar nuestras ideas —bonito juego de palabras: *café para alumbrar nuestras ideas*; qué vulgar—; sus nalgas se aprietan contra la larga bata que la cubre, pero no importa: son inevitablemente visibles en su promesa de carne firme, de la que ya no hay mucha; se dibujan casi agresivamente. Pienso debería clavarte al piso con esta cosa que traigo entre las piernas, cabrona, y no lo digo porque te desprecie o porque crea que eres una mujer prescindible y que vales menos que yo, no; lo digo porque te haría ver el jodido infinito con mi verga de escritor, esa que presume de impotencias, te pondría a chupármela sólo para que creyeras que Dios existe, que el ser eterno es posible, y porque estás extraordinariamente bella con tu vestido blanco y tus zapatos blancos y medias blancas y te mereces la mejor de las fornicadas, porque tienes el derecho divino de joder conmigo o con cualquier otro en cualquier lugar y en cualquier momento, porque todos lo tenemos aunque los obispos jodedores de mujeres en palacios digan que no, porque nuestros amores virginales deben arder hasta consumirse como luces fatuas, hasta iluminar nuestros aburridos caminos de seres humanos; pero, sobre todo, porque jamás escribiría nada acerca de nuestra jodienda interminable, porque jamás le daría a la pinche literatura el privilegio de contar en sus páginas y páginas con la relación de nuestros esfuerzos. Esa debería ser razón suficiente.

Pero la enfermera se da la vuelta, me sonríe forzado y sale de la oficina. Doc y yo bebemos café, ya se sabe, para alumbrar nuestras ideas.

Creo que escribiré sobre ella, después de todo. Odio la pinche literatura.

El sol es la eternidad, que se digna visitarnos día tras día para alumbrar nuestros senderos bifurcados. Podría ser incluso bello, si no fuera un recordatorio del paso del tiempo, el memorándum de la eternidad que viene a decirnos que la eternidad no es para nosotros. Los puristas ya estarán lanzando la observación: repitió tres veces eternidad en el mismo párrafo (cuatro, con la de la presente oración). No soy purista, pero hoy, queridos y antipáticos puristas (tres veces purista, con la de la presente oración), tendré que darles la razón… estoy perdiendo mi perspicacia, si es que alguna vez la tuve.

Pero, si me permiten disculparme, tengo lo siguiente a mi favor: estoy perdiéndola por gusto, conscientemente. Resulta que ayer, luego de mi cena de pescado frío en la mesa y pescado caliente en la cama, con Luna, me puse a pensar —¡ah, ejercicio infame de neuronas!— en el tiempo; lo cual, sin lugar a dudas, representa una imperdonable pérdida de tiempo en relación con mi vida y la vida de ustedes, pero, en el caso de mi amor, es sólo uno más de los deleites permitidos. Resulta que en mi inevitable ejercicio nocturno en busca de cosas por escribir me

inevitable ejercicio nocturno en busca de cosas por escribir me tope con una relación de ideas bastante pueril y, por lo tanto, muy interesante en términos literarios. ¿Cómo relacionar el tiempo con las palabras? ¿De qué manera, y bajo qué pretextos, puede el tiempo afectar el quehacer, la existencia, de las palabras? No pienso, no pensaba, en el tiempo en relación con el escritor, porque en ese caso la relación es la misma, esa mortífera, que el tiempo tiene con todos los humanos. Tampoco pensaba en la relación del tiempo con la temporalidad de las palabras, porque esa es un mero pragmatismo lingüístico, de lo más sobado; para eso existen las palabras conjugables y los tiempos a conjugar. Lo que me ocupaba era, sí, algo pragmático —no en el sentido de práctico, porque mi razonamiento es más bien inútil, sino en el sentido de verificable en la acción—, algo inocuo pero sin duda razonablemente atrayente. La cuestión es esta: ¿cuántas veces puede repetirse una palabra sin que pierda el sentido? ¿Cuánto tiempo le toma a una palabra perder el significado —que es, en realidad, lo único que tiene una palabra? O, mejor aún, ¿cuánto tiempo puede una palabra conservar su sentido?

Pongámoslo así: en el siglo quince, en Francia, Villon escribe un poema, el Testamento, por ejemplo, en el cual injuria deliciosamente a todos sus enemigos, e incluso a sus amigos. El poeta tiene una vida detrás, y es esa vida la que da significación a sus palabras. Estas injurias, estas manifestaciones festivas de su desgracia, de la desgracia que otros le provocan, tienen un sentido práctico en el momento de ser escritas; tienen un objetivo claro, el de incomodar a sus protagonistas. El poema

llega a manos de los involucrados y les provoca una reacción: reirán a carcajadas, celebrando el talento y el mal humor del escritor, o se encabronarán y condenarán a muerte al atrevido. Sin duda alguna, las palabras cumplen su función: ofenden, corroen o divierten, y, al hacerlo, liberan al escritor a través de sensaciones que sólo a él le pertenecen, por ser él el único que las provoca o que las prefigura. Hasta ahí, muy bien; las palabras han cobrado dimensión, se hacen de carne y hueso. Llegamos a nuestro momento, siglo veinte que finaliza trágicamente; un día tomamos un volumen antológico de Villon, lo llevamos con nosotros al cagadero —quien no haya leído en el cagadero no sabe lo que es leer—, y nos hacemos testigos, no de los hechos ni de las injurias ni de los injuriados ni de las penurias infames del poeta, sino, única y trágicamente, de las palabras. ¿Significan algo, ahora, esas palabras? ¿Cambian algo, conmueven a alguien? Oh, podríamos decir que sí; su belleza, su construcción artesanal, su oficio, todo eso son factores que mantienen la poesía vigente a pesar del tiempo. Pero cabría preguntarnos si es ese finalmente el objetivo, si es lo que el poeta quiso que sucediera. Probablemente no, me atrevo a pensar. Villon tomó pluma y papel y escribió para ofender, para escarnecer, para herir… noble objetivo de las palabras, noble profesión de los poetas malandrines. Pero pasa el tiempo, el sol cumple sus ciclos de eternidad —venimos a enterarnos hasta ahora de que el sol no es más que una estrella y de que, después de todo, es finito—, los días van tragándose a los enemigos del poeta y al poeta mismo, a las diatribas y a los hechos que provocaron las diatribas. Villon, entonces, y todos los poetas en el tiempo —

¡no, maldita sea!; corrijo: todas sus palabras en el tiempo—, pasan a no ser más que instrumentos devaluados para nuestro vulgar entretenimiento, para nuestra vulgar búsqueda de goce estético. Goce estático. Goce de palabras que hace mucho han muerto. Divertimento de sepultureros, creo.

Pienso que, después de todo, no es casual que la raíz de sentido y de sentimiento sea la misma, o tan parecida —ahora me arrepiento de no haber aprovechado mis clases de etimologías—; y no me cabe duda: no hay más significado que el que deja signos, rastros de su paso, heridas a flor de piel y de palabra.

Pero el problema no se reduce a eso. Es una cuestión de sanidad mental; de salud mental, quiero decir. Toda nuestra maquinaria de coherencia está cimentada en el *sentido*. *Mesa* significa una imagen mental establecida en nuestra mente comunal, una imagen aceptada por todos, una prefiguración, otra vez, y, más aún, una figuración inoculada en nuestra mente entrenada; y cuando alguien por ahí desafía ese concepto entonces se le aliena y se le condena al ostracismo de los orates. Bien. Pero el orate, como quiera que sea, le otorga un significado a *mesa*. Una imagen mental. Pero, ¿qué ocurre cuando no hay imágenes mentales, cuando no hay más que vacío? ¿Qué pasaría si alguien lograra una carencia total de ideas, de conceptos?

Recuerdo cierta tarde, con cierta chica; estábamos sentados en una jardinera frente a un banco, un banco de dinero, claro —gran sitio para escarceos y romances de niños—; platicábamos de ciertas nimiedades relacionadas con el amor y la diversión, cosas de chicos que disfrutan acostándose juntos. De pronto, por no sé qué ju-

garretas de mi lengua, no pude dejar de repetir la palabra *idea*. Idea, idea, idea, idea, idea, idea, idea; miles de veces. Mi enamorada de cabellos negros me miró desconcertada, y me preguntó qué cojones me ocurría. Idea, idea, idea, idea. De pronto, ella continuó, uniéndose a mi delirio: idea, idea, idea, idea, idea, idea, idea, idea. El sonido, la palabra, incluso la grafía, ya no eran nada después de algunos minutos; meras articulaciones mentales, meras expulsiones de voz. *Idea* ya no encerraba ninguna idea. Minutos, en serio, o fracciones de minutos, y la palabra carecía por completo de sentido. En ese momento me pareció divertido; una vez terminado nuestro ejercicio nihilista, ella y yo reímos a carcajadas. Pero hoy, no lo sé… es tétrico.

¿Cuánto tiempo hace falta para que las palabras no sean nada? La palabra minutos, tiempo, lapso, ¿existen?, ¿significan algo? ¿Cuántas veces hace falta repetir una palabra en un párrafo para que el párrafo pierda coherencia?

No lo sé. Tú que miras, tal vez, tendrás curiosidad suficiente y volverás a los párrafos anteriores para averiguarlo.

Yo no. He perdido mi perspicacia.

Vivir en hoteles no es gran problema; no en un hotel en el que las paredes suenan como si fueran de papel. No es que lo sean, de ningún modo. Resulta que cuando las tocas, cuando intentas percibir esa materia volátil con las manos, esa de la que supones están hechas, te topas con que son monolíticas, realmente gruesas, como de piedra antigua e inconmovible. Luna hace cuentas, o algo parecido. Intenta calcular el tiempo encerrado, aprisionado, en aquellos muros… y es mucho. Se adivina tiempo en las paredes, en los recovecos saturados de salientes churriguerescas, en las puertas altas, en los huecos de esas puertas, en el piso frío de un rojo desgastado por pasos infinitos, en la humedad que corona el techo. Tiempo. Y es ese tiempo, esa esencia de flores marchitas, lo que se comunica a través de las paredes, lo que se agita como el oleaje febril de un mar de roca y hastío. Oh, no son los gemidos de las parejas adolescentes, ni es el llanto del hombre alcohólico al que ayer corrieron del trabajo y de su vida, no es el aliento pútrido de la pequeña mujer morena que tiende las camas. No; es sólo tiempo, tiempo acumulado que aterrorizaría a cualquiera. Pe-

ro no a ellos, claro. A ellos el tiempo les es indiferente, como les es indiferente el mundo entero. O casi.

Luna aguza el oído y escucha. No hay nadie cerca. Todos los inquilinos, todos esos vecinos accidentales, están fuera; algunos volverán, algunos no. Luna nunca los ve; los escucha de vez en vez, cuando a alguno se le ocurre llegar temprano a dormir, antes de que caiga el sol, o cuando alguno se topa con una puta tempranera en una esquina y decide llevársela a su cuarto como substituto de un futuro. Los oye, los imagina a través de eso que le permiten escuchar sus acciones; y así Luna espera a que llegue su momento. A veces esos sonidos le invitan a levantar el telón de cartón con el que ella y los otros se cubren —ni pensar en ataúdes; eso es sólo literatura—, le invitan a mirar y a salir y conocerlos; pero ella es inteligente, se cree inteligente, y evita sucumbir a ese deseo. Ese deseo que, sin duda, acabaría con ella.

Luna siempre se adelanta. Tal vez sea una reminiscencia de su pasado humano, el recuerdo de lo mucho que le gustaba, cuando joven y cuando humana, levantarse antes que todos y mirar cómo el sueño les invadía el rostro y lo anegaba de estupidez. ¡Qué feo podía ser el más guapo, qué tarado el de rostro más avispado! ¡Cómo se escurría la saliva, cómo se hinchaba la piel, cómo se volvía dejadez la tensión hermosa! Intenta imaginar esas virtudes soporíferas en su propio cuerpo, en su rostro, en ella que en este instante se despierta; pero no puede. Siempre es lo mismo: esta rigidez en cada poro de su piel, esta dureza de sus músculos, este cansancio eterno. Y el hambre, los instintos exaltados. El talento alerta. Ella respira profundo,

el olor del cartón penetra en su nariz como una saeta de pestilencia; alcanza a percibir un poco de frío en el aire, el sutil cambio de temperatura, el silencio de la aves… ya falta poco.

Por encima de la ropa se toquetea los senos, el pubis, el vientre liso y musculoso, las nalgas durísimas. Pareciera que es el cuerpo de siempre, pero ella sabe que no es así. Es el cuerpo de ayer, el de hace veinte, veinticinco años; nunca el suyo. Sabe que el cuerpo de los hombres se hace real y propio porque atestigua el paso del tiempo, porque tiene huellas y es testigo, más que testigo, fiscal y defensor; ella siempre se ríe de las pobres estúpidas mujeres y estúpidos hombres que reniegan de sus arrugas delatoras de años, se ríe porque sabe que un cuerpo sin mácula es un cuerpo sin dueño, sin duelo, sin nadie dentro. Un cascarón irrompible, tal vez, pero sólo un cascarón.

Recuerda lo orgullosa que se sentía de ese cuerpo cuando estaba viva. Era sana, drogadicta pero sana; comía bastante bien y tenía la ventaja de una delgadez nata, de un porte altivo y femenino hasta la saciedad desde la cuna. Cosas de la herencia. Sus padres eran dos tipos bastante guapos, así que ella tenía varios kilómetros recorridos de antemano. Los hombres la miraban, en especial los hombres que a ella le gustaban. Esos de alientos tórridos y cabellos largos; rocanroleros de mala cepa, lo suficientemente inteligentes para ser medianamente libres, y lo suficientemente estúpidos como para no ser peligrosos. No sabía que le gustaban los hombres peligrosos sino hasta que se topó con Sebastián. ¡Qué hombre tan hermoso! Inteligencia

sublime, voz pausada y profunda, ojos abismales; lo suficiente para ponerla bien caliente. Y qué peligroso resultó, después de todo. Indeseablemente peligroso.

Pero, ¿qué deseo no es peligroso?, se dice ella después de unos segundos. ¿No es precisamente el aviso del peligro lo que hace más apetecible ese algo que deseamos? ¿No será que deseamos más aquello que tenga más posibilidades de resultar mal? Deseamos nuestro fracaso, tal vez. Lo deseamos para después poder ir por el mundo diciendo *lo intenté*. Como si eso resolviera algo.

Luna se estira un poco debajo del cobijo de cartón. Vaya una eternidad en la que tienes que dormir como indigente. Una a una van despertando sus células muertas, animándose a recibir otra noche de vida fingida. Y, en el último de esos estirones de angustia, siente junto a la suya la mano de Sebastián. Intenta mover la cabeza para verla, pero lo estrecho del lecho improvisado se lo impide. Así que tiene que recurrir al tacto, y a través de éste ve la piel, tan frágil en su visión cetrina y tan fuerte, indestructible, en su impresión de tiempo.

La toca, y es como tocar una de esas paredes en el hotel. Es como tocar el tiempo; un tiempo que cree respirar y que cree vivir.

Lo que Luna no sabe, lo que está lejos de sospechar, es que a esa mano está a punto de acabársele el tiempo.

Hay traficantes en las avenidas. A veces vienen a ti con la promesa del escape, la promesa de un sitio nuevo donde morir. A veces vienen y te ofrecen un Dios al que adorar, al que ver morir en una cruz y al que imaginar sacrificado e interesado por nosotros. A veces sólo vienen y te ofrecen su compañía, pequeñas historias referidas en palabras murmuradas, canciones de amor, canciones de cuna, canciones de luna. En ocasiones son fantasías, monstruosidades, aberraciones, demonios o tiranos lo que venden. Aún los hay que no te venden nada, que trafican con nada, que te ofrecen nada a diestra y siniestra, en canales de televisión, programas de radio, salas de cine, museos, pagodas, templos de cualquier ámbito imaginable, palacios; y esa nada es envuelta en pedazos de papel luminoso, y te los llevas ilusionado a tu casa y llegas y los abres, esperando la verdad o la virtud; pero lo que encuentras es nada, esa nada tan abundante y generosa… entonces crees que la virtud y la verdad son eso, eso que te envolvieron: nada.

Doc carraspea; me recuerda a la chica en el camión. En un momento se me

ocurre matarlo también, pero no hay manera. Eso ni pensarlo; Doc es la garantía de que yo siga en contacto con el mundo, al menos por un tiempo; el tiempo que me tome volver a ser humano o dejarlo de ser definitivamente. Además Doc da papeles muy útiles, papeles con su nombre que me permiten comprar droga sin tener que acudir a Pancho el ciego o al flaco o a cualquier otro traficante, papeles que le dicen al mundo que soy un drogadicto con la bendición papal y la venia de mis padres y hermanos y amigos y enemigos y maestros y discípulos y jueces y policías. Papeles muy útiles, ciertamente. ¿Crees en la verdad? ¿Todavía lo cuestionas?

Claro que creo en la verdad. La verdad de la muerte y las guerras es indiscutiblemente absoluta, tangible. La verdad de Dios es amarga y la de Satán es líquida, húmeda, casi siempre dulce. Ayer vino a mí un traficante y me vendió una mujer —no me la cambió por clozapinas; eso fue otro asunto—; la mujer y yo nos fuimos a casa y pusimos un poco de música y bailamos de los más contentos, hasta que comenzamos a sudar; luego bebimos algo y nos sonreímos —ella parecía estar muy bien entrenada, hay que reconocerlo— y tomamos nuestras manos y seguimos sonriendo durante un rato. Hablamos de cosas. Reconocimos algunos pecados e inventamos otros. Pasado un rato ya estábamos besándonos, hablando de casarnos en catedral con un obispo gordo que nos diera la bendición para poder acostarnos con algo de decencia, hablando de una casa donde viviríamos juntos, con un patio para que los niños —iba a haber niños y toda la cosa— pudieran correr y pastar a su antojo, con un perro ovejero que guiara a nuestro niños de regreso al hogar y los encerra-

ra en sus jaulas, con un televisor para apuñalar las horas de ocio y una radio para oír consejos buenos de hombres aún más buenos. Nuestra vida juntos parecía vislumbrarse como muy sana y perfecta y decidí que había sido todo un logro conseguirla tan barata, un buen trato con el traficante, un trato que me llevaría a la plenitud de macho que mis padres y mis maestros —y en general todos aquellos que aprueban mi drogadicción cuando va acompañada de los papeles utilísimos que tú me das, viejo—, todo el mundo, desea tan de buena fe para mí. Tomé su rostro entre mis manos, mis manos que eran todas ternura, besé su frente y sus ojos, y entonces dejé que mi alma se abriera para decir algo cierto, una verdad, algo inconmovible que le pudiera expresar a ella lo mucho que me gustaba estar ahí, junto a ella, y tener un futuro ahí, junto a ella.

Y entonces la cagué, cuando dije la verdad. Dije: “Te deseo más que a ti”. Eso era lo que mi espíritu drogado le quería decir, la frase que encerraba toda mi esperanza. Huelga decir que estalló en carcajadas, la muy zorra. Sus carcajadas estentóreas dejaban salir de vez en cuando pequeños qué rayos dijiste sinceramente sorprendidos. Se revolcaba en mi piso, agarrándose el plano y prometedor estómago de mujerzuela entrenada, y sus tetas, destinadas a amamantar a nuestros niños, danzaban con violencia, riéndose de mí. Me alejé de ella, me senté en algún lugar por ahí y la miré por si se le pasaba. Pero no, siguió riendo durante toda la tarde. Finalmente la tomé de los cabellos y la arrastré hasta la puerta, abrí y la arrojé a la banqueta. Después de todo no había sido una buena cosa pagar por su estólida presencia y lle-

varla a casa y dejarla escuchar mi verdad. Porque mi verdad era esa y no otra. Realmente la deseaba más que a ella. Realmente ella no significaba nada y lo significaba todo, cualquier esperanza, cualquier promesa con posibilidades de ser cumplida, ella lo era todo y sin embargo podía ser ella o cualquiera, porque aún hay traficantes de mujeres en alguna parte, un buen padre que quiera venderme a su insípida hija, aún puedo conseguir dinero para comprar las mujeres que hagan falta, los niños que hagan falta, casas y matrimonios y obispos gordos; cualquier cosa con tal de ser un buen chico. Y sin embargo esa verdad, ese reconocer que le deseaba más que a ella misma, me hizo comprender que, en realidad, nunca he deseado nada; mucho menos algo como eso: ser una jodida buena persona, casa carro esposa hijos títulos sueldo oficina de nueve a seis. No me interesa absolutamente nada lo que los demás deseen para mí; aunque sea la muerte. Aunque sea el cielo. Aunque sea la verdad.

Alguien debería aprender a traficar con la verdad, viejo.

El placer es anónimo. Lo es porque el placer es universal, en el sentido de despersonalización, de alejamiento de las protecciones; de rendimiento, derrota, del temor íntimo. En el placer no somos individuos; somos parte de la gran burla comunal en contra de Dios. Y Dios se ríe con nosotros, porque es un vulgar cachondo.

Hace falta ser cachondo, sórdidamente cachondo, para crear una cosa como esto que creó.

Pero, cuando el placer tiene nombre, cuando personificamos nuestro placer, ya no como un accidente en nuestra vida sino como una entidad que habla, come, caga, se embriaga junto a nosotros y nos sonríe, cuando el placer es una persona, ese alguien tangible que anhelamos —que nos enseñan a anhelar—, entonces el placer se acaba. Se acaba como juego, como carrera de imaginerías e imaginaciones; se acaba como promesa, que es lo único que puede ser el placer. Y entonces se llama amor. Amor es un placer comprometido, es la cachondería compartida, justificada en el otro. El placer con objetivo es una mierda, y el amor, por tanto, lo es también. Ma-

temáticas del cosmos.

Inventamos el amor como un pretexto para no morir en soledad; resulta que nos hemos convencido de que, si no tienes una mano que te tenga bien asido a la hora de exhalar el último aliento, entonces no supiste ser un buen hombre. He escuchado a varios estúpidos decir cosas en ese sentido. Se dan golpes de pecho y dicen que esa mano tienes que merecértela, ganártela a golpe de látigo en la calle, en jodidos hoteles de tercera o en jodidas casas de clase media. Esa mano puede ser tu puta madre o tu puta esposa o tu puta hija, o viceversa, si quien muere es una mujer. Así, con testigos, mueres con cierta carga de dignidad. Y, si no te hiciste en vida de ese lastre, entonces nadie llorará al pie de tu pendeja tumba. Bueno; ¿qué significará, entonces, cuando un perro se cuela al cementerio y se avienta una cagada en tu tumba? Quién sabe. Puede ser que ese perro sea un doliente que va a llorarte por el ojo de culo, o puede ser que no sea más que un hereje que va a burlarse de ti con esa profanación sombría.

La soledad no tiende a ser una justificación para nada. Simplemente existe en diversos niveles, adornándose con todos los rostros posibles; es muy cercana a esa idea que los creyentes tienen de la divinidad: ese algo, alguien, que está siempre presente, siempre interviniendo, siempre observándonos, acechante. Así la soledad. Todos los actos humanos, el amor, la muerte, el nacimiento, el triunfo o el fracaso, todas las acciones y reacciones, tienden, inevitablemente, a ser una justificación para algo o a justificarse en sí mismas. No la soledad. He aquí un acto de pureza extrema;

tanto que muchos no acertamos a verlo como una acción. Pero, ¿si el amor lo es, si el amor es el resultado de una lucha de fuero interno y externo, si el amor es fragua de sí mismo, porqué no habría de serlo la soledad? Si el amor es un acto, ¿porqué la soledad habría de ser un *estado*? ¿Porque nadie la desea? ¿Porque es inevitable, como yo mismo he dicho antes? Bien, entonces me corrijo y digo: la soledad es un acto inevitable. Porque estamos solos, carajo, solos en la divina existencia y solos en la divina clemencia y solos en la divina inclemencia, solos como dioses de salón de belleza, amortajados desde que somos apenas promesa, amortajados y listos para la tumba desde que nacemos, y tanto da si tienes una o cien manos contigo cuando mueres, o ninguna, porque mueres solo; mueres solo porque tú eres tu soledad, y tú te has construido.

En la soledad te das cuenta de lo mucho que aborreces a los hombres; te das cuenta de que sus maneras te ofenden, de que sus alientos son todos apestosos y ofensivos; te das cuenta de que sus voces son como ruidos infernales de animales que nada dicen, que todo lo tergiversan, que todo lo reinventan según sus propias ignorancias; te das cuenta de que la cópula no es más que dos estúpidos cuerpos estorbándose en sus egoístas carreras rumbo al placer; te das cuenta de que la belleza es sólo un invento de mercaderes, de que la verdadera belleza eres tú y tu egoísmo, y nada más. En la soledad miras lo terrible que es todo lo que te rodea.

Y lo mucho que lo echas de menos.

Tal vez por eso la soledad es tan dolorosa, y tal vez por eso los hombres solos

somos tan pesarosamente absurdos.

La afrenta, la gran afrenta que el universo comete contra el hombre, es la de no ser más que una metáfora, la de no ser más que una idea abstracta de imposible verificación. El universo no puede dejar de ser una mera idea, una mera palabra en el discurso del científico, en la arenga del predicador. La afrenta de la vida es que no es nada más que límites, hacia delante, hacia atrás; nacimiento y muerte que son fronteras de dos cosas que desconocemos, origen y destino que finalmente, durante la vida, durante su corto e infructuoso período, no significan sino la cuarta parte de una chingada. Y la gran afrenta del hombre es continuar después de todo. Aferrarse a algo que no entiende y que está muy lejos de preocuparse por entender.

La gran aportación del hombre al tinglado de ofensas es el desarrollo, aún no concluido, del concepto del amor. Esa idea en especial no hace más que justificar la estupidez del hombre, esa grandísima y prístina inventiva que ha desperdiciado en semejantes porquerías. Evidentemente, también, el concepto deja entrever, si no ver de plano, todo lo que el hombre tiene de caníbal, de primitivo, todavía; e, irónica-

mente, también, todo lo que tiene de moralista —en el sentido de aquel que busca, contra viento y marea, justificaciones para sus actos. Resulta que un buen día van estos dos hombres primeros y se acuestan, se acarician, se ayuntan, y sienten rico, claro, porque es rico. Un acto simple que no requeriría mayores contratiempos. Avanza la historia, avanza el hombre con sus sistemas y sus desatinos hechos regla, y siguen ayuntándose, fornicando, jodiendo, bastante bien, y siguen sintiendo rico. El método es básico al principio, meter, sacar, arriba y abajo. Después va nutriéndose de juegos e imaginería, va resultando algo más complicado que la mera cópula. Se descubre que la lengua sirve para algo más que para mentir, y que los dedos son sustituto suficiente y productivo de la otra cosa, que se puede acudir al puño o los bistecs; en fin, el hombre tiende a complicar las cosas en uno y otro sentido. Y, por cierto, ¿dónde andan los de ese *otro sentido*? Elucubrando en las sombras, furtivos como siempre. Llegando a la conclusión de que sentir rico no es del todo significativo. Así, en un principio, se desarrolla la idea de amor. Vientos. Avanza el hombre con un nuevo artilugio, un nuevo significante para su eterna búsqueda de significados. Se sigue sintiendo rico pero ahora se llama amor y es, ¿cómo decirlo?… más *humano*. El hombre ha comenzado a convencerse de que no es una bestia, y sólo dios sabe porqué, cuando se ha visto que los sistemas y ritos de las bestias son mil veces más reales y más hermosos que los nuestros. En fin. Así que el nuevo concepto suena mucho más rebuscado que *sentir rico*. Amor va avanzando con el hombre, lo toma de la mano y lo lleva rumbo al futuro; o, al menos, eso es lo que se espera.

Los del otro sentido, entonces, piensan que la cosa tiene que institucionalizarse —larga palabra para tan poca cosa—, porque el hombre no es nada sin el rito sistemático que, según cree, lo aleja de lo puramente instintivo y animal; el hombre no es nada sin lo verificable en palabras, lo verificable en contratos. El hombre nunca entendió —y ya es demasiado tarde— que la única verificación posible para todos los actos, para todas las cosas, no puede ser otra que su felicidad, su plenitud. Y así, llegamos al tinglado mierdoso del concepto actual de *vida en pareja*. Lo cual, déjenme decirlo, no merece ni media página; menos ahora.

Ahora que la afrenta se hace tangible en mi carne de oligarquías imaginarias, de tiranías y sensualidades, o tiranías sensuales, es cuando menos pienso en el amor. Cuando el amor es para mí menos sistemático y más irreal, más improbable. Porque mi piel es tan increíblemente real, tan sentida, en esta soledad que me gobierna, que lo demás, las justificaciones y la historia de las justificaciones, parecen movimientos de otro orden, un orden ajeno, como cuando uno ve a los monos gruñendo o gesticulando detrás de las rejas del zoo y uno no sabe qué rayos querrán decirse entre ellos o qué rayos querrán comunicarnos. Ya que no tengo otra cosa que piel y ojos, abro la piel y siento los ojos y los dejo que sean ellos quienes me dicten las visiones. Dejo que sean ellos quienes hablen en este discurso que es mi gran afrenta contra mí mismo y todos los otros ignorados.

Las pantaletas de Luna, tiradas a la mitad de mi habitación, a un lado de la cama destendida y apestosa a pedo y lagunas mentales, son como una autopista reco-

rrida de antemano que se sabe, sin embargo, inexplorada. Como cuando uno recorre por primera vez a pie una calle que sólo ha recorrido en auto y la encuentra desconocida, llena de detalles antes ni siquiera sospechados. Me pongo en cuatro patas sobre la alfombra y camino como un gato hacia ellas; parecen grandes y me pregunto cómo hacen para parecer tan exiguas cuando están depositadas contra sus caderas. Debe ser alguna clase de ilusión óptica, como esa que tiene uno en el desierto cuando tiene mucha sed. Uno ve agua, ineluctablemente, porque el agua es creada por el deseo. Uno ve a las mujeres muy buenas porque uno tiene hambre de mujeres buenas. Es increíble ver cuántos hombres voltean a ver a las mujeres en la calle, cuando pasan y hacen sus insípidas piruetas. Podría asegurarse con un margen de error mínimo que todos lo hacemos. La mujer puede resultar un verdadero esperpento o una verdadera amazona, pero no importa; nosotros volteamos. Supongo que a las mujeres les ocurrirá lo mismo. A los homosexuales otro tanto. Y mientras tomo las bragas y las llevo a mi nariz, intentando crear a Luna por medio del aliento de su sexo, pienso que, en realidad, el deseo es imperfecto. Lo es porque es incapaz de crear una imagen tangible de su objeto; sólo llega a representaciones que se desvanecen con la cercanía. Espejismos. ¿No sería en verdad maravilloso que pudiéramos crear cualquier cosa con sólo desearla? No sólo sería maravilloso, sino que la puta necesidad sería un cuento malo e inexistente. El hombre sería libre, porque no necesitaría más que imaginación para satisfacerse. Adiós a la pendeja envidia y toda esa clase de mezquindades. Deseo, sólo deseo.

— La más perfecta e infecta utopía, pendejo —me dice Luna, luego de crearse como el genio de la lámpara a través de los aromas de su pantaleta y los pelos de su coño ahí abandonados. Me toma de la mano, levantándome del piso, y me sienta en la cama. Mira sus bragas en mi mano y mueve la cabeza, en un gesto que se queda a media jornada entre el reproche y el asentimiento. Luego, soltándome, se va hasta mi grabadora y pone unos blues de Muddy Waters. A ella le gusta Waters, como a mí; y su piel, acostumbrada a toda suerte de mutaciones, al entrar en ese contacto incestuoso con el blues se dibuja con los suaves trazos de la tristeza negra. La música comienza a ser tangible y tangente, y el negrote canta con esa voz poderosísima que es todas las voces en el delta; la guitarra avienta flores al aire y las deja marchitarse, y ella va recogiéndolas lentamente con las manos invisibles de su baile, de ese deleite que es como el perfume de las flores de azahar con las que se pinta el cabello. Eso es bailar el blues, puta madre. Va moviéndose de un lado a otro, con la cadencia de mil serpientes enroscadas en un cuello, abalorios de suicida; sus piernas larguísimas se abren y se cierran, ocultando y mostrando las latitudes lejanas de un sexo aprisionado en su pantalón; un sexo que podría ser el suyo pero que también podría ser el de Muddy —¿la tendría bien larga, el buen Muddy?—; un sexo que podría ser ningún sexo, y todos a la vez. Ella se saca la playera y deja al descubierto su vientre poderoso, su vientre divino, en cuya base alcanzan a verse algunos vellos rubitos y promisorios, y revela sus pechos encerrados en encaje blanco. Oh, sí; cómo me gusta el pinche encaje blanco, sobre todo en ella: es como si no trajera nada, de

lo blanca que es su piel. Es como si la piel que cubre el músculo amoroso de sus tetas revelara inciertas huellas de defecto, imperfecciones que al ser de ella no supieran revelarse más que en arabescos de flores y arrogancia femenina. Su cabello rubio se estrella contra esa piel, esa carne de enfermedad extrema, como un mar de cerveza contra una playa de sal. Comienza a gemir, la muy zorra; su voz se alza una octava sobre su voz promedio, y su ombligo se anega por grandes gotas de sudor con tenues brillos anfetamínicos. Una rola termina, y ella me avienta la playera a la cara.

— ¿Te gusta así, cabrón?

Por toda respuesta quito la playera de mi rostro y meto la braga a mi boca, justo por la parte escabrosa, la que tiene sus vellos y los rastros de sus jugos y sus orines y el tesoro incalculable de su esencia. Extraigo de ahí todo lo que me es posible, explotándola, agotándola, y ella me sonríe. Más blues. Ella desabrocha rápidamente su sostén invisible y lo avienta de nueva cuenta hacia mí, que lo esquivo. Un grito sale de sus labios carmesí, una carcajada de guerra. Canta con desafino palabras que yo no alcanzo a entender. Abría que tener un corazón tan negro como el de ella, o como el de Muddy, para entender.

Me saco el pito y comienzo a masajearme, al tiempo que ella se toquetea los pechos, enardeciendo los pezones y arrancándoles marcas rojas, como sangre que respondiera solícita al llamado de un tornado. Consigo una erección bastante decorosa. Allá vamos. Luna comienza a azotar los pies contra el piso, brincando a medias; se me figura uno de esos danzantes que invocan, uno de esos brujos que conju-

ran. El cabello es lanzado adelante y atrás, como un látigo de oro y larga devoción. ¡Aggh!, grita cada vez que su cabeza regresa del viaje. Pum, pum, suenan sus pies, como tambores en la sierra. Luego, cuando la batería le propone un cambio de ritmo a algo más lento e hipnótico, ella se pasea por la habitación, meneándose, zafándose el pantalón y dejándolo caer hasta sus tobillos: una armadura vencida, la victoria de todas las lujurias. No tiene bragas, claro, porque las bragas las tengo yo entre los dientes. Los vellos, los vellos en su pubis, los que aún están ahí y no en mi boca, refulgen como estrellas caídas en medio de un prado de trigo ardiente. Una de sus piernas se precipita hacia delante y arroja el pantalón sobre mí. Ahora sí me atina, porque no hay manera de que uno se defienda con las manos ocupadas. Sin embargo logro deshacerme de la cosa sin ocupar nada más que la cabeza; una maniobra bastante depurada de escapista. Ahora Luna está desnuda, exceptuando las botas de minero, las calcetas blancas que asoman por ahí, y las pulseras en sus muñecas; las tres cosas que nunca, nunca en su puta vida, se quitará. Cosas de la estética posmoderna, creo.

— Méteme la lengua —me dice, y se empina un poco, dándome la espalda y dejándome ver a través de sus labios vaginales y de su ano esas dimensiones aterradoras que hay dentro. Hundo un poco la lengua, pero de pronto ciertas partes de su coño comienzan a zafarse y me las llevo a la boca. Sangre, una poca, con sabor cobrizo y terroso, entra a mi boca. Continúo; no es lo peor que me haya pasado con Luna. Voy deglutiendo las paredes regordetas, el clítoris, hasta que llego al hueso de

la cadera y no queda más que comer.

— Ahora chúpame el culo, cabrón.

Obedezco. Muddy Waters y su banda continúan destripando a alguien en medio de un bar, en la lejana Nueva Orleáns de los cincuenta.

Pronto ya no queda mucha Luna qué comer, y me asomo por la ventana, con las mejillas empapadas de sangre y el pene en medio de los dolores de una masturbación inconclusa, con los ojos ofendidos por un despertar que no alcanzo a recordar; y es el sol de media tarde quien me responde, saludándome a mí y saludando a mis sueños, sueños de caníbal que degusta el amor prometido. Saludando con alguna afrenta, con alguna justificación; pero, eso sí, saludando. Con regocijo abandonado.

Doc atraviesa la oficina y enciende de nueva cuenta la luz indirecta. Ahora parece algo estrictamente necesario: la luz afuera casi ha desaparecido, las nubes se ciernen sobre el atardecer condenándole prematuramente a ser pura noche y oscuridad fría, y en la oficina se está frío y rodeado de sombras enfermizas. Las manos me tiemblan a pesar de la taza de café, que aún conserva algo del líquido y algo de su calor y su promesa de alumbrar mis ideas. Está de sobra decir que el café aún no cumple su promesa; ni me quita el gélido humor ni me hace pensar con algo de propiedad. Las nubes, negras y silenciosas en lo alto, atoradas en el techo del edificio-jaula, parecen prometer otra cosa, también; todo en el mundo promete algo. Es un mundo prometedor, después de todo.

Cae una tenue cortina de llovizna sobre el ventanal de Doc; la luz indirecta danza con el vaivén de las gotas que se estrellan, extrañadas, en el vidrio. Por favor, pienso, esta tímida agua, este tímido brote de humedad, no cumple las promesas de las nubes. Tanta opacidad en el aire merecería una tormenta subrepticia, una heca-

tombe de agua que destruyera algo, que le hiciera daño a alguien. La gente abajo apresta sus paraguas y sobretodos, se enfunda en cualquier cosa que detenga el embiste de la miserable caída del cielo. Doc y yo miramos afuera, en silencio. Es algo romántico, de cierto modo, en el sentido más burdo de la palabra.

Hay otras promesas incumplidas, viejo. Sinceramente me importa un carajo si las nubes no pasan de esta mediocre llovizna; me importa un carajo si Dios no cumple su promesa de ahogarnos en un diluvio. De cualquier manera yo construí un arca y subí a mis animales abordo, con la esperanza de verme pronto a la deriva. Intenté ser libre, en serio. Le di rienda suelta a todas las mierdas que traía dentro, a toda la condenada estupidez que me construye. No he hecho nada de provecho en mi vida, absolutamente nada que pudiese considerarse provechoso para alguien, ya no digamos para mí. Dejé que mi mano me hiriese alguna vez, dejé que mi boca hiriese a muchos otros en incontables ocasiones. Le dije a todo el mundo que era un imbécil y ellos se solazaron en creerlo; y yo dejé también que siguieran creyéndolo, hasta dejé que de vez en cuando pudieran ver algo, un acto, una obra, una omisión, que se los corroborara. Permití que todo el mundo me traicionara, que todo el mundo se cagara en mí, que hablaran mal de mí a mis espaldas y peor aún en mi presencia, dejé que todos se burlaran de cualquier cosa que yo sea, porque creí que al menos en esa forma podría estar ciento por ciento seguro de que no soy uno de ellos. Ni de los buenos ni de los malos ni de los que son esclavos y tampoco de los que lo son pero creen que pueden no serlo. Dejé que el mundo, esa parte ínfima de mundo que me

toca y de la que soy responsable, me creyera condenado a la muerte inmediata por el hecho de no parecer nada. Y creí que eso me haría libre, al menos un poco menos cautivo de lo que yo creía que eran los otros. Opté por la pereza, las pastillas, tu oficina, el hospital, la navaja, el cuarto del que mi padre quiso correrme siempre y del que me fui sólo cuando quise hacerlo; opté por hacer las cosas mal para poder decirme a mí mismo que nunca he sido de los que las hacen bien. Y aquí estoy, congelado y vivo, un absurdo fornicador de la mujer vampiro, un absurdo creador de amores, porque he creado a Luna tanto como antes tuve que crear a Josefina y Natalia y Claudia y Andrea y la otra cabrona del nombre árabe, tuve que contribuir a la gran cosecha de caníbales, y ahora ellas se pasean con sus nalgas memorables —al menos puedo decir que las creé con cierto estilo— por el pobre espacio de los hombres, y se los desayunan y los abandonan y les prometen y toda la maldita cosa. He hecho cosas terribles, viejo, y las he hecho con elocuencia. Eso era lo que yo quería; a eso le llamé ser libre. No me siento culpable; me siento un tanto defraudado, eso es todo. Quería ser libre. Anhelaba todo eso que la libertad de los hombres promete: amor, derroche, placer, la inagotable verbena de la vida de la que se supone que los esclavos no pueden echar mano. No podía dejar de desearlo; lo único malo de desear ser algo más que un hombre es que tienes dos opciones: o nunca lograrlo, o convertirte en la sombra de un hombre. Ahora soy mitad sombra, mitad hombre. Me reconozco hombre en que todavía deseo; me sé sombra al darme cuenta de todo lo que no tengo.

Deseo explicarme, viejo. Cuando entré por esa puerta lo único que deseaba era explicarme para que luego tú me explicaras a mí. He esperado demasiado tiempo por respuestas; una pastilla es una respuesta apenas temporal, y pasado el tiempo esa breve respuesta se te olvida. A veces me encierras y entonces las respuestas se encie-rran conmigo, y las reconozco, como reconocí a la chica en el ascensor cuando venía hacia ti. Las respuestas del encierro son dolorosas, porque te miran a los ojos y sabes que tú también eres una respuesta para ellas. Cierras los ojos y miras dentro, bus-cando en ti esas palabras, esas medidas que en tu cuerpo le responden a los demás. Jamás lo hallas; tu respuesta está dentro de ti pero te es lejana, casi ajena. En ocasio-nes la vislumbras, brumosa, lejana, cuando te acuestan en la cama de las torturas y te vacían encima un litro de luz; entonces hay respuestas danzando a tu alrededor, pero tus manos están atadas y no puedes asir ninguna. Se alejan. Entonces me sacas al mundo y me dices: tienes tu oportunidad otra vez. Y voy e invento a Luna para que me ame, para que me responda, para que me haga hombre, aunque sea un poco. ¿Qué es lo mejor, ser un hombre que sueña o ser un inventor de sueños? Ya no sé qué es más digno, ya no sé si estoy divinamente condenado a ser libre o si sólo soy un esclavo, un hombre, como los demás. ¿A qué es a lo que vine aquí? ¿A qué he estado viniendo durante años y años? Tu nombre, viejo, y tu título, y los papeles utilísimos que me das, todo eso, parece únicamente destinado a justificar mi mente, a poner un nombre, un título, un papel, a lo único que no puedo evitar ser: yo mis-mo.

Cuando comencé a serlo creí en las promesas; creí en ser libre y todo el cuento. Creo que me equivoqué al escuchar las promesas. Estaba seguro de que el asunto iba a ser divertido, o trágico; creí que iba a agarrar a patadas a mis padres, a estrellar sus cabezas contra el piso, creí que iba a matar al papa, al presidente, a mis amigos, a las mujeres que creo y después amo. Creí que me ganaría un derecho; el derecho a recuperar lo que aún había en mí de bestia, de humano. Creí que, acabando esa parte, me apagaría para siempre, volaría en pedazos para luego ser olvidado. Creí que podría decirle a toda la gente prefiero chuparle el culo a un cerdo que permanecer con ustedes. Creí sinceramente en eso de que a los hombres se les reconoce por sus obras; y creí que al final nadie me reconocería. Pero ahí están mis obras, como barcos hundidos, como meros esqueletos. Mi arca nunca dejó puerto. Aún estoy lleno de animales; mi alma huele a establo. Lo mejor de todo, al fin, es que sé que no soy uno de ustedes. Eso lo logré, y lo encuentro divertido.

Doc sonríe aliviado; da un último empujón a su café y deposita relajadamente la taza en el escritorio nacarado que, ahora que lo veo, hace juego con su pipa. Luego rebusca en sus cajones, aún con esa risa a medias cruzándole el rostro; finalmente, burlón, alarga una larga estaca de madera hacia mí.

Se acabó tu tiempo, dice; saluda a Luna de mi parte.

Procura tomar tus medicinas.

Primavera que entra al billar, abandono de collares, aretes, pulseras; hombres y mujeres revestidos para la celebración mundana de media noche. ¡Noche está aquí! Preside Ergotista II, que venció a Federico El Grande en una partida de ajedrez, en la biblioteca de Alejandría. Vano orgullo el suyo, por cierto, porque Federico era más bien malo jugando al ajedrez, sobre todo después de alguna batalla. Porque la estrategia se pierde toda luego de una batalla. Puede también perderse la agudeza y, en casos más severos, la inspiración. Esa grave inspiración que da sentido a las cosas; cosas que, de otra manera, jamás tendrían el más mínimo asomo de sentido.

Se sirven vinos ensombrecidos por el ámbar de los recipientes; llamados así, *color ámbar*, por una mera falta de imaginación. Es como llamar a los policías por su nombre: *Policías*, lo que indicaría mucha falta de perspicacia en quien habla, escribe o piensa. Pero el vino y su coloquio de embriagueces lánguidas prometen hacer de esta noche la noche, de esta embriaguez la embriaguez. Y así, quintaesenciales todos, paradigmáticos todos, parecemos dispuestos a jugarnos el todo por el

todo, el todos por el todos. Duéleme en estómago el dolor primario de los elementos; duéleme en cabeza el dolor vulgar de los pensamientos. Cabeza y estómago me juegan la broma estúpida de subrayarme mi destino de mil años. Todo es dolor en los elementos, todo es dolor en lo elemental que nos asusta. Eternidad y eterno retorno son uno sólo; gemelos bicéfalos enviados aquí por Scarmiglione, el demonio que viola hombres heterosexuales en las salientes iluminadas de los supermercados, para atormentarme a mí y atormentar a los demás en mí. Pero sé que no es Scarmiglione ni ninguno otro: soy yo, soy mil veces yo, y ya no tengo pretextos.

El conciliábulo de las mujeres católicas, ese que maquina contra el placer y que es, sin embargo, el placer mismo, no huele a vino ni a ámbar, pero se da en nosotros, fértil y de formas múltiples, y se da en la iglesia de ciento cuarenta y siete esquinas más adelante. Todos vamos sirviendo a esa conjura, al pensar, al imaginar, al no poder evitar ser lo que somos. Y es tan pobre, todo eso, oh tan pobre, oh tan salado, oh tan escuálido. Mujeres católicas que ignoran que el estofado de vampiro avinagrado da a los rezos la extraña cualidad de subir a Dios con forma de pecado, lo cual los hace, sin duda, mucho más divertidos. Dios pocas veces se divierte tanto como con esos rezos.

I/Jerry el gato tortura a Tom El Loco De Las Siete Cruces, de manera tal que sus ojos entornan los párpados en placer incomprendido y muy condenado por las mujeres católicas de las localidades vecinas, que gustan de beber orines de bisonte para prevenir la urticaria y otros males de categoría aristocrática.

II/El estado meridional, donde abundan los homosexuales, es el más tórrido de la nación, lo cual no le da derecho a expiar en nosotros los pecados cometidos.

Qué lejana puede ser la primavera, se queja Pancho el ciego, que no puede ver en sus manos ni en sus ojos ni en su entorno solitario los vestigios de esa primavera ausente sólo para él. Primavera que no puede dejar de parecerle la presencia sugerida de Josefa, esa emperatriz de mausoleo y diamante. Sus ojos son dos lumbreras de carbón, zinc y orines de mujeres en dieta de la Luna. Cuando se pone de moda la belleza se torna belleza vulgar.

III/Ixtab se levanta. Ha caído en medio de una banqueta, en medio de una calle —¿las baquetas y las calles tendrán en medio?—; se levanta y sacude un poco su cuerpo ajado, debilitado, por el apetito mordaz y lujurioso de los vampiros que

IV/Luna me acaricia un testículo con disimulo, mientras yo llevo a mis labios esa cerveza que parece salida del noveno círculo del purgatorio —purgatorio acircular, deforme, nada dantesco— y que en realidad viene de la cervecería de cuarenta y nueve cuadras más adelante, donde trabajan los agoreros desnudos del mediodía francés, donde fueron vecinos de Van Gogh y le despreciaban por su oreja mutilada, que él llevaba colgando en una bolsa de cobre sobre un crucifijo bendecido por el papa Gregorio El Toro De Lidia, que murió en buena lid bajo el embrujo de la lluvia en París.

V/están en el lugar habitual; ella lo sabe, lo conoce, lo presiente. La luna en el cielo, la luna buena, la mira con devoción, como las madres miran a sus hijos cuando van

a hacer el servicio militar en una lejana isla del pacífico norte, y le dicta largos renglones de venganza. Ixtab es ahora milicia inexperta, incompleta. Las banderas llamaban a los ejércitos en algún momento de la página 189, aproximadamente, y subsiguientes. Consultar el manual del usuario.

VI/Agua bendita y abrecartas, todo robado de la caja de caudales de una abuela que reirá más adelante y que nunca volverá a verse ni a reír, ni a oler mal ni nada de esas cosas que los ancianos acostumbran hacer por nochebuena.

VII/El escritor es un maniático lisiado, un arribista de la corte de los ángeles, un cazador de fortuna y de remesas baratas de bacalao. El escritor es el sánscrito del alma, la pintura rupestre en el mundo de los hombres, en la cueva de los hombres. El escritor es el sueño en el que el amante varón aparta de sí los restos mortuorios de una amante fémina indeseable que se deshace en la boca como una insípida pastilla de menta, buena para el dolor de garganta poscoito y para las aberraciones de posguerra.

VIII/La Literatura es todo eso, pero multiplicado por el número exacto de escritores que pasan por debajo de las escaleras y matan gatos negros y toman el metro. Multiplicación ad infinitum. Ad æternum. Matemáticas del alma en un mundo que hace ciento cincuenta millones de lunas que perdió el alma.

Qué lejana puede ser también la noche cuando todo lo que tienes es día, sombras de sol y canto de niños de coros infracelestes, dice Pancho el ciego. Qué lejana puede ser también la libertad cuando todo lo que tienes es un billar para recorrer en

interminables noches de sudor y cerveza y rockolas desvencijadas.

IX/Celebraciones judías que no nos importan, a saber: Yom Kippur, Detinmaríndedompingüé, Kukaramácaratíterejué, Diáspora de billar, Moisés abandonado en cesta de mimbre cosida —entretejida— por esclava afgana en un burdel a orillas del Nilo, etc.

X/¿Quién querrá morir a manos de vampiros en camionetas, y quién a manos de los nazis, de judíos vengativos, quién en la terminación fatídica del calendario azteca, quién en la negativa de asilo para los indígenas alienígenas invasores de terrenos, quién a manos de las prostitutas en hoteles de segunda, caídos en terremotos de la terminación fatídica del calendario azteca y con muros de hormigón que asemejan la muralla china el muro de los lamentos el muro de Berlín y dejan oír en su interior el tiempo en voces, el tiempo en actos, quién a manos de un escritor que finaliza su novela derritiéndose en el calor de un cirio pascual?

XI/Ixtab se masturba con el abrecartas, y es el mismo que el destino le depara a uno de esos a quienes va buscando. ¿Hace cuánto que no se masturba? ¿Hace cuánto que no lo hace en la calle, como ahora? ¿Hace cuánto que no pregunta por las medidas apáticas del tiempo?

XII/¿Quién pregunta, en todo caso? ¿Ella o yo?

XIII/Posibles soluciones al problema de masturbarse en la calle: A) tome un abrecartas y métalo en medio de su calzón, de modo que toque con su mango la zona a estimular, de manera violenta; luego, camine con paso firme, como si estuviera bus-

cando a alguien para matarle. B) Apriete el pantalón —si viste usted pantalón; en caso contrario, pida uno prestado—, de manera que los bordes de la costura rocen la zona a estimular, de manera violenta; luego, camine con paso firme, como si estuviera buscado a alguien para matarle. C) Pida a alguien que lo masturbe, dejando que su mano toquetee de manera violenta la zona a estimular; luego, camine con paso firme, y ya que tiene a alguien cerca, mátelo y ya no busque más. Puede continuar la masturbación en casa, que es siempre lo más cómodo y recomendable.

XIV/El número anterior es de mala suerte, dice Luna. Aún no suelta mi testículo, y la cerveza comienza a parecer inusualmente inagotable.

XV/La industria cervecera es apocalíptica en sus pretensiones de controlar la vida de fin de semana de los hombres, y las llantas estomacales flácidas de los hombres, y la vida de las rameras en las esquinas, en especial si detrás de ellas hay un billar con vampiros dentro y ellas lo saben o lo sospechan. Se bebe mucha cerveza en Octubre.

XVI/Nadie lo sospecha. Las rameras se llaman así porque en el siglo quince y anteriores —consulte manual del usuario—, no en los anteriores muy lejanos sino en los anteriores más bien cercanos, las casas no estaban señaladas, estigmatizadas, alineadas, alienadas, con números, como en nuestra actualidad de matemáticas del cosmos, sino con pequeñas insignias que se colocaban en las puertas; así, las mujeres de costumbres licenciosas, sabrosas, putonas, colocaban una rama en su puerta como señal de sitio non sancto. De ahí el nombre de rameras, que es muy impopular entre las mujeres católicas, que prefieren llamar a sus hijas con nombres de vírgenes o santas o diosas griegas, o con palabras crípticas de ritos mágicos y de

santas o diosas griegas, o con palabras crípticas de ritos mágicos y de santería.

XVII/SANCTA SANCTORUM, decía el papa Gregorio El Caballo De Carreras, que murió en buena lid hipnotizado por la marea cobriza del mar de Berlín, que nunca existió sino hasta después de la segunda gran conflagración.

XVIII/Número de vampiros preocupados por la desgracia de la superpoblación mundial, o por los números de las matemáticas del cosmos. Número de veces que hace falta repetir una palabra para que un párrafo pierda sentido.

XIX/Número de niños violados por sus padres tíos hermanos tutores directores de escuela psiquiatras ortodoncistas que no tienen la culpa que no son tan sensuales como para despertar el amor de alguna buena mujer en la adolescencia que no tienen la oportunidad que no están a salvo porque ni tú estás a salvo a todos puede pasarnos y tú lo sabes porque tal vez ya te ha pasado eres un niño violado una niña violada por tu novio tu amigo tu jefe tu gobierno tu mismo miedo a ser violado puede hacerte apetecible a los ojos del violador no es una justificación el mundo no quiere justificarse ni pedirte perdón pero tú sabes que esa disculpa no la deseas porque no te retribuye nada es demasiado tarde para pedir una compensación tu dolor no tiene precio tu vida está deshecha y ya no tienes salvación aunque la salvación quieran vendértela los hombres que venden salvación a muy caros precios en los supermercados en las ferias y en los eventos deportivos tú no quieres salvación sino un poco de amor que te sane las heridas espantosas heridas que aún yacen abiertas en tu alma y tu alma se pregunta si realmente crees que el amor es un bálsamo suficiente cuan-

do fuiste violado lo primero que te prometieron fue amor ese distante amor y fue lo único que jamás obtuviste tal vez el amor te creyó indigno demasiado feo o demasiado vulgar o demasiado obsesivo y lo único que quedó fue un placer que por ser violento y asqueante te avergonzó durante toda la vida con la única diferencia de que este era un placer hecho precisamente para avergonzarte lo único que quedó fue un placer que te duele y te desconcierta y te obnubila a la hora de ser violado y que ahora te echan en cara los terapeutas los cientos de hombres a los que llamas Doc y que te acusan tú sentías placer tú sentías placer y así van minando las pocas ganas de sanar que te quedan y no sabes que el amor está a unos pasos a unos minutos de ti y cuando pasas junto a él ni siquiera te preocupas en verlo y pasa ignorado junto a ti y está ya perdido de antemano no hay amor para ti no hay amor para ti no hay amor para ti y tampoco hay placer para ti y tú entristeces por eso porque no sabes que todo es una mentira que jamás ha existido la salvación que nadie está salvado y que nadie está a salvo todos peligran todos son parte del asesinato tu hija la más pequeña la que más amas mañana será atacada por la lujuria de un hombre de su padre tú mismo de su madre tú misma y entonces tú serás un nuevo violador y nunca sabrás cuál es la diferencia cómo es que se renuevan los ciclos de la agresión y el crimen y sabrás que no hay monstruos ni vampiros ni dragones porque somos nosotros los únicos monstruos posibles imaginados en la mente de un creador que ríe y que es un monstruo en realidad. Número de veces que debe amarse a una mujer para que la mujer pierda sentido.

XX/¿Quién sabe lo que se desea para nosotros en la ridícula corte celestial, donde ángeles dormilones acogen las almas de los bienaventurados? ¿Quién sabe lo que piensa dios en su cabeza de sátiro? Bienaventurado quien patea el culo de los desposeídos, porque de él será el reino de los dineros; bienaventurados los tuertos, porque de ellos será el reino de los ciegos; bienaventurados los relojes, porque de ellos será el reino de los tiempos; bienaventurados los automóviles, porque de ellos será el reino de las calles y las nubes grises y los egos exaltados; bienaventurados los niños de la calle, porque es más fácil que un camello pase sin mancharse de mierda por el ojo de culo de Dios a que cualquiera de ellos se salve o reciba un poco de justicia; bienaventurados los que lloran, porque no están deshidratados (pero lo estarán); bienaventurados los hambrientos, porque está de moda la delgadez y estar gordo no es saludable; bienaventurados los que sufren, porque nunca estarán aburridos; bienaventurados los gobernantes, porque de ellos será el reino de la amnesia; bienaventurados los uniformados, porque de ellos será el reino de las torturas y los miedos, aunque no los dejen entrar a las pulquerías; bienaventurados los políticos, porque de ellos será el reino de la creación de reinos miserables; bienaventurados los dentistas, porque de ellos será el reino de los dientes de oro; bienaventurados los monstruos, porque de ellos será el reino de los ingenuos y los crédulos; bienaventurados los comunicólogos, porque de ellos será el reino de los imbéciles; bienaventurados los imbéciles, porque son tantos que ya forman un reino; bienaventurados los que luchan, porque seguirán luchando indefinidamente; bienaventurada la televisión por-

que ella será el mundo, y ya no hará falta un mundo; bienaventurado el fondo monetario internacional, porque de él serán todos, todos, los reinos; bienaventurados los geranios que caen desde la azotea de doña Amalia La De Diamantes En La Cola, cortesana del siglo pasado muy hermosa y caliente. Amalia no ponía rama alguna en su puerta, porque no le gustaba que le llamaran ramera y porque era una comerciante más bien perezosa pero de mente juiciosa e imaginativa.

XXI/¿Qué es el acto de escribir? El llamado a la gran ramera de los años, de las lides, del clamor de guerra santa, que murió en una cama elevada por encima de las latitudes del pacífico norte sobre el lomo de un cerdo alado. ¿No ocurrió lo mismo en la batalla entre los hombres de Pantagruel y los Adouvilles, o como quiera que se llamaran?

XXII/¿Quién pregunta, en todo caso? ¿Ellos o yo o Rabelais?

XXIII/Ixtab ya no se masturba. El paso decidido ha sido reemplazado por uno medio dubitativo, medio animal, e Ixtab se pregunta cosas que destruyen la posibilidad de otras preguntas; porque es ya su mente un asesino, uno en potencia y uno impotente, y ella sabe que sus víctimas en potencia, impotentes, le esperan en el lugar de siempre, en la inmovilidad de siempre, en la mesa de billar de siempre, esa mesa que

XXIV/Walt Disney y sus falaces herederos planean con alevosía y ventaja la imagen de una mujer virginal que canta mientras los pajarracos del amanecer se depositan en la palma de su mano, la izquierda, la derecha, y así subsecuentemente hasta el infinito. La mujer virginal que canta aparece en todas las películas de la empresa y

nunca cobró ni un centavo de dólar por sus soberbias interpretaciones.

XXV/Los pajarracos del amanecer no son símbolos fálicos, por supuesto.

XXVI/Los pajarracos del amanecer podrían ser símbolos fálicos, por supuesto, y la mujer virginal que canta podría ser en realidad una ramera hippie que a los veinticinco aproximadamente se ve violada por un cuarteto de vampiros que

XXVII/pareciera también eterna y que pareciera estar también condenada a la liviandad de la muerte postergada. Ella la sabe ahí, ella los sabe ahí, y se regocija ante ese grave aviso de inmovilidad. Y se pregunta: ¿sobreviviré? Ixtab no lo sabe, pero tampoco le importa, porque ya ha sobrevivido a demasiadas cosas y comienza a estar cansada.

XXVIII/atacaron su cuello y violentaron sus planes de muerte. Si alguien tuvo alguna vez planes de muerte fue ella, la mujer virginal que canta.

XXIX/Quiso morir en una cinta de Walt Disney. Esa era su verdadera vocación y su único oficio conocido.

Qué lejana puede ser la primavera, lloriquea Pancho el ciego, esa primavera rota por una esquina de Benedetti, o esa otra que se rompe al callar las aves que cantan sobre los cargamentos bolivianos de toallas íntimas que se resquebrajan con el viento del mes de Junio, que es un mes sin mayores contratiempos.

XXX/Celebraciones católicas que no nos importan, a saber: la virginidad de la virgen de inmaculada concepción mítica y sifilítica, la cruz del cantor de ópera rock de los años setenta, el estreno del arcángel san Gabriel en el congreso de Ginebra, el

destierro de Juan el bautista de la asociación de decapitados, el descubrimiento de Jesucristo en un maratón de búsqueda de talento, Corpus Christi y los sacramentos siguientes: extremaunción, matrimonio, confesión y masturbación del culo de los obispos.

XXXI/Ixtab entró al billar. Viento en su cuello, viento en su cabello, viento en su esperanza de una muerte indigna y fatídica. Una muerte a su medida.

XXXII/El paso marino acentuaba la locura mordaz en sus ojos y la lujuria homicida en su aliento turbio. Las emociones parecían agolparse en su cabeza, tan vacía de sangre, tan vacía ahora de pensamientos. ¿Porqué quiere matar? Ixtab es una mujer ansiosa de revanchas, ansiosa de venganzas, ansiosa de una vida escrita en las páginas vencedoras de la Literatura, que es un arte que ya a nadie le importa.

XXXIII/Pequeño racimo de uvas agrias, su cabeza. ¡Cómo puede amargarse la dulzura de una niña que apenas se acerca a las delicias insinuadas de la masturbación callejera! Tal vez la culpa sea de todos nosotros, sí, de la humanidad entera. ¿Cuántas niñas amargas encontré ayer en la calle?

XXXIV/Mano de niña que sirve al destino último… incluso el de aquellos que se imaginaban carentes de destino último. Ixtab es el velamen de la noche, y el telón insurrecto de un ansia predestinada. Todos tenemos un destino, dice el Kama Sutra, que es un libro atribuible a mis lejanas juventudes y a mis desesperos de escritor.

XXXV/Ya nada detiene el impulso desbocado de la muerte, oh pequeño vampiro primero que huyes ante el rocío de agua bendita. Y quién pudiera saber si no eres tú

el otro que se insinúa en tu aliento espantado. ¿Porqué corres? ¿Acaso no recuerdas? ¿Acaso lo olvidaste ya? Tú, de herejías impostergables. Tú, de horas ácidas y de sangres en litigio eterno.

XXXVI/Y la abuela en la cama sonríe, con encías desnudas y pocos dientes carcomidos de sarro verde y maloliente

XXXVII/sonríe por la prostituta asesinada, con encías de oro y dientes de alquimia pura de sacerdotes del Tíbet

XXXVIII/sonríe por otra prostituta asesinada, con encías de comunista y dientes en huelga

XXXIX/y sonríe por algunas otras que pudiéramos olvidar.

XL/De pronto recuerdas que el agua bendita te sirve para lavarte los dientes, y algunas otras cosas que tienen que ver con la limpieza después de la defecación, oh vampiro que ya no huyes. Porque los vampiros son seres infinitamente estúpidos, pero muy limpios.

XLI/Ixtab da su primera estocada, perfecta, y el abrecartas se sostiene en el corazón herido, que no dura más de dos segundos en lenta agonía. Dos segundos pueden ser eternos cuando te estás muriendo. ¿Porqué la bestia no se ha defendido? ¿Porqué esta noche todo es tan distinto?

XLII/Tú, que te sentabas a jugar billar creyendo que nunca morirías. Tú, que ayunabas de lujuria y te desbordabas en sangres aniquiladas. Tú, ustedes, todos ustedes, que yacen en la tumba de los faraones. Ustedes que son uno en su imposible exis-

tencia: ¿porqué no se defienden?

XLIII/El abrecartas huele al coño de una niña, y tú no sabes ni sabrás nunca porqué. Mueres en agonía de tres que son uno, como la santísima trinidad de los reyes coronados en año bisiesto. ¿Porqué estos tres están tan dispuestos a morir?

XLIIIbis/Los abrecartas que hieren el segundo y el tercer corazón fueron fabricados en la tienda-taller de artesanías de Ergotista II, que venció a Alejandro Magno en una partida de dominó en la biblioteca de Alejandría, y que era sobrino de Pancho el ciego. ¿Porqué estos tres mueren tan rápido y sin presentar batalla?

XLIV/Luna nunca recuerda el nombre de los tres que ahora ya no necesitan nombre. La muerte es anónima cuando no es la propia, como el amor cuando es juego y como el placer cuando es puro. Pronto el vacío dejado por los vampiros no es más que un bulto de ropas que vaporizan, como si la humedad de la vida no esperara más que ebullición de muerte para hacerse nada y elevarse por los aires hacia el olvido.

Qué lejano puede ser el candor del sexo entre niños, la magia química del incesto, se queja Pancho el ciego, mientras recuerda con nostalgia los días de amor con su sobrino Ergotista segundo, que era hijo de su hermana Genoveva con su padre Francisco padre, que era carpintero de muy buena fama y siempre quiso tener un hijo que muriera de muerte de cruz.

XLV/Ixtab se sonríe en la locura homicida. Ixtab mira de reojo a Luna, que en silencio observa cómo la pequeña de ojos mayas avanza hacia Sebastián; éste la observa con postura lánguida, andrógina y despreocupada. Ixtab mira de reojo la mano de

Luna depositada sobre la entrepierna del escritor. Es una niña lúbrica de pasiones desenfrenadas. Nadie sabe que Ixtab es capaz de masturbarse en la calle, pero en realidad es la cualidad menos sorprendente de la hermosa adicta. Los parroquianos miran a Ixtab y le desconocen. Es como mirar a alguien sin cuerpo que se ha materializado en una noche de locura y desasosiego.

XLVI/¿Alguien en realidad miró a Ixtab alguna vez?

XLVII/Es ésta la noche, y venimos sabiéndolo desde la página 1 y subsiguientes. Consulte manual del usuario.

XLVIII/Sebastián mueve con lentitud una de sus manos, y chasquea los dedos al compás de Happy Birthday To You Mister President —Marilyn Monroe en el Madison Square Garden—, y sonríe. Ixtab se agacha, en un movimiento extraño, como si le doliera el estómago; luego alza con rapidez su mano, mostrando a su enemigo el abrecartas, uno de ellos. Los otros tres yacen como abalorios sobre las ropas vacías, sobre esos hoyos negros que hasta hace unos minutos eran todavía cuerpos de vampiros jóvenes sin nombre.

XLIX/Yo sólo quiero que sea hermoso, piensa Sebastián, y el pensamiento rebota en las paredes hasta llegar a Luna, que sonríe porque esa idea le divierte.

L/La mano de Sebastián se aleja de la melodía, y se precipita violenta sobre Ixtab, que se desmorona contra la barra de Siva, tirando las botellas de aguamarina y exudaciones de clérigo medieval mezcladas con leche de cabrito nonato.

LI/ Luna soltó mi testículo. La cerveza se había acabado. Aún así, mi amor no pare-

cía próximo a intervenir en favor de nadie.

LIbis/No hay mariguana en casa. Aún así, no se me quitan las ganas de fumar mariguana para zaherir al viejo del metro. Hay que tomar partido. Siempre tomar partido.

LII/Y qué es lo que queda cuando el destino se ha vuelto hermoso y tedioso. Yo sólo quiero que sea hermoso, pero primero habría que saber lo que es hermoso y lo que no lo es.

LIII/Ixtab está inconsciente, tendida como una muñeca fría y holgazana. Me precipito sobre Sebastián luego de tomar al vuelo un largo taco de madera platinada. Luna se precipita conmigo e intenta detenerme, pero ya el alargado báculo de madera se estrella contra el cuello fino y marmóreo del vampiro —¿y cómo rayos sé yo que es un vampiro?—, y se deshace como el arma inoperante que es. Sebastián voltea a verme, y me sonríe. Qué hermosa es su sonrisa, como dos hileras de mujeres desnudas esculpidas en dientes sangrientos. Pareciera que acaba de alimentarse con la sangre de los treinta bueyes amarillos del rey Estulión IV, también llamado El Hermoso, que fue amigo del papa Gregorio El Caballo De Hockey Sobre Pasto, que murió en buena lid adormilado por la espuma de la cerveza salitrosa de New York.

LIV/Sebastián es un verdugo por naturaleza, un hambriento verdugo que ejecuta a todos porque todos le parecen culpables. ¿Y no es acaso una culpa irremediable el estar vivos, el respirar, el tener un alma? Son él y Luna, tal vez, los únicos seres inocentes de la humanidad entera. Los únicos que quedan. Sólo ellos son capaces de carecer de lo que a los demás nos hace culpables.

LV/He aquí una omisión grave:

LVI/¡Cuántos años omitidos en esos quince años que guardo obstinadamente!

LVII/Algunos parroquianos yacen muertos, destrozados por las manos poderosísimas de Sebastián. ¿Cómo es que se produce esta aberrante carnicería? ¿Cuándo ha sucedido? Tal vez mi mente me engaña. Tal vez es sólo que Sebastián ha querido demostrarme que es muy superior a mí. Sebastián me reta y me condena, y quisiera saber si no es esto únicamente el corolario para una angustia que desde los quince me viene ocupando. Qué reto tan extraño, este que marcan en mis rincones insospechados esos años de obstinado recato, de obstinado recaudamiento.

LVIII/La soledad es el bien extrínseco de la compañía. El bien obvio y el bien omitido. Consulte manual del usuario, si es que el hacedor incluyó para usted el manual del usuario. Sería realmente un milagro que lo hubiera hecho, porque el hacedor nos desea eternamente ignorantes, eternamente desarmados ante sus designios.

LIX/Pero no seré yo quien responda a ese último desafío. No seré yo quien levante el arma contra este enemigo ignorado. No es ese mi destino.

Comienzo a creer que no tengo destino, que carezco por completo de destino. Tal vez esto no es nada más que otra broma.

Otro lamento de Pancho el ciego, que suele lamentarse por todo.

¿Cómo puede alguien moverse con esa rapidez? Si alguien alguna vez aspiró a las delicias extrañas de la violencia arquetípica, de esa violencia que todo lo absorbe y que es a la vez vacua y nunca disfrutada, ese es él. Ya nada queda sino el olor de la sangre esparcida; esa sangre desperdiciada en honor a la vital renuencia del testigo. Renuencia a entregarse al miedo, renuencia a creer en el miedo. Ya no lo tengo, se me ha escapado esa última posibilidad. Todo lo que veo lo invento con la mente, y es la gran broma, la última que soportaré, la última que me veo capaz de tolerar. Escucho a lo lejos un gemido, uno apagado. Volteo buscándolo, volteo casi con la intención de acallarlo: es Pancho el ciego, que se acurruca contra la más lejana esquina, la que da a la pequeña bodega de Siva, donde se guardan los cajones de cerveza rancia y las últimas notas de la rockola. Pancho rasguña con su bastón la puerta de madera carcomida por los años; está perdido, todo en su mente, esa mente que lo calcula todo con medidas de sonido, de olor y de premura; está confuso como un niño en medio de una batalla de dementes. El ciego ha perdido sus latitudes. Todos

ahora las hemos perdido.

¿Qué es lo que espero? Miro a Luna y, frente a ella, a Sebastián. Él parece haber crecido hasta alcanzar las medidas de un coloso, el porte bestial de un anticristo enfermo de rabia. Sus hombros se ensanchan a cada respiración; sus pulmones crecen y marcan en su camisa de manta negra el contorno majestuoso de su torso. Se asemeja a una gran pantera negra a punto de dar un salto; y pareciera que no importa si lo dará para atacar o para huir… el salto será de todas maneras increíble.

— Detente —dice Luna, enarcando una de sus largas y altivas cejas. La voz evoca una amenaza y sin embargo sé que es un ruego. Luna no quiere ser la que de vuelta a la última página; no quiere ser ella la que tenga que concluir esta eventualidad, esta querella inusitada. Y, sin embargo, en sus ojos y en el manto cobrizo que ha cubierto su rostro se adivina que ella está dispuesta a hacerlo. Pero sólo si es absolutamente necesario. Ojalá no lo fuera.

Sebastián sonríe. Sus párpados se entornan, y en esa mirada furtiva se dejan ver muchos años, más de los que un humano de ingentes proporciones mentales o álmicas podría soportar con decoro. No lo admiro: sé que él los ha soportado, simplemente, porque está loco. Eso yo puedo comprenderlo, e incluso compartirlo; pero nunca admirarlo.

— Sólo quiero que sea hermoso —dice él, mientras me mira; es el odio, y es que, en realidad, no quiere mirar a Luna.

— Sabes que lo será, oh padre.

Luna avanza hasta él, y lo cubre con su abrazo. Afuera las estrellas se desviven por iluminar el avance del amor, por hacerlo real y magnánimo. Me pregunto si alguien allá fuera es testigo de todo esto. Me imagino que no. Si alguien pasó y envió su mirada sobre toda esta muerte, sobre todos estos huesos y pedazos de nota roja, no pudo, nunca, pensar que era algo real, algo cierto. Yo mismo lo dudo por un segundo. Me pregunto qué hora será y si no es demasiado tarde como para pedir testigos.

Sebastián responde al calor de Luna, lo absorbe, y finalmente languidece y sus ojos rompen en un llanto mudo; en un llanto de vampiro. Las largas gotas de sangre tiñen sus mejillas de espanto, de presentimiento, de ardor, como si fueran largas lenguas de fuego. Luna acaricia sus cabellos por unos segundos. Me pregunto si no será que Luna, en realidad, es la madre de esa vieja esfinge a la que llama padre. Maternal encanto de una mujer que es, como todas, la gran madre universal que nos arropa con su manto de cosmos a la hora de la cama, a la hora del último sueño.

Me deslizo con cautela, sin dejar de verlos, hasta la barra. Me acurruco junto al cuerpo tendido de Ixtab; toco su mano, y el pulso está ausente, dolorosamente ausente, como el ritmo de un poema que evocara el vacío. Miro entonces con más detenimiento; no es la mano de Ixtab, sino la delgada mano de Siva, esa mano de hombre que es mujer, de dedos lóbregos y de junturas extremadamente grandes. Siva está a dos o tres metros más allá, lejano de ese brazo que, a pesar de la distancia, no ha dejado de ser suyo. Lo suelto con cierta carga de aprensión; es como tocar una

de esas pesadillas que, cuando somos niños, nos espantan y nos hacen cagar la cama; es como tocar algo inhumano que es doblemente doloroso en su humanidad violentada. Ixtab tiene pulso, claro; pulso débil, de niña que duerme. La he visto dormir aquí cientos de veces, y es esta la primera en la que me encuentro capaz de sentir en su sueño algo de ternura, algo de inocencia. Creo que me equivoco, que me he equivocado siempre, pero ya no me importa. Prefiero estar equivocado a matar a alguien por tener la razón.

Alzo la vista cuando siento y escucho que los dos cuerpos se separan. Sebastián le da la espalda a Luna y baja la cabeza. Ella retrocede dos pasos y se saca la chamarra de cuero, dejándola caer a sus pies, sobre el cuerpo decapitado de uno de los niños pandilleros. Es como la violencia envolviendo, cobijando, a un hijo pródigo.

— Mírame, padre —exhorta ella.

Destrucción, destrucción de todo lo que somos, de nuestra quimera espiritual, de nuestro alebrije de esperanza, de nuestro dragón de siete colas. Es ahora cuando me doy cuenta de que este billar fue para mí, hasta ayer, hasta hoy, el hogar. El hogar amargo de ese estúpido que fui yo, de ese apátrida que soy, de ese errante desposeído que siempre he sido. El cuerpo de Sebastián es una saeta invisible, Luna no es más que la furia de la luna, la furia de la gran madre universal y lechosa que cobija a sus hijos con su manto de cosmos a la hora de dormir, a la hora del sueño último, del sueño impostergable. ¿Qué es de mí, sino el horror de todo lo inacabado,

de todo lo inacabable? ¡Que rápido se puede ser cuando no es más que odio lo que llamamos amor! ¡Qué terrible se puede ser cuando no se desea ser más que un enemigo! Los cuerpos se entorpecen mutuamente, se desean en la muerte, se enroscan en una batalla que no puede ser más que la batalla última, la de esa página que Luna hubiera querido evitar. Ilusa y juguetona arpía que sabe bien que es esa página, esa en especial, la única que no puede omitirse.

Cuando todo acaba, cuando miro entre las brumas que se han levantado, cuando reinvento este hogar mío hasta ayer ignorado, hasta ayer anhelado, y veo a Luna, pintada de sangre, embadurnada, sacrílega como una niña que se ha impuesto los colores del desenfreno, cuando le miro levantar en el aire el corazón de Sebastián, cuando le miro llevárselo a la boca… cuando el telón cae como cae la noche insospechada…

Entonces me doy cuenta de que todo es una mentira. De que estoy dispuesto a mentir para no herir a nadie, para demostrarme a mí mismo que aún puedo ser bueno y que aún puedo salvarme.

LX/Me doy cuenta de que amo a Luna.

LXI/Me doy cuenta de que Walt Disney era, en realidad, un gran tipo, el muy hijo de su puta madre.

LXII/Me doy cuenta de que bibopululachismaibeiby la rockola todavía sirve.

LXIII/Me doy cuenta de que todo inicia cuando creemos que ha terminado y de que es eso lo que hace cualquier final imposible.

LXIV/Me doy cuenta de que no es el amor lo que nos hace humanos, sino la mascarada infame del tiempo, que nos hace viejos y que nos obliga a cumplir con los ritos de los años.

LXV/Me doy cuenta de que Pancho el ciego me ha dicho todo acerca del amor, acurrucado en la tumba de Josefa, emperatriz primera de Prusia que decayó al saber que Vlad El Empalador no era nada más que un vampiro dueño de una hostería en Valaquia, país que ella amaba en demasía por sus cumbres nevadas y sus valles cubiertos por siglos de guerras en nombre de iglesias y de papas, como Gregorio El Crótalo Bailarín, que murió en buena lid idiotizado por las bellas colinas de Dedeaagh, también llamada Alejandrúpolis.

LXVI/Me doy cuenta de que una rosa no es más que la triada de anhelos de un dios que es tres y que se deshace en reverencias.

LXVI-1/Me doy cuenta de que estoy despierto, y de que vivo, y de que me da miedo morir mientras esté despierto.

LXVI-2/Me doy cuenta de que mi ser escritor no es lo mejor que puedo hacer con mi vida; y eso también me da miedo pero sólo mientras estoy dormido.

LXVI-3/Me doy cuenta de que Ixtab va a morir; no ahora, sino dentro de algunos días, cuando Luna se canse de extraerle la sangre como con cuentagotas. Encontraré su tumba gracias a los ojos de un ciego, y entonces me daré cuenta de que mi amor, aunque lo niegue, sería capaz de matarme a mí.

LXVI-4/Me doy cuenta de que mi ser escritor no es lo mejor que puedo hacer con

mi vida; pero me doy cuenta también de que es lo único que puedo hacer. Lo único que me está permitido hacer.

LXVI-5/Me doy cuenta de que esto no es más que la ínfima relación de mi soledad, esa relación con tintes venéreos de miedo y devoción de ángeles.

LXVI-6/Me doy cuenta de que mi sombra soy yo, de que mi sombra somos todos, y de que la sombra es el nombre que todos los hombres deberíamos tener en el acta de defunción, sólo en esa, porque en realidad nunca hemos nacido, aunque así lo aseguren cien mil millones cuatrocientas veinticuatromil seiscientas dieciocho actas de nacimiento, que están enterradas en las ruinas de la biblioteca de Alejandría, que fue quemada en un arranque de felicidad y orgullo por Ergotista II, luego de vencer a Iván El Terrible en una partida de tenis.

LXVI-6bis/Me doy cuenta de que mi placer no es más que ceniza arrastrada por el viejo viento de las planicies de mi propia miseria, y de que es esa miseria la que le da fin —ese fin que no existe— a todo aquello que inicio con la esperanza de verme salvado al final —ese final que no existe.

Y cuando viene la primera mordida, la primera mordida a ese corazón que vuela, la primera mordida a ese corazón que Luna extiende hacia mí, entonces sé que estoy salvado. Sé que todo ha terminado. Es tan excitante. Porque, ay, los hombres nos excitamos, por regla general, ante cualquier imagen que violente, en especial de manera obvia, nuestro estado presente. Nuestro letargo.

Y no es sino de letargo de lo que me he ido haciendo durante veinticuatro años.

17 de Octubre.

Noviembre 1996 - Octubre 1997

México D.F.; México, país.

NOTA FINAL

El uno por ciento de la población mundial padece esquizofrenia, enfermedad relacionada con la mente sombría y poco sociable, aunque llevada hasta sus últimos y más aberrantes extremos. En éste país (escribo esto en México, en el año de 1997), más de novecientas mil personas sufren este padecimiento. El principio de siglo verá a un millón o así de esquizos danzando en estos terruños.

Sus síntomas van desde los meramente estólidos (irritabilidad extrema, excitación, ansiedad, depresión), esos que padecen en realidad la mayoría de los seres humanos —aunque en grados más bien mediocres—, hasta los más severos e irritantes (delirios paranoicos, alteración de los sentidos y la percepción, aislamiento, anedonia simple o anorgásmica, pensamiento hiperinclusivo o asindético, verbigeración, etc.). Una de las características más significativas de la esquizofrenia son las alucinaciones auditivas: el paciente escucha voces que hablan acerca de él o bien acerca de cualquier otra cosa que por lo general se relaciona —aunque no siempre de manera evidente— con su persona; el *echo de la pensée*, o eco del pensamiento, es uno de los síntomas auditivos más molestos: una voz que se obstina en repetir cada idea en el pensamiento, o cada orden de ideas, como si se burlara de ellas. Las alucinaciones pueden ser también visuales, odoríferas o de cualquier otra índole, aunque las auditivas son las más comunes en esta enfermedad.

La mente se vuelve capaz de crear cualquier engendro y de otorgarle poder so-

bre la vida y el destino, en especial sobre los propios, en una especie de exacerbación de la mente mágica. Así, habrá esquizos que crean que los extraterrestres les observan y evalúan sus movimientos, y los habrá también que crean haber sido elegidos por su concepto de Dios para cualquier misión descabellada —algo como lo que William Burroughs llamó *la enfermedad de Cristo* aunque, claro, con consecuencias menos perniciosas para la humanidad—; una vez que la convicción llega a su madurez, el enfermo tomará toda clase de precauciones y preparativos, según lo requieran sus invenciones. Por lo general, el esquizo atribuye a una fuerza externa cierto grado de intervención en la intimidad, cierta pérdida del propio espacio interior. Por otro lado, el enfermo comienza a relacionarlo todo con su persona, en una expansión brutal de esta misma intimidad; cualquier evento, por mínimo que parezca, contiene un mensaje específico para él: una cantante en la televisión, la caída de una hoja, una bomba en Irlanda, la deformación de una nube. En cierta forma, el esquizofrénico es un enfermo de fe.

Al esquizo también se le presentan serios problemas de comunicación, en especial con el lenguaje verbal. Sus ideas se vuelven por lo general tangenciales, o por lo menos se abusa de lo circunstancial. Su manejo de las palabras es especialmente vago, y gusta de usar conceptos hiperabstractos o sobreconcretos, e incluso abusa en la creación de neologismos; en los casos más severos puede llegarse a la incoherencia total del lenguaje.

El esquizo pierde el control de las emociones; por lo regular lo pierde con res-

pecto a las suyas, pero también lo hace con respecto a las de los demás. Así, sus reacciones no siempre corresponden al estímulo; en ocasiones responderá de forma completamente inusitada, exagerada o fuera de lugar. Los episodios violentos serán más comunes conforme se acerque el punto climático de un episodio esquizofrénico; así, según la jerga médica, el paciente se vuelve *peligroso para sí mismo y para quienes le rodean*. La violencia puede proyectarse hacia fuera, pero por lo regular ésta se proyecta hacia el esquizo mismo. Los intentos de suicidio, para-suicidio o autodestrucción deliberada son continuos. La esquizofrenia es una enfermedad un tanto sangrienta y ruidosa; digamos que un esquizo le pone a cualquiera los pelos de punta, digamos que sus padres y madres ponen llave a sus puertas en las noches, por no dejar.

Todas estas circunstancias empujan al paciente a un completo rompimiento con el medio familiar y social provocado, sí, por su padecimiento, pero en igual medida por el desconcierto y rechazo que éste provoca en quienes le rodean.

La super población y la industrialización son determinantes en la propagación de la esquizofrenia. En estas condiciones, en la mayoría de los casos, el pronóstico para el paciente esquizofrénico es nada halagüeño. Un alto porcentaje logra una reintegración parcial a la vida familiar y social, aunque las disfunciones siguen siendo notorias y les exponen a la indigencia, el abuso de drogas, explotación, violaciones, sida y una variedad de otras virulencias que les otorga el incierto privilegio de morirse con más frecuencia que otros grupos sociales. Por otro lado, a largo plazo, bas-

te decir que casi el quince por ciento de los esquizos mueren por suicidio; nada maravilloso.

Luego de muchos años de tratamientos tan inhumanos como poco efectivos, como la TEC (terapia electro convulsiva) y hasta la lobotomía —en este caso, el corte transversal de los tractos que se encuentran entre el lóbulo frontal y el mesencéfalo—, la psiquiatría encontró que los fármacos neurolépticos provocaban una mejoría subrayada en la mayoría de los pacientes diagnosticados con esquizofrenia. Los fármacos de uso más común son la Cloropromacina (Largactil) y la Trifluoperacina (el famoso y bienaventurado Stelazine); la Clozapina, en realidad, se usa más bien en casos muy esporádicos y aislados. La mayoría de los neurolépticos tienen efectos colaterales de diversa magnitud: desde un simple temblor en las manos —simple, pero chocante— llamado parkinsonismo, hasta el síndrome neuroléptico maligno, caracterizado por fiebre, delirios, disfunción autónoma y disfunción muscular. También producen obesidad, estreñimiento, impotencia, visión nublada, salivación excesiva o boca seca, sudoración, congestión nasal; son peores que el jodido catarro, en realidad. Una de sus secuelas más importantes es la discinesia tardía, si son usados a largo plazo. También puede ocurrir algo llamado agranulocitosis; una enfermedad en los glóbulos blancos, casi siempre mortal y causada, por regla general, por la Clozapina. Hoy en día, el tratamiento mediante neurolépticos se combina con terapias grupales y dinámicas sociales y psicosociales. Algunos casos de esquizofrenia residual se tratan con antiepilépticos, de los cuales el más común es el famosísimo

Tegretol.

Este año ha comenzado a circular en México un nuevo tratamiento, que presume de casi un noventa por ciento de efectividad.

Se dice que las secuelas de su uso son mínimas.

La esquizofrenia debe ser reconocida en toda su importancia social —una importancia que, globalmente, podría parecer mínima; pero que, a largo plazo, podría convertirse en todo un fenómeno pandémico—, y los pacientes deben dejar de ser tratados como sujetos vergonzantes y deben ser considerados como seres humanos considerablemente amenazados por su mal pero, principalmente, por su medio ambiente, por lo general injustificada y exageradamente hostil a su condición.

Después de todo, todos somos un poco esquizofrénicos si somos medianamente sensibles; lo que, en su caso, debería hacernos sentir afortunados.

D. I.